



...nada sino una herida por el amor abierta...

EROS Y PATHOS

**MATICES DEL
SUFRIMIENTO
EN EL AMOR**
ALDO CAROTENUTO



Cuatro Vientos



Del Nuevo Extremo

EROS Y PATHOS

Aldo Carotenuto

EROS Y PATHOS

Matices del sufrimiento
en el amor



CUATRO VIENTOS

DEL NUEVO EXTREMO



Carotenuto, Aldo

Eros y Pathos : matices del sufrimiento en el amor / coordinado por Tomás Lambré - 1a ed. - Buenos Aires : Del Nuevo Extremo ; Chile: 4Vientos , 2006.
160 p. ; 23x16 cm.

ISBN 987-609-007-0

I. Psicología. I. Lambré, Tomás, coord. II. Título
CDD 150

Título original: Eros and Pathos Shades of Love and Suffering

Autor: Aldo Carotenuto

© Aldo Carotenuto, 1989

Traducción al español: Renato Valenzuela Molina

© de la traducción: 1989

© 2006: Editorial Cuatro Vientos, Chile

Av. Jaime Guzmán E. 3293, Ñuñoa, Santiago, Chile

Tel: (562) 225-8381 Fax: 3423107

4vientos@netline.cl

www.cuatrovientos.net

© de la presente edición, 2006:

Editorial del Nuevo Extremo S.A., Argentina

Juncal 4651, CA1425BAE, Buenos Aires, República Argentina

Tel/Fax: (5411) 4773-3228

editorial@delnuevoextremo.com

www.delnuevoextremo.com

Primera edición septiembre de 2006

Director editorial: Miguel Lambré

Coordinador de edición: Tomás Lambré

Imagen editorial: Marta Cánovas

Diseño interior: m&s estudio

ISBN 10: 987-609- 007-0

ISBN 13: 978-987-609-007-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. Printed in Argentina

ADVERTENCIA
ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES EXCLUSIVAMENTE
EDUCACIONALES



QUEDA PROHIBIDA
LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que yo quede a oscuras" ,

—Thomas Jefferson



sin egoísmo

Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com
Referencia: 3112

Agradecimientos

Este libro le debe mucho a mi vida y a aquellos que he tenido la oportunidad de conocer íntimamente. Quizás algunos se vean reflejados aquí; otros sentirán la resonancia de lo que hemos conocido juntos.

Agradezco especialmente a Marco Balenci, Cristina Schillirò y Silvia Martufi por sus útiles sugerencias y proposiciones, y estoy profundamente agradecido a mis colaboradoras: Daniela Bucelli, Maria Fiorentino, Donatella Raspaolo y Anna Maria Sassone.

Introducción*

Años y años de ejercicio analítico me han familiarizado con las emociones más violentas que experimenta el hombre en su vida; emociones que por tener relación con los sentimientos, usualmente se distorsionan y enmascaran. Es como si el hombre se avergonzase de admitir que el alma misma está sujeta a encenderse o a romperse, angustiada frente al amor o al sufrimiento.

Se diría que la relación analítica es ya el único “teatro” donde todavía pueden seguir declamándose estos antiguos ritos pertenecientes al mundo emocional. De hecho, se va a análisis –aunque no exclusivamente– porque allí uno sí puede soltarse; allí es donde podemos mostrar nuestras debilidades más ocultas y gritar nuestra rabia y resentimiento contra una vida que parece planeada más por el demonio que por Dios.

En efecto, al ser propiedad de los hombres la totalidad del espectro que acompaña nuestra existencia, cualquier cambio significa estar

* Esta introducción está traducida del original italiano por ser mucho más completa que el digest de la traducción inglesa (N. del T.).

“enfermo”, al menos dentro de la óptica de la norma colectiva. Pero aquí el razonamiento se torna peligroso y ambiguo. En el análisis se debe presuponer un modelo al cual referirse, por el cual, por ejemplo, el paciente que delira *debe* en cambio transformarse en una persona que siempre mantiene el control de la actividad del Yo. Pero esto, creo, es un caso limítrofe, de hecho, pocas veces acontece tener que tratar pacientes de este tipo; en general, se trata más bien de personas que se miden con problemas cuyos modelos de referencia son al menos discutibles. Tomemos de ejemplo el amor –entendiendo con este término el sentimiento que une a dos personas que además se desean sexualmente. Este es un caso en que los modelos y parámetros inspirados en la “norma”, en el sentido común, ya no sirven. Porque además es demasiado difícil negar que las condiciones que el sentido común se empeña en definir como “normales” –un amor que dura toda la vida, con dos partícipes que envejecen juntos y siguen amándose– en la vida real son tan raras que casi representan una anomalía.

Se puede decir que en el amor la perturbación de la “norma” coincide con el trastorno de la patología. Donde todo transcurre “normalmente”, estamos frente a algo anormal. Por otra parte, si ellas no estuvieran continuamente sujetas a una especie de fuerza centrífuga, ¿se necesitaría una serie de reglas tan fuertes, tan embarazosas, para todos los campos en que se asienta el amor? Cuanto más destinos de “normalidad” he podido investigar, tanto más odio y modelos de relación sadomasoquista he podido descubrir, y para los cuales rige la siguiente regla general: la relación amorosa se basa en una necesidad patológica de cada miembro de la pareja, y cada amante representa la enfermedad o vicio del otro.

Incluso se podría decir que la afinidad electiva sobre la cual se basa la elección amorosa, no reside en la parte “bella” del individuo, sino en aquellas peores, las que corresponden a la dimensión de la

Sombra. Bajo este aspecto podemos ver que la vida de amantes famosos –poco importa si las comentan o no los escritores o cronistas, ya que de hecho forman parte de la imaginación colectiva– está acosada por estremecimientos de terror, plena de dramas de sangre y actos delictivos. Pensemos en Macbeth y en su mujer, la gran inspiradora de los crímenes de su marido; en Margarita, quien por amor a Fausto asesina primero a su propia madre y después al hijo nacido de su relación culpable. Pensemos en la historia ejemplar de Teresa Raquin, narrada por Zola: la protagonista mata a su marido con ayuda de su amante y realiza su deseo de vivir junto al hombre amado. Pero esta relación rápidamente se transforma en un infierno, cuya testigo, enmudecida por la parálisis, es la madre del hombre asesinado. El caso concluye en forma trágica: los dos asesinos, después de haber confesado su culpa a la anciana, se suicidan ante su vista. Sus vidas se destruyen sin que exista una esperanza de salvación. La pasión arrolla con lo ineluctable de un sino fatal y se apodera como un demonio de la mente y el corazón del hombre.

El amor que une a los amantes liga indisolublemente incluso a la parte “enferma” de los dos individuos. Por esto podemos decir que la relación de la pareja –que presenta aspectos delictivos que se ven reforzados en un contexto particular o en la disposición patológica de ambas personas– puede hacer surgir en forma dramática la zona de las sombras.

Sin embargo, en la relación amorosa se activan elementos ocultos o desconocidos que son sacados a luz por la fuerza arrolladora de las emociones. Pensemos en cuántos crímenes se han cometido en nombre del amor: un ejemplo clásico –no sólo en la literatura de todos los tiempos, sino también en la crónica “negra”– está representado, como en *Teresa Raquin*, por los amantes que asesinan al cónyuge de uno de ellos. Este caso es tan común y está tan asentado en la conciencia

colectiva que se le puede considerar un *topos*. ¡Cuántas novelas, dramas o películas han sido construidos sobre este argumento!

Algunos filmes han tratado este tema con notable penetración psicológica: en *Double Indemnity* (Doble indemnidad), *El cartero llama dos veces* y *Obsesión*, el problema del triángulo amoroso se resuelve con el homicidio del marido que impide la relación libre que buscan los amantes, quienes, sin embargo, atormentados por el remordimiento, también mueren. En *Crónica de un amor*, de Antonioni, el relato asume matices más sutiles e inquietantes: los dos amantes no son los artífices materiales de un homicidio, pero sí son testigos de un incidente en que muere la prometida del hombre, sin hacer nada por ayudarla, haciéndose cómplices así de una muerte que elimina el obstáculo que los separa. Esta acción, ambiguamente criminal, vuelve a replantearse en el proyecto de asesinar al marido de la mujer. Una vez más, no serán ellos quienes ejecuten el homicidio: el hombre muere en la calle ante los ojos del amante que lo esperaba para dispararle. El sentimiento de culpa deteriora la relación y los dos se separan para siempre.

Todas estas historias presentan la misma secuencia: , decisión de eliminar el obstáculo, complicidad de los amantes en la acción homicida, remordimiento, desdicha, muerte. La maldad que la carga amorosa ha hecho aflorar explota en toda su violencia, pero lo que han visualizado y llevado hasta sus consecuencias más extremas no soporta psicológicamente la *epifanía* del mal interior. En este punto, el sentimiento de culpa y la muerte se introducen en el caso como la intrusión de una ley, más interna que externa, que reequilibra la historia. La muerte de los amantes-asesinos se configura ahora como un elemento necesario para recuperar el orden subvertido por la fuerza destructora del amor.

Nótese que en el mundo antiguo no se encuentran episodios de amores “diabólicos”; esto es porque —como afirma De Rougemont— el

concepto del amor, tal como lo entendemos nosotros los modernos, en el sentido de un total coenvolvimiento emotivo, era desconocido en aquella época.

La dimensión amorosa, con su disruptiva carga trasgresora, baja los niveles de defensa de nuestra conciencia –¿con quién puede uno soltarse completamente si no es con el ser amado?– creando así un espacio, el espacio psicológico de la pareja, donde todo es lícito. Es cierto, el amor nos hace libres, libres de manifestar sin inhibiciones no sólo el propio aspecto emocional, sino también la propia inclinación a lo negativo, lo que con un sugerente término jungiano se denomina Sombra.

Tomemos el ejemplo de Don Juan, por cierto la figura más célebre del seductor de nuestra cultura occidental, oscilando entre la verdad histórica y la realidad artística. Este personaje hace que muchas mujeres se enamoren de él –“mille e tre” sólo en España, cuenta su fiel sirviente Leporello en el primer acto de la ópera homónima de Mozart– pero las ama a su modo, “fiel en el momento”, lo define Kierkegaard. De todos modos, es capaz de perpetrar los actos más aviesos al confrontar a sus enamoradas, el peor de los cuales no es ciertamente el abandono.

Don Juan miente impudicamente, traiciona, usa la violencia, mata. Lo que podemos leer en este personaje es la historia de un hombre que de la dimensión del extrae la energía necesaria para saltarse el código moral y vivir en plenitud la propia Sombra. “Viva la libertad”, exclama el Don Juan mozartiano en un momento dado: la libertad de hacer todo el daño que se quiera sin sentir culpa. Este deseo, presente en todo ser humano, posee una gran fuerza sugestiva; el cantante Ruggero Raimondi, protagonista del filme *Don Giovanni*, de Joseph Losey, confesó a un periodista haber sentido un gran placer mientras en el set dejaba abandonada a Doña Elvira. Don Juan, con la gran

carga expresiva de que es portador, parece ser el paradigma de lo negativo que puede surgir en la condición amorosa. En efecto, el amor, entendido como una tempestad emotiva que avasalla el Yo, exalta las tendencias criminales que se encuentran en cada uno de nosotros. Un hombre justo como el bíblico rey David, al enamorarse de Betsabé se manchó con el homicidio, mandando a la muerte al marido de la mujer en una empresa en la que no tenía ninguna posibilidad de salvarse.

Sin embargo, el amor revela al hombre en toda su extensión. Parafraseando una célebre frase de Joseph Conrad —*el hombre sólo se conoce a sí mismo en los momentos de peligro*—, podemos decir que el hombre sólo conoce su verdadera naturaleza cuando se enamora. Pero si ciertas condiciones excepcionales, como las de peligro, no se verifican en todas las existencias, el amor es, por el contrario, una experiencia que todo ser humano ha probado al menos una vez en la vida. Y es en este horizonte, a la vez delimitado e infinito, que cobran vida y actúan nuestros fantasmas interiores. Surgen así contenidos desconocidos, los que asumen en este contexto una nueva plenitud.

Si tomamos en conjunto los comportamientos que se producen al interior de la dimensión amorosa, descubrimos que junto a la ternura, al afecto, al choque emotivo, siempre están presentes otros elementos que debemos analizar para comprender *la otra cara del amor* —aunque si no en el mismo sentido al cual aludía un hermoso filme de Ken Russell—, pero sí tomando en consideración todos los aspectos presentes en cualquier relación amorosa, que no constituyen su lado oscuro.

La mentira, por ejemplo, es un recurso muy frecuente en el laberinto amoroso. Todos los enamorados mienten: los dulces engaños son el *leitmotiv* de toda relación sentimental. A primera vista puede parecer una contradicción el hecho de que el amor se encuentre en

sintonía con la mentira y cree en ella su propia modalidad expresiva. Como dice Roland Barthes (1977, p. 209): “El amor abre los ojos, nos vuelve clarividentes”, y en efecto, la dimensión amorosa gatilla una posibilidad tan grande de conocimiento que todo un universo, hasta ahora desconocido, se ofrece a los ojos estremecidos y curiosos del enamorado. Ahora el mundo entero asume colores y matices sorprendentes –“¡Qué azul es el cielo!”, exclama Barthes (1977, p. 109)– y nuestro mundo interior se expande, acogiendo en sí una chispa del infinito. En este punto se produce una brecha incurable dentro de la percepción de la propia vida interior, incluso más intensa y vibrante que la condición amorosa, y la comunicación de esta experiencia se transforma en algo indecible. Los aspectos profundos que surgen de lo más recóndito de nuestra conciencia no pueden ser traducidos al lenguaje cotidiano; sólo a través de la función poética encuentran una plenitud expresiva en la dimensión simbólica.

Los poetas son los únicos seres humanos que han encontrado en la palabra una modalidad expresiva capaz de captar la esencia de los sentimientos, porque la poesía está hecha de metáforas y alusiones, de símbolos y respuestas.

La experiencia amorosa exige, de manera indisoluble, un tipo de comunicación que en su sinceridad exprese también las máximas mentiras. Nos vienen a la mente las palabras de Mefistófeles (Goethe, 1832), en una cita muy cara a Freud: “Quien lo sabe mejor, no se arriesga a decirlo a los niños”. Nunca, como en la dimensión amorosa, existe una imposibilidad tan real de hacer evidente a los demás aquello que permanece en el fondo, oscuro y ambiguo incluso para nosotros, porque está cubierto de contradicciones, de colores complem?entarios que lo tornan “irisado”, indefinible. Se permanece aprisionado en lo inadecuado de la palabra, y la mentira se convierte ahora en un compromiso entre la propia realidad interna –inexpresable y por lo

tanto incomunicable— y el deseo de mantener esa relación sin la cual ya no se puede vivir. Tememos que la persona amada no pueda comprender lo que incluso nosotros mismos apenas si logramos intuir, y entonces no nos queda más que cubrir con un velo de mentiras una verdad que, por lo mismo que es irreducible a palabras, puede causar pavor.

El juego del amor es un sistema bastante complejo en que están presente estrategias como el engaño, la traición, los celos. Son dimensiones que ocultan una fuerza muy precisa pero elusiva: el odio. El famoso verso de Cátulo “Odio y amo” representa un conflicto siempre presente en las relaciones, aunque pocas veces se asoma al umbral de la conciencia. El ejercicio clínico enseña que allí donde existe un sentimiento, también toma vida y conciencia su contrario. Los opuestos, que con su interacción laceran al individuo, constituyen la dinámica secreta de la vida. El amor reclama, exige incluso, la copresencia del odio. Esta terrible dualidad fue sintetizada por La Rochefoucauld (1665) en una de sus máximas: “El amor, si se le juzga por la mayoría de sus efectos, se asemeja más al odio que a la amistad”.

El elemento destructivo puede vivir oculto, en la interioridad del vínculo sentimental, manifestándose sólo a veces con violentas e imprevistas apariciones que dejan asombrados e incrédulos a ambos amantes. Pero a veces, cuando las circunstancias externas o internas lo favorecen, esta instancia surge con toda su fuerza y puede conducir hasta al homicidio, lo que los cronistas llaman “crimen pasional”, el asesinato por venganza de la persona amada, o por celos, por abandono: un tipo de crimen que ha inspirado a través de los siglos a poetas y dramaturgos, desde Paolo y Francesca de Allighieri hasta Otelo de Shakespeare. En la literatura y en el teatro, como en la vida, amor y odio son dos sentimientos inextricablemente unidos; aunque en el momento de la locura homicida el asesino no cese de amar a su vícti-

ma. Don José, después de haber apuñalado a Carmen que quería abandonarlo, dice: “Soy yo quien ha matado a *mi adorada* Carmen”.

La historia del amor está entonces escrita también con sangre. En su nombre se cometen innumerables delitos, pero también las más nobles acciones. El amor es entonces una chispa divina —y con este término entiendo una fuerza que contiene en sí ambos polos de la dicotomía bien/mal— que ilumina por un instante nuestra existencia. Pero aquel instante puede otorgar sentido a toda una vida, porque ha provocado profundas resonancias desde los abismos de nuestro ser: es una especie de fulgor que, en el fluir del tiempo, hace aparecer la dimensión de la eternidad. Pero es una “eternidad” que tiene una vida muy breve. Este estado de gracia no puede durar, porque el ser humano no puede soportar la tensión del conocimiento. De Rougemont habla justamente del amor como un *mito*. En efecto, sólo en un horizonte mítico puede este sentimiento encontrar una realidad síquica, aunque sea fuera de la historia, y sin embargo, paradójicamente, influye en la historia de la humanidad.

El amor se manifiesta en el mundo, pero no pertenece a él: los seres humanos le tienen miedo. Esta tesis puede ser ilustrada por dos cintas suecas. La primera, *Elvira Madigan*, es la historia de una joven acróbata de circo y de un conde que deserta del ejército sueco para huir con ella. Los dos se aman profundamente, pero pronto comienzan las dificultades económicas que hacen contrapunto a sus primeros desacuerdos. El hombre no puede trabajar porque corre el riesgo de ser arrestado como desertor, pero no quiere que Elvira se gane la vida cantando, pues es terriblemente celoso. Los dos se ven obligados a buscar bayas en el bosque para alimentarse. Después se produce el fin inevitable: el protagonista mata a Elvira y se suicida. Este no es un filme sobre el amor, sino sobre la imposibilidad del amor. Quien ama verdaderamente, no puede vivir en el mundo, porque se convierte en

un testigo incómodo de éste, su presencia es un reproche viviente para quienes viven en la gris monotonía. Elvira y su compañero deben morir porque es el único modo de ser coherentes con sus sentimientos. François Truffaut dice: “Para mí, un final feliz no es el de una pareja que vuelve a juntarse, sino que llega hasta las últimas consecuencias” (De Fornari, 1986).

El segundo filme es *La señal*, de Ingmar Bergman. El relato se centra en una mujer afectada por un grave trastorno mental, y en el hombre que vive junto a ella con gran devoción. La protagonista tiene una pequeña mancha en un ojo y culpa a ésta de todos los sufrimientos de su vida. Cuando se agrava la enfermedad síquica y se impone su recuperación en un hospital siquiátrico, la mujer considera que su marido es el responsable de la situación y se niega a verlo. Entonces el hombre, después de haber escrito sobre la pizarra de la sala de clases donde la mujer enseñaba, “El amor lo soluciona todo”, se provoca adrede una lesión en el ojo, va al hospital donde está ella y le dice: “Ahora soy como tú; ahora sé cómo te sientes”. La historia concluye con el suicidio de ambos; antes de morir, los dos cónyuges escriben al siquiatra una carta en que piden ser sepultados juntos y explican el motivo de su acto: “Hemos comprendido que el amor es lo único verdaderamente importante en la vida”, y añaden, “pero en este mundo no hay lugar para el amor y por ello preferimos morir”.

A la luz de este mensaje podemos comprender más íntimamente el binomio amor-muerte que recorre, como afirma De Rougemont, la cultura occidental desde el siglo XII hasta nuestros días. Según este autor, dentro del amor-pasión se oculta el deseo de anulación, porque sólo en el momento del límite extremo se conoce el hombre a sí mismo. Quisiera añadir que la muerte es la conclusión natural del amor, no por voluntad de los amantes, sino porque el mundo no puede aceptar la carga subversiva que lleva en sí este sentimiento. El

amor rompe los diques de la existencia y perturba el orden establecido, por lo que debe ser destruido. Las leyes no pueden prohibir a los seres humanos enamorarse, pero es la sociedad misma la que deja morir a quienes han osado trasgredirlas, trayendo una chispa divina al curso siempre igual y gris de la existencia.

Esta no pretende ser una conclusión negativa sobre el amor, sino una invitación a reflexionar. Debemos darnos cuenta de que estamos desgarrados por una profunda ambivalencia: por una parte, deseamos, anhelamos el amor, por la otra, lo repudiamos porque tenemos temor, y nos refugiamos en la cotidianidad, en nuestras relaciones más chatas y banales.

Debemos darnos cuenta de esta verdad amarga y terrible: el mundo no quiere amor y no lo sabe. De todos modos, es posible pensar en las otras experiencias que, al igual que el amor, permiten al hombre penetrar más a fondo en su psicología. Entre éstas se puede mencionar el éxtasis místico, o sea, la pérdida momentánea de la presencia del Yo al intentar una unión cósmica con la divinidad.

Pero, obligadamente, la otra “vía regia” del conocimiento está en el encuentro con la aparente gratuidad del dolor. Quisiera especificar que éste es un desvío fundamental de la pena, que nace de toda “acción prometeica”, como la construcción de una obra, la investigación, que representa el intento de romper los lazos de la dimensión humana, y el afán y la amargura sin sentido que invaden diariamente nuestra vida. Si es posible una analogía, podríamos decir que es la misma diversidad que contiene la plegaria del fariseo, quien encontraba su recompensa en la aprobación de la gente, y la oración del cristiano cuyo testimonio permanecía oculto al mundo. Este tipo de dolor es lo que más interesa a la conciencia y lo que se adueña de la vida. En general, este tipo de dolor es el que silencia la historia, pero su testimonio está en la vida de todos los hombres, de los hombres

excluidos de los hechos y eventos importantes, de los hombres despreciados por aquellos hombres que han “comprendido”, y los que en realidad ya están muertos pero siguen viviendo.

La exclusión nace desde adentro, de lo dramático de la propia dimensión interior, nace de una sed insaciable de amor que jamás nada ni nadie podrá apagar. Nace de sentirse pobre cuando se es rico, feo cuando se es hermoso, inerme, vulnerable, cuando por el contrario se es fuerte, porque de otro modo no sabría sobreponerse al dolor, a las heridas.

La exclusión está en no poder aceptar la “herida”, el sentir todavía un desprecio que terminó hace ya tiempo, acabando por perpetuarlo en forma masoquista. Siempre en busca de un ideal imposible para sí y para los otros, se termina por “fracasar” frente a la vida, por suicidarse lentamente día tras día.

Parece que nadie se arriesga a convencer a esta persona que el valor, el amor, pueden venir sólo de sí mismos, que la fuerza no nos es regalada sino que se conquista duramente. Así se vive el drama de Peter Pan que se niega a crecer. La protagonista de una delicada novela (Erica Jong, 1984), en su difícil lucha por conquistar la independencia, para ser capaz de una relación *adulta* con su pareja, responde a su hijita que preguntaba al oír el cuento de *La bella durmiente*: “¿Y qué pasa si no llega el príncipe?”, “Entonces la bella durmiente tendrá que despertarse solita y darse un abrazo muy grande”. Sólo el autococimiento y la autoaceptación pueden conducir a la independencia, a su vez la única base de una relación auténtica. Es además, al parecer, el único camino para salvar nuestras vidas.

Vendrás conmigo -dije- sin que nadie supiera
dónde y cómo latía mi estado doloroso,
y para mí no había clavel ni barcarola,
nada sino una herida por el amor abierta.

Repetí: Ven conmigo, como si me muriera,
y nadie vio en mi boca la luna que sangraba,
nadie vio aquella sangre que subía al silencio.
¡Oh amor, ahora olvidemos la estrella con espinas!

Por eso, cuando oí que tu voz repetía
"Vendrás conmigo" -fue como si desataras
dolor, amor, la furia del vino encarcelado

que desde su bodega sumergida subiera
y otra vez en mi boca sentí un sabor de llama,
de sangre y de claveles, de piedra y quemadura.

PABLO NERUDA, *Soneto 7.*

CAPÍTULO 1

Un acontecimiento
imprevisto

El amor, por su naturaleza misma, pertenece a la esfera de lo inexpressable. Como todo lo que tenga relación con el alma, es vecino al misterio y se acompaña del silencio. Superar la barrera, dar forma a lo indecible, es una loca aventura, llena de temores, en la que sólo los artistas y poetas se han arriesgado. La indagación psicológica a menudo se detiene en un intento de seudocomprensión racional que violenta la realidad del alma. Para levantar el velo con que el alma cubre su esencia, es necesario proceder con respeto y cautela.

Escoger los miles de matices con que encontramos al otro, adentrarse en el laberíntico mundo de imágenes, significa abandonar toda perspectiva unilateral y dar voz a todos los demonios que allí habitan. Escribir sobre el amor significa enfrentar lo inexplicable, narrar una experiencia misteriosa y perturbadora, dar voz a nuestras fantasías. Sin embargo, ya que leer es reinventar el texto, convertir el mundo imaginario del autor en el nuestro, el lector se encuentra con sus propias imágenes más íntimas.

Un fenómeno característico de la experiencia amorosa es que la presencia del otro nos cautiva con una intensidad e inmediatez que no volveremos a encontrar en otra ocasión. El amante está hechizado y obsesionado con la imagen del otro. Esta experiencia tiene un carácter improvisador, irreal y casi compulsivo. Platón llegó al extremo de

hablar de un delirio divino, una especie de raptó extático. En presencia del ser amado, tenemos un sentimiento de increíble satisfacción y a la vez la impresión de que hasta ahora hemos vivido en un estado de privación. La presencia del amado es verdaderamente una fuente de bienestar y nueva vida que parece tener, no, que tiene, posibilidades inagotables.

La proximidad provoca esta agitación. Sentimos que hemos sido cautivados. Pero, en realidad, el amor se alimenta de lo que sucede dentro de nosotros. Aquél en quien mis ojos y deseo se han fijado, adquiere para mí una significación única y se torna irremplazable, pues sólo esa persona puede invocar una profunda y especial dimensión interior de mí mismo.

El estar enamorado siempre nos enfrenta con lo incomprendible. La otra persona es *atopos*, es decir, inclasificable, porque definición implica conocimiento de ese otro. Mientras dura el amor, el intento de ponerse cara a cara con la fuente de misterio y fascinación representa realmente el intento de traducirla a una experiencia familiar y comprensible. Pero incluso cuando tratamos de comprender, de desgarrar el velo, no queremos abandonar del todo esa ilusión cuyo brillo nos encandila y así nos hace permanecer enamorados.

Uno permanece en esta condición mientras el otro no pueda ser captado en su propia dimensión espiritual. Hasta ese momento, algo me lleva a preguntarme sobre los valores que sólo ese rostro tiene para mí. Mientras el ser amado represente una significación interior, una significación sólo mía, el otro se convierte en mi único interlocutor verdadero, el único a quien puedo plantear preguntas y del que puedo esperar una respuesta –la respuesta, en realidad.

La intensidad y exclusividad de la relación amorosa transforman y vivifican la forma en que interpretamos la realidad tanto interna como externa. Es como si una multitud de imágenes y emociones lle-

nara nuestros canales sensoriales, abriendo una nueva dimensión del alma. Quien no haya estado siquiera una vez inmerso en esta experiencia, permanece separado del mundo del espíritu y de la carne. La persona amada se convierte en una fuerza impulsora en la búsqueda de nuestra propia verdad, una ventana que se abre al mundo exterior y a nuestra propia alma.

La experiencia amorosa inunda virtualmente cada aspecto de la existencia con la luz del significado. Esto sólo puede suceder cuando el otro, cuya imagen me obsesiona, orienta incesantemente en dirección suya mi vida síquica. El poder de esta fascinación está contenido en lo misterioso del objeto del amor, en su carácter indefinible. La capacidad de mantener vigente la experiencia amorosa, depende de la posibilidad de compartir con nuestra pareja el enriquecimiento interior entregado por la relación.

Amar es una auténtica tarea psicológica, la más exigente que existe, precisamente porque activa en nosotros nuevas formas de conocernos a nosotros mismos. En el momento en que el amor hace su entrada, uno debe aprender a manejarse en un mundo totalmente nuevo. De pronto todo es diferente. Este cambio, que parece haberme sido dado por el otro, ha hecho de mí una persona nueva, y ahora mi forma misma de ver esta experiencia, de vivirla, ha sido transformada.

Cuando el deseo nos domina, el cuerpo toma el mando. En nuestra intensa contemplación de la persona amada –como para descubrir el secreto de aquello que nos ata y confunde– estamos buscando nuestro pasado. La inquietud provocada por el otro nos dice cuán imperiosa es la necesidad de reunirnos con algo que parecía perdido, pero que ahora aparece bajo una nueva y aún más atractiva luz.

Cuando estamos inspirados por el deseo, no es sólo la voz la que se quiebra, sino toda la realidad. La realidad externa, antes tan evidente, ahora pasa a un segundo plano. En su lugar, como en una etapa

rotativa, aflora un universo nuevo en cuyo centro están dos amantes. Desde el punto de vista de ellos, ese universo es el único plausible –pero sólo desde su punto de vista. Para todos los demás, el mundo de los enamorados es una aberración inexplicable.

Cuando nos entregamos al poder de Eros, todos los puntos de referencia anteriores se deterioran o se desechan. El amor hace de nosotros lobos solitarios, porque estamos menos sintonizados con los demás y somos menos capaces de comunicar nuestra experiencia. El único lenguaje posible es el del arte o de la poesía. Sus misteriosos poderes alquímicos nos permiten expresar lo que de otra manera permanecería por siempre escondido.

El darnos cuenta de que los demás no nos entienden, es siempre una experiencia inquietante pero al mismo tiempo excitante, porque nos hace sentir realmente únicos. Una mayor evidencia de nuestra unicidad se da cuando nos sentimos amados por el otro, que también es único, la única persona que cuenta para nosotros en ese momento. Así, la unicidad del ser amado se cruza con la nuestra. Tal encuentro no puede evitar crear una relación ejemplar e inimitable. Por eso es que, al final de una relación, se justifica plenamente que nos sintamos abandonados. Algo se ha perdido en verdad, ya que ningún nuevo encuentro podrá devolvernos esa experiencia vivida.

Mientras dura, el amor se experimenta como algo definitivo y perenne. Cuando uno ha visto un idilio hasta el final, sabe que el amor se asocia con el sentimiento de eternidad. Nadie puede amar si está pensando que este sentimiento terminará. Quien desee experimentar la *infinidad síquica*, ese aspecto de nosotros que trasciende las limitaciones de la existencia física, debe entrar al reino del amor. En ese momento estamos desorientados, perdemos nuestro norte. Pero es bueno que eso suceda. Es necesario perderlo. El hecho de que estemos fuera de la realidad cotidiana, enclaustrados en lo que se podría

llamar un doble narcisismo, impulsa a los demás a cerrar filas en contra nuestra. Estamos perdidos para sus vidas, hemos desertado, huido hacia un mundo diferente. Para ellos, ahora somos unos seres extraños, incomprensibles y, por lo tanto, atemorizantes.

Otra característica del amor es que altera nuestra relación con la realidad. El orden síquico a que hemos estado acostumbrados, se desbarata repentinamente. No habríamos podido vernos envueltos en tal experiencia si nuestra estructura síquica no permitiera las alteraciones. El cataclismo del amor lo abarca todo; las actitudes en apariencia rígidas, se derriten como nieve al sol.

En un antiguo cuento árabe, recontado por el poeta persa Nezami, un joven príncipe, Qeys (cuyo nombre viene de una palabra asociada con la idea de medida), se enamora de la hermosa Leyla (noche u oscuridad). Cuando su amor es obstaculizado, él se convierte en prisionero de un delirio amoroso y vaga durante años por el desierto cerca del campamento de su amada hasta que muere. Desde entonces se le conoce como Majnun, el loco de amor.

Tal como Romeo y Julieta simbolizan el concepto de amor-muerte en la imaginación occidental, así Leyla y Majnun representan en la tradición oriental la pareja arquetípica que sufre de *amour fou*, pasión que se convierte en locura. De hecho, un loco es alguien cuya mente está obnubilada. Y Leyla, el objeto del amor, en su doble rol de mujer y noche, envuelve a Majnun en sus sombras. Leyla es comparada con la luna cuya luz crea formas ilusorias. Entonces el amor es visto como un generador de imágenes, de demonios, que con su explosivo poder alteran o destruyen todo sentido de proporción y equilibrio.

Siempre podemos decir cuando alguien está enamorado, porque las personas en esa condición vivencian el objeto de su amor como una fuente de infinito placer. Y en realidad no están del todo equivocadas, pues ese momento particular está cargado con una fuerza que

nadie más puede proveer. Pero cuando quiera que nos encontremos pasando por una experiencia donde otra persona se convierte en la fuente de nuestro éxtasis, sin duda estamos en una situación extrema. Cuando me doy cuenta de que mi felicidad depende de otra persona, me estremezco de temor. Al haberme puesto en manos de otro, ahora estoy a su merced. Con frecuencia se ha dicho que el éxito en la vida depende de nuestra capacidad de autonomía; pero es innegable que el conocimiento más profundo viene de identificar en otro el origen de nuestra propia alegría.

Aunque la abdicación total de nuestra libertad puede causar un sufrimiento que iguala en intensidad el regocijo que sentimos, quedamos sin embargo, cautivados por una emoción imposible de evadir. Quienes no han pasado por esta condición, están —en mi experiencia— efectivamente muertos por dentro. Su coraza es tal que no sienten nada. Para ellos, la vida es eternamente muda.

En un último análisis, estamos tratando con un fenómeno que nos desarma frente a la vida e impone elecciones y decisiones individuales. Como sucede a menudo a quien inicia un análisis, el amante está en medio de una experiencia que requiere una actitud existencial y psicológica especial. Paradójicamente, uno experimenta un estado de renovación, incluso de renacimiento, y a la vez el fin de una parte de la personalidad que otrora fue vital para la existencia.

Es exactamente la ruptura violenta de las defensas narcisistas básicas lo que caracteriza la condición amorosa. Uno es sacado de la soledad y devuelto al contacto con aspectos inconscientes de uno mismo.

La condición amorosa nos dispone más a una participación síquica nueva y más amplia. Pero para ser devueltos a la corriente de la vida, debemos tolerar una súbita e incontrolada pérdida de equilibrio, sufriendo una herida que hace cuestionar todo nuestro orden existencial.

En los extremos del amor y el erotismo, perdemos toda certeza y nos desequilibramos. El ego empieza a vacilar, hasta el punto en que perdemos el control de nuestra conducta. Este estado de desequilibrio es una condición asociada con el estar enamorado, pero es una característica necesaria de cualquier transformación síquica. Es también un estado mental del cual intentamos defendernos. Instintivamente sentimos el riesgo de ser arrastrados a una experiencia que en todas las culturas está asociada con la idea de la muerte. A través de la historia, los poetas y artistas han evocado la muerte, el más espantoso de los espectros, para dar forma y sustancia a éste, el más intenso estado de apego a otro ser. No podemos evitar temblar en tal situación, porque la experiencia erótica nos obliga a vivir a través de una de las condiciones interiores más violentas.

La vulnerabilidad revelada por el amor, y la importancia capital que el otro viene a asumir en nuestra vida, nos sumen en un estado de necesidad. Particularmente durante la primera y más intensa fase del , estamos obligados a vivir en una especie de soledad para dos.

Estamos seducidos por la forma de ser, de moverse del otro, por esa mirada, esa voz. Ciertas características del amado se vuelven irresistiblemente fascinantes. De hecho, ellas tienen el don de coincidir con nuestro deseo. Este o aquel detalle del amado, insignificante o incluso desagradable a juicio de otros, se hace significativo sólo para mí, que por amor descubro su encanto y sucumbo a él.

En cuanto a la belleza, puede ser absolutamente fatal en sus efectos, porque tendemos a ver en ella una correspondencia concreta con una necesidad altamente interiorizada. ¿Pero qué es con exactitud la belleza? El hecho de tener un cuerpo, nos enfrenta a todos con un problema estético. A veces la gente es cruel, especialmente cuando es muy joven. Todos hemos conocido el peso de tener un cuerpo que puede corresponder o no a los cánones estéticos de nuestra cul-

tura. En realidad, deberíamos darnos cuenta que la belleza es una dimensión espiritual y psicológica, que no concierne sólo al objeto sino también al modo en que uno lo percibe y se relaciona con él. Una forma se hace hermosa porque es significativa para un observador. Esto es porque coincide con un deseo inconsciente y tiene la facultad de evocarlo.

Podemos preguntar el origen de todo esto, cómo es que una imagen se vuelve tan importante. El psicoanálisis ha tratado de responder esta pregunta al sostener que los ojos que me hechizan con su misteriosa malicia son los que me miraron cuando era muy pequeño, cuando aún no estaba consciente de mí mismo. Posiblemente ésta podría ser la ontogenia, la causa remota por la cual cierta característica del otro adquiere su significación. Pero con el paso del tiempo, este lazo con el pasado ya no tiene tanta importancia; lo que cuenta es que en cierto momento ese gesto, esos cabellos, esa voz, esas manos, pueden hacerme arder de deseo. Son la belleza que busco; son lo que coincide con el deseo que el otro evoca en mí.

Esta es la esencia misma de nuestra experiencia —encontrarnos entre mil personas y paralizarnos por una sola imagen. De pronto ha surgido una dimensión interior mía que yo ignoraba, y soy enriquecido por una condición síquica que antes me era desconocida. Así, la imagen que llamamos hermosa se origina en nuestra capacidad de crear formas y darles vida.

En la condición amorosa estamos maravillados no por la persona que vemos al frente nuestro, sino por la idea que él o ella ha activado en nosotros, de modo que incluso a la distancia podemos percibir claramente un rostro, una voz, unos gestos y actitudes particulares, señales todas de nuestro mundo interior que han sido activadas y reveladas por este encuentro. Como observa Goethe:

A veces estás con la persona real de igual manera que estás con un

1. Un acontecimiento imprevisto

retrato. Este no necesita hablar, ni mirarte, ni afectarse por ti de ningún modo: tú lo ves y sientes lo que significa para ti, en verdad incluso puede llegar a significar más para ti, sin hacer nada al respecto, sin darse cuenta en ninguna forma de que su relación contigo no es más que la de un retrato¹.

Esta poderosa aparición de nuestras imágenes internas en respuesta al otro, al único otro, explica por qué nadie es reemplazable en la relación amorosa. Es sólo esta persona específica quien puede activar este mecanismo. Basta perder un llamado telefónico o una cita, o no poder tener noticias del amado, para ser asaltados por la angustia. Describiendo tal experiencia, Barthes escribe: “Esperar un llamado telefónico está, por lo tanto, tejido de diminutas e inconfesables interdicciones *a lo infinito*: me prohíbo salir de la pieza, ir al baño, incluso telefonar...”².

Cuando las expectativas no coinciden con la realidad, uno es atacado por el pánico, por un sufrimiento casi físico. Y en este preciso momento —en el sufrimiento provocado por la ausencia del otro, en la violencia del deseo que sólo el amado logra provocar—, el amante súbitamente se da cuenta que está vivo. Como escribe Barthes:

Cuanto más honda la herida en el centro del cuerpo (en el “corazón”), más sujeto se vuelve un sujeto: para el sujeto es *intimidad* (“La herida... es de una espantosa intimidad”). Así es la herida del amor: un abismo radical (en las “raíces” del ser), que no se puede

- 1 *Elective Affinities* (Londres: Penguin, 1986), p. 164 (*Las afinidades electivas* [Madrid: Espasa-Calpe]).
- 2 *A Lover's Discourse —Fragments* (El discurso de un amante —fragmentos) (Londres: Jonathan Cape, 1979), p. 38.

cerrar y por el cual el sujeto se desangra, constituyéndose en sujeto en este mismo desangramiento³.

En la interioridad nos descubrimos a nosotros mismos, llegamos a conocer nuestras verdades íntimas. El drama de este bautismo de fuego reside en que deja una herida que no cicatriza jamás.

*Hice la voluntad del dragón hasta que tú viniste
 Porque había imaginado el amor como una casual
 Improvisación, o un juego arreglado
 Que seguiría si dejaba caer mi pañuelo:
 Esas proezas que a los minutos dieron alas
 Y música celestial a quien las observó;
 Y entonces te posaste entre los anillos del dragón.
 Me burlé, estando loca, pero tú lo dominaste
 Y rompiste la cadena y liberaste mis tobillos,
 San Jorge o quizás un Perseo pagano;
 Y ahora miramos asombrados el mar,
 Y un ave extraña y milagrosa nos grazna.*

W.B. YEATS, "Her Triumph"
 (Su triunfo) (versión libre).

³ Ibid., p. 189. *El es más que un héroe*

Ante mis ojos es un dios
el hombre a quien permites
sentarse junto a ti -aquél

que escucha íntimamente
el suave murmullo de
tu voz, la tentadora

risa que hace palpitar fuerte
a mi propio corazón. Si te encuentro
repentinamente, no puedo

hablar -mi lengua está quebrada;
una fina llama corre por debajo
de mi piel; sin ver nada,

sólo escuchando el latir
de mis oídos, me corre el sudor;
los temblores agitan mi cuerpo

y palidezco más que
pasto seco. En tales momentos
la muerte no está lejos de mí.

SAFO (versión libre).

CAPÍTULO 2

La evocación
de imágenes

El amor, en el sentido de *concupiscentia*, es el dinamismo que más infaliblemente saca a luz el inconsciente.

C.G. JUNG, "Transformation Symbolism in the Mass"
(Simbolismo de transformación en la masa).

Es comprensible que el amor fuese considerado una enfermedad en la tradición romántica. Ya hemos mencionado ciertos síntomas tales como una percepción alterada de la realidad, la sobrestimación –hasta el punto de lo grotesco– del valor de la persona amada, la necesidad de limitar drásticamente nuestra gama de relaciones. Por lo tanto, no es difícil hablar de un estado patológico.

Stendhal expresa una interesante idea:

Incluso pequeños defectos faciales en otras mujeres, como una cicatriz de viruela, conmueven el corazón de un hombre enamorado e inspiran una honda ensoñación; imaginad el efecto cuando están en el rostro de su amada. El hecho es que esa marca significa miles de cosas para él, principalmente deliciosas y todas en extremo interesantes. A la vista de una cicatriz, aunque sea en el rostro de otra mujer, él recuerda forzosamente todas estas cosas. Así, incluso la

fealdad empieza a ser amada y a dársele preferencia, porque en este caso se ha convertido en belleza¹.

Si esto es en verdad patológico, no olvidemos que el amor apasionado ha sido asociado tradicionalmente con la sensibilidad artística. Hasta cierto punto, entonces, estamos tratando con una enfermedad muy saludable, un mal que despierta y refuerza la creatividad.

En verdad, la enorme capacidad de Eros para estimular nuestra imaginación, lo convierte en una excelente varilla adivinatoria para buscar las vetas ocultas de la energía creativa. Naturalmente no estamos hablando de la creación artística formal. El que el amor pueda sacar un par de coplas de los corazones de gente que hasta ese momento jamás se había dignado a echar siquiera una mirada a la poesía, es del todo irrelevante, especialmente en sus resultados. Estamos hablando de esa creatividad mucho más vasta que nos permite actuar en la vida con autonomía.

Una persona enamorada se siente inesperadamente capaz de enfrentar incluso situaciones peligrosas. Por ejemplo, sólo alguien enamorado puede echarse encima el peso de la familia: un joven que jamás ha podido decir no a sus padres, es capaz de quemar el mobiliario familiar para seguir sus planes cuando se fascina con su vida de fantasía interior. Se abren imprevistas perspectivas y surgen nuevas posibilidades. Rilke dice:

Amar no significa al principio fusión, entrega y unión con otra persona (porque eso sería una unión de dos seres confundidos, incompletos y aún incoherentes), sino que es un gran acicate para que el individuo madure, se convierta en algo, en mundo por amor a otra

1 *Love* (Amor) (Londres: Penguin, 1975), pp. 39-40.

persona; es una grandiosa y exigente demanda, algo que lo escoge y lo llama a vastas distancias².

Cuando nos negamos a amar, cuando no accedemos a este encuentro con el otro, sugiere Barthes, estamos renunciando a nuestra vida de fantasía, este factor generador interno que sólo el amor puede activar³. Podríamos decir que el amor es un cataclismo mal acogido, pero debemos reconocer que sólo del caos puede nacer una nueva existencia.

Aunque quizás los remotos orígenes etimológicos de una palabra ya no tengan ninguna relación con su posterior significado, es interesante saber que la raíz latina de la palabra “deseo” (*de-sidera*) indicaba la situación de un adivino que no podía hacer sus predicciones debido a la ausencia de estrellas (es decir, porque el cielo estaba nublado). También vale la pena señalar que los navegantes, desde los comienzos de los tiempos, han necesitado de las estrellas para orientarse.

Algo parecido sucede a un amante que se debate en el deseo. Han desaparecido los puntos de referencia externos. El amor nos saca de la pista recorrida, lejos de lo que siempre hemos conocido; las realidades que ahora encontramos deben ser continuamente interpretadas porque carecen de modelos en nuestro pasado. El deseo nos impide entender la realidad con criterios bien conocidos y habituales. La característica más distintiva de tal situación es ser siempre nueva, jamás familiar.

Pero lo desconocido generalmente inspira temor. Por eso es que el temor y el estar enamorado casi siempre van de la mano, tanto es

2 *Letters to a Young Poet* (Nueva York: Vintage Books, 1986), p. 69 (*Cartas a un joven poeta* [Buenos Aires: Siglo Veinte]).

3 *A Lover's Discourse – Fragments* (El discurso de un amante – fragmentos) (Londres: Jonathan Cape, 1979), p. 87.

así que si en medio de nuestra excitación no nos sentimos asustados, es señal evidente de que no estamos realmente enamorados. “El amor despierta temor”, escribe James Hillman. “Estamos temerosos de amar y asustados al estarlo, propiciando mágicamente, buscando señales, pidiendo protección y orientación”⁴.

Por lo tanto, debemos preguntar por qué tenemos esta experiencia. Aunque en su momento parezca natural, si uno realmente reflexiona sobre ello, nada es menos natural que este sentimiento de vivir y ser capaz de vivir sólo bajo la luz que derrama otra persona.

Es probable que éste sea un desarrollo reciente y peculiar de la raza humana. El vivir constantemente en una posición de dependencia vital, el sentirse mortalmente amenazado por la separación o el exigir celosamente monogamia, son todas características bien conocidas del amante humano. Aun cuando se encuentren rasgos vagamente similares en algunas especies animales, nosotros hemos desarrollado la dimensión amorosa *contra natura*, por así decirlo, sin tener una provisión genética inicial para ello. Hemos inventado esta forma de sentirnos lacerados y de lacerar al otro. Nuestra experiencia va acompañada de temor porque aún no la hemos dominado. Por eso es que resulta tan difícil hablar de este sentimiento y por eso es que debemos vivenciarlo para comprenderlo.

Entonces, la señal de nuestro verdadero involucramiento en este arrebato es el temor acompañante de que puede suceder algo destructivo. Y este temor se justifica porque es difícil aceptar que los peores dolores y sufrimientos que infligimos y nos son infligidos ocurren principalmente en el ámbito del amor. Ni puede dejar de sorprendernos el descubrir que infligimos una herida mortal a la misma persona

4 *The Myth of Analysis* (El mito del análisis) (Evanston, IL: Northwestern University Press, 1966), p. 81.

a quien hemos dedicado nuestra vida y por quien estamos dispuestos a hacer cualquier cosa, incluso matar.

La pasión significa sufrimiento, algo padecido, el abrumador poder del destino en una persona libre y responsable. Amar más que el objeto del amor, amar la pasión *per se*, desde el *amabam amare* de Agustín hasta el Romanticismo moderno, significa amar y buscar el sufrimiento. Amor-pasión: el deseo por aquello que nos hiere y aniquila, constituye su victoria. Este es un secreto que Occidente nunca ha permitido que sea revelado, persistiendo obstinadamente en sofocarlo⁵.

Cualquiera que ame está en condiciones de herir al amado, y, es más, a menudo lo hace. Esto no es fácil de explicar. Quizás la razón sea que cuando estamos enamorados, nos sentimos atrapados y violados; y nadie puede conquistar impunemente nuestro yo interior. Así, tal vez una persona que se siente totalmente poseída necesita, aunque sea de manera inconsciente, desquitarse violando e hiriendo al otro. No lo sabemos. Sólo sabemos que el amor está lleno de temor; codo a codo con las emociones más sublimes, nos hace estremecer.

El amor siempre trae consigo una angustia mortal, y ligado a esto hay un sentimiento de culpa inextirpable. El sicólogo profundo explica esto con el hecho de que estamos tratando con sentimientos indisolublemente ligados, complementarios pero en dramático conflicto entre sí: *prohibición y transgresión*. La idea de que el amor libera, se ha convertido en un cliché. Pero los hechos son distintos: amar y ser amado significa, tarde o temprano, tropezarse de lleno con las prohibiciones impuestas por quienes nos rodean. Nuestro entusiasmo

5 D. De Rougemont, *L'amore e l'Occidente* (El amor y el Occidente) (Milán: Rizzoli, 1977), p. 95.

amoroso es vivenciado por otros como peligroso y desestabilizador. La metamorfosis que se produce en los amantes, hace cuestionar el status quo. La sociedad considera que éste es un acto intolerable de subversión y por ende lo veta, obligando a los amantes a convertirse en transgresores, a quebrantar aquellas leyes humanas que apuntan a mantener las cosas como están.

Cada vez que uno rechaza la experiencia amorosa desechándola con racionalizaciones, está obedeciendo una ley colectiva que ha sido internalizada. Todos hemos asimilado esta ley que niega la libre realización del deseo a pesar de las continuas invitaciones de la vida. Así, mientras la vida conspira para despertarnos, a menudo puede suceder –y ocurre– que neguemos nuestro deseo en acatamiento a un veto externo que ya está fatalmente vivo dentro de nosotros sin que siquiera estemos conscientes de él.

La miseria, el empobrecimiento, la éstasis que resultan son proporcionales a la fuerza del impedimento que opera en nosotros. Me refiero fundamentalmente al proceso dinámico activado en la fase llamada enamoramiento que algunos bien pueden considerar sólo un primer paso sujeto a ser normalizado. Pero uno debería tener el valor de admitir que esta fase inicial podría ser permanente: esta estremecedora experiencia me despoja de muchas certezas estériles y me lleva más allá de ellas.

Para experimentar la plena fuerza de la tempestad –que yo mismo he buscado inconscientemente–, debo tener la fortaleza de neutralizar ese grito interior de amenazante reproche. Si no podemos aceptar la oportunidad de crecer, nos volvemos estériles, codiciosos, grises, y la vida de fantasía de la cual extraemos energía creativa ya no nos vivifica. Pero es crucial que nuestra vida se ilumine por circunstancias de este orden. La experiencia pasada, el saldo de todo lo que hemos vivido, es sólo de ayuda limitada, porque, como dijera

Confucio, es semejante a una luz que llevamos en la espalda y que por consiguiente sólo ilumina el camino que ya hemos atravesado. No sólo no alumbramos el camino por recorrer, sino que ni siquiera alumbramos el que estamos recorriendo. Si no encendemos la luz de nuestra imaginación, no vemos nada. Cualquier experiencia, incluso la objetivamente más rica, se convierte en la más pobre en un sentido subjetivo, porque carece de la luz de esta dimensión fundamental.

¿Pero por qué el veto? En lenguaje corriente, el veto internalizado se llama la voz de la conciencia. Su función es impedir la angustia e interceptar la terrible sensación de sentirnos pillados cuando nos descubrimos haciendo algo por lo cual se nos podría reprochar. Para evitar sentirnos culpables, respetamos el veto que a su vez mantiene a distancia la violencia del deseo. Pero el deseo es precisamente lo que nos da la fortaleza para enfrentar la vida en una nueva forma, lo que nos pone en contacto con nuevos valores.

Veamos si podemos aclarar lo que sucede cuando hablamos de inventar la significación del otro. Con cuánta frecuencia hemos dicho a alguien: “Eres tan vago” o “No puedo comprenderte”, y con cuánta frecuencia se nos ha dicho lo mismo sin que percibamos que es precisamente este factor el que inicia un proceso evolutivo. Lo primero que sentimos cuando nos enamoramos es la sensación de impedimento: algo o alguien dentro de nosotros nos dice que estamos aventurándonos en un terreno que no nos pertenece. Sin embargo, por una extraña coincidencia, justo cuando sentimos el veto, también nos posee el sentimiento –quizás muy tenue, pero desesperadamente tenaz– de que tenemos el valor para romperlo.

De Rougemont pregunta:

¿El obstáculo... y la creación del obstáculo por la pasión de los dos héroes... es sólo un pretexto necesario para el desarrollo de la

pasión, o no estará más bien conectado con la pasión en una forma mucho más profunda? ¿No es, si estudiamos el mito a fondo, el *objeto* mismo de la pasión?... y sin embargo, la pasión del amor es, *ipso facto*, un estado infeliz. Durante siglos, la sociedad en que vivimos (y cuyas costumbres en el fondo no han cambiado) ha vestido nueve de cada diez veces la pasión del amor con las galas del adulterio... Afirmar que el amor-pasión es adulterio *per se*, es insistir en que nuestro culto del amor funciona al mismo tiempo tanto para disfrazar como para transfigurar; es poner el reflector sobre los disimulos de este culto, sobre lo que se rehusa y se niega a nombrar, para que nos entreguemos a un ardor al que jamás nos habíamos atrevido a aspirar... A juzgar por nuestra literatura, el adulterio parecería ser una de las actividades más notables a que nos dedicamos los occidentales: no tomaría mucho tiempo escribir una lista de novelas que dejen de hacer alguna referencia a él... sin adulterio, ¿qué quedaría de nuestra literatura?⁶.

Nuestra fortaleza psicológica consiste precisamente en la capacidad de repeler cualquier cosa que actúe contra nuestro proceso de crecimiento. En el mismo momento en que logramos percibir el obstáculo y a la vez sentimos que tenemos la energía para neutralizarlo —ése es también el momento en que la siquis se percató de sí misma. Por lo tanto, cada vez que hago algo que “no debería” hacer, abandono la carretera principal y tomo un atajo personal. Al escoger mi propia dirección, me percató de mi existencia. Pero precisamente porque he aceptado la responsabilidad de navegar por mi cuenta, la percatación debe por fuerza acompañarse de la aprensión y el temor de extraviarme.

6 Ibid., pp. 80, 60-61.

Nietzsche escribe:

El conocimiento general de la humanidad ha sido ampliado más por el temor que por el amor, pues el temor se empeña en saber quién es el otro, qué puede hacer y qué quiere: sería peligroso y perjudicial estar engañado en este punto⁷.

Hace siglos, Platón habló de Eros como conocimiento⁸. El amor provoca temor porque lo que el otro representa es algo que exige constante interpretación. Paradójicamente, por supuesto, la interpretación total significaría el fin de esta fuerza exuberante que me impulsa hacia el otro. El amor y el temor caminan juntos precisamente porque tienen la cualidad primitiva de lo desconocido, porque ellos implican niveles elementales de experiencia que se resisten a pasar por el cedazo de la razón. Ellos nos cogen, nos dominan.

En mi opinión, cuando falta este tipo de temor, el amor terminó o nunca existió. Por lo tanto, yo diría que el ser humano experimenta el Sí Mismo cuando él o ella se las arregla para ser un transgresor. El llevar una prohibición y lograr sobrepasarla es un asunto riesgoso, pero sólo entonces uno se da cuenta que es humano, sólo entonces se está verdaderamente vivo.

Es una experiencia común que en soledad, cuando no hay ningún estímulo externo que active nuestra vida de fantasía, nos demos cuenta de que tenemos un cuerpo. Pero es como si fuera ajeno a nosotros, como si ofreciera la oposición de una enorme inercia, como si cada movimiento nos pasara una factura por la fatiga que nos cuesta

7 "The Dawn of Day" (El amanecer del día), en *The Complete Works* (Obras completas) (Londres: T.N. Foulis, 1911), vol. 9, pp. 267-268.

8 *The Symposium* (Londres: Penguin, 1951), 211c, p. 94 (*El banquete* [Madrid: Alhambra, 1986]).

y no tuviéramos dinero para pagarla. Asimismo, cuando perdemos la posibilidad de tener activada nuestra imaginación, nos sentimos sin fuerza. Es una sensación que es, o debería ser, más aterradora que aquélla instilada por la aventura de interpretar al otro con todos sus riesgos.

Este peligro es una de las razones del porqué recurrimos a lo que Hillman llama auspicios mágicos: consultamos las estrellas, un adivino o el *I Ching*, todos rituales apotrópicos para contener la angustia causada por la relación con el otro. Nos inclinamos síquicamente sólo cuando estamos obligados por la transgresión y la angustia que nos causa. Y no hay razón para apiadarnos de nosotros mismos por haber caído tan bajo, ni razón para clamar contra nuestro amargo destino cuando el amor parece presentar sólo su cariz frustrante. Frases como “Maldigo el día” o “Cuántos años he perdido por tu culpa”, son insultos a la verdad: aquel día fue sin duda afortunado, y aquellos años, lejos de haberlos perdido, fueron los más provechosos de nuestra vida.

En cuanto a la angustia, hay motivos para sospechar que es parte integral de toda experiencia humana vital.

CAPÍTULO 3

El fundamento del
vacío

Debe haber algo mágico en la experiencia amorosa si incluso las personas que generalmente evitan lo irracional son avasalladas por ella. Este regreso a un antiguo temor, seguramente tiene relación con el temor a ser desposeído; pero no es improbable que también esté involucrada una experiencia más remota. Aunque es legítimo alimentar dudas sobre el llamado trauma de nacer, éste constituye de manera innegable una separación. Nuestras experiencias más tempranas, aunque no recordadas, dejan una marca indeleble en nuestro mundo interior, de modo que el drama de esa separación original es un tema recurrente desde el nacimiento en adelante. Entonces, es muy posible que el enamorarse alimente la ilusión de que podría corregirse un vacío estructural básico.

Toda relación tiene su dignidad particular. No hay tal cosa como un amor indigno o que nos avergüence, porque cada experiencia corresponde a una profunda necesidad individual. Y si termina, o cuando termina, no hay nada que lamentar, porque en esa ocasión particular el ser amado llenó nuestro vacío, sin importar lo que pasó después.

Siempre somos impulsados internamente a encontrar lo que nos falta. Incluso podemos llegar al punto de pensar que todas las formas externas son alucinaciones creadas por nuestra imaginación durante la búsqueda de su totalidad perdida. Si estoy pasando por un período

en que siento esta carencia en forma aguda, el otro se transforma en una fuente de esperanza: la promesa de que me convertiré en alguien completamente nuevo.

Se necesita valor para vivir sin reservas esta experiencia, ya que tenemos una tendencia a racionalizar que dice: "No necesito a nadie". Esta es una lastimosa mentira. La madurez no tiene absolutamente nada que ver con la ausencia de deseos. El vacío que nos estimula a buscar a otro que nos complete, representa una promesa continua de diferenciación y cambio. Cualquiera que haya tenido la buena suerte de enamorarse, podrá dar testimonio de la metamorfosis que invariablemente se produce, aun cuando la relación sea breve.

Pero la promesa de totalidad siempre implica el riesgo del fracaso. Mi metamorfosis puede estar bloqueada y el otro, tras haber representado mi esperanza viviente, puede llegar a ser testigo de mi fracaso en ser transformado. Esto es muy perturbador, porque el haber sentido siquiera por un momento que podríamos ser diferentes, el haber imaginado que podríamos cambiar, nos deja con un penoso recuerdo si fracasamos.

Así que debemos aprender a soportar la privación. Pienso que aceptar el vacío es otra característica estructural de nuestra existencia. Durante toda nuestra vida luchamos por asir algo que nos elude, y para continuar debemos aprender a soportar el peso de la ausencia del otro. Creo que ninguna terapia, ninguna experiencia, puede eliminar este sentimiento de vacío que el amor nos hace pensar que puede llenar. Cuando sentimos que el vacío se ha llenado, nos estamos engañando a nosotros mismos. De hecho, por bien que corresponda el ser amado a nuestro deseo inconsciente, la sed de totalidad es tan ilimitada que nada puede satisfacerla por completo.

Entonces, nuestra tarea es soportar tanto la pérdida como el engaño representados por el amado: sea lo que sea que esa persona

pueda representar o haber significado para mí, él o ella sigue representando una ausencia. En verdad, podemos decir que cada episodio amoroso dramatiza un mito: cada vez que nos vemos envueltos en tal experiencia, estamos reactuando la totalidad perdida que se remonta a nuestros más pretéritos momentos.

Aún más dolorosa es nuestra constante vulnerabilidad a este sentimiento de vacío. Por mucho que yo pueda amar a otro y por mucho que el otro pueda corresponder a mis sentimientos, en toda relación existe la posibilidad de perder al ser amado. Y este temor se renueva con mayor fuerza cada vez que se establece una nueva relación. Pero la pérdida nos lleva de vuelta al deseo. Así, los fuegos del deseo son encendidos por la falta de algo vital. En el caso del amor, esta carencia forzosamente instala al otro en mi mundo interior.

Cuando el otro no está presente, nos obsesionamos con la idea del ser amado. Si, por otra parte, el amado está presente, las características que amamos se concentran:

Ausente, tu rostro se expande hasta llenar el universo. Alcanzas el estado fluido de los espíritus. Presente, tu rostro se condensa, logras la concentración de los metales más pesados, del iridio, del mercurio. Este peso me mata cuando cae sobre mi corazón¹.

El amor, entonces, es intrínsecamente la experiencia de una ausencia, y la ausencia se conecta con la nostalgia. Es como si a través de nuestra vida siempre sintiéramos una profunda insatisfacción. Somos movidos por un sentido de infinito, en tanto que nuestros logros son siempre limitados. Si miramos fijamente los ojos de la persona que amamos, aun allí podemos quizás leer nuestra recíproca nostalgia.

1 Marguerite Yourcenar, *Fires* (Londres: Black Swan, 1985), p. 13 (*Fuegos* [Madrid: Alfaguara]).

En Platón leemos que la madre de Eros se llamaba Penia, que significa pobreza o necesidad². Hay una interpretación estática y dinámica de este nombre: sentirse privado de algo significa estar espoleado para buscarlo. Tanto en la vida como en el amor, la necesidad nos impulsa hacia adelante, pero la búsqueda jamás termina porque, suceda lo que suceda, el resultado es siempre inferior a nuestras expectativas. Como Ulises, la humanidad está para siempre amargada por la experiencia, pero la insatisfacción es el precio que pagamos por crecer. Sabemos que la personalidad sólo se desarrolla bajo el acicate de aquello que nos falta.

El crecimiento hacia la edad adulta también está conectado con el indomable deseo de obtener lo que se nos negó en la niñez. Desde cierto punto de vista, tenemos la suerte de que este estado infantil no desaparece del todo. Ello nos permite, o mejor dicho, nos fuerza a ser diferentes. La cualidad expresada en nuestra presteza a aceptar nuevas ideas y situaciones, también nos capacita para hacer nuevos descubrimientos. Cada vez que no podemos aceptar la ausencia del otro, nuestra imaginación se activa: empezamos a sentir nuestra condición humana; creamos cosas completamente nuevas cuya existencia jamás habríamos sospechado si es que hubiésemos creído que nuestras necesidades estaban satisfechas.

No hay ninguna relación que no interfiera con el sentimiento de que podemos crecer, ningún amorío que no esté cargado de resentimiento. Incluso cuando sentimos una aparente satisfacción, también nos damos cuenta de que ello es ilusorio. Siempre hay algo que desilusiona nuestras expectativas y por lo tanto sentimos vagamente que el ser amado es un obstáculo para nuestro verdadero crecimiento. El

2 *The Symposium* (Londres: Penguin, 1951), 202b, p. 80 (*El banquete* [Madrid: Alhambra, 1986]).

amor concedido y el amor negado son igualmente dolorosos y fértiles manantiales de insatisfacción.

En oposición a lo que usualmente se piensa y escribe, no es cierto que el amor sea una fusión de cuerpo y alma, aunque ésta es precisamente la ilusión que los amantes intentan realizar de manera concreta. Más bien, el otro evade continuamente nuestro deseo. En el fondo, es necesario estar solo, saborear nuestra propia soledad para comprender lo que significa la presencia del otro. La fascinación ejercida por el amado activa una dimensión interior nuestra, y nos fuerza a adentrarnos más profundamente en nuestros sentimientos. Y la percepción de nuestra soledad es siempre muy perturbadora. En un último análisis, el amor es el encuentro entre dos soledades, porque es como si siempre tuviéramos ante nuestros ojos la imagen de nosotros mismos deseando.

Tan pronto como llegamos al mundo, estamos obligados a experimentar con el contacto preverbal. Inmediatamente después de nacer, uno de los pocos instrumentos que tenemos para comprender el mundo son nuestros ojos, que normalmente se encuentran con los de otros. En mi opinión, éste es el origen de la seducción mediante la mirada. Es así que, en su profundidad, los ojos del amado nos conectan con el mundo. Es aquí que una vez más encontramos el deseo insatisfecho. Tal como en la más tierna infancia el diálogo de los ojos fue insuficiente para satisfacer nuestra necesidad de comprender el mundo a través del otro, así más adelante en la vida el encuentro electrificante de los ojos cautiva y demarca a la vez la distancia cósmica que nos separa del otro. Es como si una vez más fuéramos incapaces de vivenciar cualquier cosa que no sea nuestra soledad.

En el mismo momento en que pido al otro que represente por mí todo lo que yo mismo no puedo lograr ser, vuelvo a sentir una irremediable separación. Debo compensar esta pérdida, y así estoy constantemente persiguiendo lo que necesito para recuperar una totalidad

perdida. Esta búsqueda sería, en el mejor de los casos, agotadora y dolorosa, pero se convierte en un verdadero sufrimiento cuando imaginamos que sólo existe una persona en el mundo que pueda completarnos. Cómo puede surgir una convicción de este tipo es en verdad un misterio, pero esto es lo que da tal fortaleza a los amantes y lo que está en el fondo de su complicidad. Es como si en realidad hubieran cometido un crimen. Sólo ellos comprenden lo que está sucediendo, y por mucho que el sentido común les diga que están pasando por una experiencia común a toda la raza humana, ellos la sienten única.

Una razón del porqué la experiencia amorosa siempre se siente como algo nuevo, reside en su naturaleza notablemente compleja y contradictoria. Cada vez que sucede, es una anomalía tal como para crear la impresión de que en realidad es un caso excepcional, muy por fuera de los términos usuales de referencia. Y sin embargo, es precisamente este aspecto contradictorio el que debemos ser capaces de aceptar y vivenciar. El amor adopta su forma y es legitimado hasta el punto que podemos aceptar su irremediable ambivalencia, sus contradicciones inherentes.

*Eres mi esclavitud y mi liberación
Eres mi carne que arde
como las desnudas ramas de las noches de estío.
Eres mi tierra natal,
tú, con verdes resplandores en tus ojos,
tú, alta y victoriosa.
Eres mi anhelo
cada vez que conozco tu esquivez
en el momento mismo en que te capturo³ [versión libre].*

3 Hikmet, *Poesie d'amore* (La poesía del amor) (Milán: Mondadori, 1984), p. 44.

El ser amado siempre simboliza el potencial del amante. Si me siento dividido y también siento el impulso de alcanzar la totalidad, y si sólo hay una persona que personifique mi potencial, entonces esa persona efectivamente se convierte en mi esperanza, en la encarnación de una posibilidad que sólo él o ella puede hacer realidad. Por eso es que decimos: “No puedo vivir sin ti”.

Entonces, desde el momento en que el amado entra en mi vida, toda mi historia anterior es cuestionada: me doy cuenta de que hasta ahora no había estado vivo. En este sentido, la aparición del otro es una verdadera epifanía, pues ahora sé que me convertiré en algo diferente, algo que no era antes.

Es evidente que uno ingresa endosímicamente a la experiencia de transformación. En el ámbito del amor, este fenómeno es más evidente, yo diría realmente visible, precisamente porque una proyección existencial inconsciente encuentra en el otro su imagen viviente. Así, comúnmente se dice que estamos enfermos de amor, como si hubiéramos contraído una enfermedad.

Mi enfermedad es diferente de todas las demás; porque me gusta; me da placer; mi enfermedad es lo que deseo y mi dolor es mi salvación. Por lo tanto, no veo ante quién podría quejarme de mi enfermedad; pero siento tal placer en quererlo así, que sufro placenteramente y tengo tal gozo en mi dolor que estoy enfermo entre delicias⁴.

Y sin embargo, la enfermedad no es más que una dulce promesa que dice: “Serás diferente si te unes conmigo”. Tal promesa es evidencia de mi estado actual de inexistencia, mi estar dividido en mí mismo.

4 Chretien de Troyes, en D. De Rougemont, *L'amore e l'Occidente* (El amor y el Occidente) (Milán: Rizzoli, 1977), p. 82.

La lucha entre dos amantes también puede reflejar el intento de cada uno de defenderse de las implicaciones de esta promesa. La dependencia ocasiona resentimiento y hostilidad, recordándonos el peligro de estar necesitados. Así que nos defendemos de nuestra necesidad del otro. Esta es una amarga experiencia. No sólo hace falsa nuestra vida, sino, lo que es peor, bloqueamos la posibilidad de transformación. Sólo abriéndonos al otro, sometiéndonos y aceptando el agudo sufrimiento recíproco de nuestra dependencia, podemos encontrar la vitalidad y fuerza para llevar algo más que una existencia banal.

En una relación amorosa, lo que fascina es precisamente la promesa que el otro representa. Aunque la seducción es una especie de actuación, no hay fraude ni mala fe, porque por intermedio del otro, definitivamente doy vida a mis fantasías interiores. Ellas son auténticas; deben serlo, pues soy el primero en creer en ellas e involucrarme en el juego. Y sin embargo, cuanto más íntima y habitual se hace una relación, más nos percatamos de que la imagen que nos sedujo es en realidad una imagen interior de nosotros mismos.

Tristán e Isolda no se aman... Lo que ellos aman es el amor, el hecho mismo de amar. Tristán ama el sentirse amado mucho más de lo que ama a la rubia Isolda. E Isolda no hace nada por mantener a Tristán cerca suyo: ella está contenta con un sueño apasionado. Se necesitan para arder, pero no al otro como es en realidad⁵.

Así, el mayor error que podemos cometer es pensar que el otro nos ha seducido. La verdad es más bien que he sido seducido por mi propia imagen. Cuando caigo en los brazos de mi amante, listo para

5 Ibid., p. 86.

cualquier cosa, en realidad estoy preparándome para arriesgarlo todo en aras de la realización de mi mundo interior. El amante ofrece la carnada, es el instrumento y el incentivo, pero es algo personal, algo dentro de mí, lo que muerde el anzuelo.

Por supuesto, nunca es cuestión de pura y simple proyección, aunque las proyecciones son inevitables. No podemos decir que el amor es “únicamente” una ilusión. El otro existe –¡y de qué manera!– y debe existir, pues sólo el amado, único e irremplazable, puede evocar al ser latente que está en mí. Por lo tanto, afirmaciones como “Tú eres mío” –justificadamente llamadas incivilizadas si se toman en forma literal como un reclamo de propiedad– son psicológicamente verdaderas como tiernas expresiones de una necesidad vital que uno tiene del otro. Aquí el adjetivo posesivo no tiene más –ni menos– peso que el que tiene en la expresión “Dios mío”.

He aquí el animal que no existe.
Lo ignoraban y, empero, lo han amado
—en su andar, en su porte, en su apariencia,
hasta en la luz de su mirada serena.

Verdad, no, no existe. Empero, porque lo amaban,
un animal puro nació. Le dejaban siempre espacio.
Y en este espacio, despejado y claro,
él levantó nuevamente la testa y, apenas tuvo el

trabajo de ser. No lo nutrieron con grano alguno,
sino únicamente con la posibilidad de ser.
Y fue ésta la que infundió al animal tal fuerza

que de su frente brotó un cuerno. Un solo cuerno.
...A una virgen se aproximó la bestia, blanca toda,
y fue en el espejo de plata y fue en ella.

RAINER MARÍA RILKE, *Los sonetos a Orfeo*.

CAPÍTULO 4

El secreto de la
seducción

La diferencia principal entre una seducción y una relación es que esta última no exige una unión total, sino que se basa en la aceptación de la separación y en un conocimiento realista del otro.

Aunque ansiemos una unión total, sabemos por experiencia que eso es un mito. Renunciar a ese mito y desligarnos de la fantasía simbiótica que representa, significa que en una relación amorosa uno siempre se sentirá separado del objeto de su deseo. Lo que amo jamás será completamente mío. La aceptación de esta realidad nos obliga a reconocer nuestro aislamiento fundamental aun en aquellas situaciones que parecen exorcizarlo.

Por otra parte, la seducción se basa en una ilusión. Pero es una ilusión que tiene una realidad *subjetiva*, encarnada en una imagen.

*Soy tan hermosa como un sueño de piedra;
Mi pecho en que cada uno encuentra su muerte
Inspira al poeta con un amor tan solitario
Cual sempiterna arcilla, e igual de taciturno.*

*De corazón albo como un cisne, una esfinge que ningún mortal
conoce,
Mi trono está en la profundidad azul del cielo;
Detesto el movimiento que rompe mi armonía;
Jamás río, ni tampoco lloro.*

*Ante mis actitudes monumentales,
 Tomadas de las artes más egregias,
 Consumirán sus días los poetas en austeros y estudiados modos,
 Pues yo, para envolver sus almas con hechizos,
 Tengo dos lagunas de luz donde arde y muere la belleza,
 Los plácidos espejos de mis claros ojos¹*

[versión libre].

Para sobrevivir debemos engañarnos sobre las cosas que hacemos, sobre nuestras relaciones amorosas, sobre nuestra importancia en el mundo. En lo que concierne a la seducción, somos invariablemente un objeto para la otra persona, mientras que en lo que Martin Buber llama una relación Yo-Tú, el otro es más bien un sujeto². En una relación Yo-Tú, dos individuos se encuentran y se reconocen como tales. En el caso de la seducción, el sujeto se convierte en un objeto fantasma.

Y sin embargo, la seducción juega un rol fundamental tanto en la transformación como en el autoconocimiento. Nos impele a trabajar sobre apariencias y al mismo tiempo a pactar con nuestra subjetividad cognitiva. Esto significa que a través de un encuentro de seducción puedo llegar a conocerme a mí mismo tal como puedo hacerlo en una relación Yo-Tú. La imagen que tengo del otro, una imagen que destruye o exalta mi vida, se transforma en una adicción. Esta imagen que me seduce será la clave –si logro captarla– para entender mi conducta personal.

- 1 Baudelaire, "Beauty" (La belleza), en *Flowers of Evil* (Norfolk, CT: New Directions, 1962), p. 24 (*Las flores del mal* [Madrid: Alianza, 1982]).
- 2 Véase *Yo y tú* (Buenos Aires: Nueva Visión), y Mario Jacoby, *The Analytic Encounter* (El encuentro analítico) (Toronto: Inner City Books, 1984), cap. 4.

En una situación de seducción, el otro se convierte en la luz que enciende mi mundo bajo el impulso de mis necesidades. Detrás de la fascinación se esconde una necesidad oculta y una imagen personal inquietante. Debido a que normalmente las mantenemos en jaque, ellas adquieren un enorme poder; en cualquier momento pueden convertirse en fuerzas subversivas avasalladoras e irresistibles.

Ser seducido significa desviarse del rumbo, descarrilarse. Recordemos que históricamente el diablo ha sido el gran seductor, causando enormes cataclismos en los asuntos humanos. Pero es precisamente desde esta perspectiva, en situaciones conflictivas y críticas, que tenemos la posibilidad de llegar a ser auténticos. Así, la seducción implica un estado psicológico que nos permite comprender aspectos de nosotros mismos que de otra forma seguirían siendo desconocidos. ¿Cuándo ocurre esta experiencia? Cuando quiera que la merezcamos. Benditos sean los que logran ser seducidos, pues se conocerán mucho mejor. La relación con estas partes ocultas, estos elementos oscuros —aspectos de lo que Jung llamaba la sombra—, se convierte en el foco principal cuando somos seducidos.

El agente seductor es una especie de droga que se introduce en nuestro sistema y no desaparecerá a menos que la dejemos seguir su curso y logremos metabolizarla. Aquí encontramos aspectos de nosotros mismos de los cuales nos avergonzamos y por lo tanto los mantenemos en la oscuridad. Sólo cuando estamos acorralados y no tenemos esperanza de defendernos, surge el Sí Mismo para mostrarnos la salida. La persona que nos seduce se ha convertido en un agente de conocimiento y verdad.

En efecto, de no mediar la seducción, ni siquiera el sexo puede realizarse entre los humanos. En sí mismo, el elemento sexual es insignificante sin la seducción, porque aun en este caso uno debe crear una imagen subjetiva del otro. Y esto, incidentalmente, es una gran suerte,

porque así podemos elegir una pareja “ideal” que, en términos de un escape para la sexualidad, se vuelve potencialmente muy significativa para uno mismo, aunque no necesariamente para los demás.

La seducción cuestiona todo intento de discurso científico sobre la sexualidad, porque generalmente tendemos a atribuir nuestros talentos sentimentales al tupido entramado de señales y respuestas biológicas. Pero esto es ignorar un factor que en los humanos se ha convertido en algo más importante que cualquier cosa orgánica: la imaginación.

Hasta podría llegar a decirse que el engaño es esencial para nuestra alma. Debemos ser capaces de engañarnos a nosotros mismos, porque sólo pasando por el error podemos avanzar hacia nuestra verdad personal. Si no hemos soñado continuamente a través de nuestra experiencia amorosa, no podrá emerger nuestra realidad como criaturas que toman subjetivamente una posición enfrentando al otro, porque confundiremos lo real y lo verdadero con otra cosa, algo que no corresponde en absoluto. La única área en que auténticamente podemos reconocernos a nosotros mismos es nuestra individualidad síquica, y ésta crea la realidad del amor.

*Todo sobre lo que he escrito son mentiras
es mi anhelo
 crecido en una rama inalcanzable
es mi sed
 extraída del pozo de mis sueños
es una imagen
 dibujada en un rayo de sol
 todo lo que he escrito sobre nosotros es verdad
es tu gracia
 una fuente repleta de frutas derramadas sobre el césped
es tu ausencia*

*cuando me convierto en el último farol de la más lejana esquina
son mis celos*

*cuando corro de noche con la vista vendada a través de los trenes
es mi felicidad*

*río iluminado por el sol que inunda los diques
todo lo que he escrito sobre nosotros es mentira
todo lo que he escrito sobre nosotros es verdad³*

[versión libre].

El privilegio y don del poeta es aceptar las contradicciones de la vida exterior e interior. En cuanto a los que hemos optado por investigar la vida síquica, la contradicción es un hecho constante e inextirpable. El sicólogo siempre está tropezando con la ambivalencia, es decir, con la naturaleza contradictoria de los sentimientos. Afirmaciones como “Te necesito y no me haces falta”, “Te amo y te odio”, “Me atraes y me repeles”, son las únicas que pueden expresar correctamente gran parte de nuestra vida emocional.

La seducción es real y verdaderamente una revancha de la siquis sobre el cuerpo, sobre las apariencias. Sólo un espíritu superficial puede creer que uno puede dominar a otro mediante las formas, las apariencias, y tomar posesión de él en el sentido más brutal y salvaje de la palabra. En realidad, no hay ningún nivel en que la lujuria pueda ser contenida contra las impresiones síquicas que, aunque evocadas por la presencia del ser amado, sin embargo logran inspirar verdadero afecto.

La seducción es el arma preferida en la relación. Desde el momento de nacer, el niño de carita redonda y grandes ojos echa a andar un proceso de seducción que inspira tiernos sentimientos en los padres. Esta primera huella condiciona y moldea todas nuestras futuras rela-

3 Hikmet, *Poesie d'amore* (La poesía del amor) (Milán: Mondadori, 1984), p. 101.

ciones. Cada vez que conocemos a alguien, por cualquier razón, realizamos el rito de seducción, aunque quizás se efectúe en absoluto silencio. Nuestro objetivo es conquistar excitando en el otro un factor psicológico del cual esa persona no se percata. Así como lo hacemos con los otros, lo mismo hacen ellos con nosotros. La seducción trastorna la realidad porque no estamos conscientes de ser seducidos.

La vida se puede leer como una permanente desorganización del conocimiento y del equilibrio, en el intento de plasmar un sentido. Durante el proceso gradual de crecimiento, en cierto momento debemos perder nuestra identidad como individuos: nos perdemos en la vida, en la realidad externa. Pero mucho de lo que encontramos afuera es autoconstruido. Cuando estoy dispuesto a arriesgar toda mi vida para poseer a alguien –incluso hasta el punto de cometer los actos más viles–, ciertamente desecho la realidad objetiva, pero gano una nueva comprensión de mí mismo. Quienes pasan por esta experiencia, están aboliendo la verdad del mundo y sustituyéndola con una imagen alucinatoria; y rara vez se dan cuenta de que esas formas emocionalmente abrumadoras que parecen venir del exterior, son precisamente las suyas.

Somos impelidos a buscar significado en nuestra vida. Generalmente lo buscamos afuera de nosotros mismos, pero la única explicación verdadera es recibida sólo cuando nos percatamos de que lo que nos ha seducido es la imagen que llevamos dentro. Por esta razón tampoco tiene sentido atacar ni apuntar con el dedo al seductor. Ciertamente, la seducción puede ser ayudada y encubierta por un engañoso enmascaramiento del verdadero carácter del otro –los que se jactan de ser grandes seductores, generalmente son individuos que *permiten* que se hagan proyecciones sobre ellos–, pero es mi propio inconsciente lo que me impulsa, como en un espejismo, a ver en el otro una imagen que me cautiva.

En casos de seducción, el espíritu parece ser cautivado precisamente por la falta de definición en el otro. Esto nunca es absoluto y objetivo, sino siempre relativo y subjetivo. Por supuesto, nadie es una caparazón vacía, pero lo que puede estar faltando son los contenidos y significados que estamos impelidos a atribuir al otro. Esto podría llevarnos a pensar que estamos condenados, por siempre anclados a cierto tipo de imagen interna. Pero también se puede ver como una posibilidad de vivenciarnos a nosotros mismos en distintas formas a lo largo de nuestra vida, ya que las imágenes internas son siempre cambiantes. En otras palabras, puesto que yo soy quien dota de un significado especial a mi experiencia, cada momento en el tiempo puede ser enriquecido con diferentes significados.

¿Cuánta gente, al mirar atrás tratando de encontrar la hebra que une sus compromisos emocionales, reconoce que las imágenes eran similares en cada oportunidad? Por esto es que la seducción es inevitable. Nadie puede eludirla. Lo que en realidad crea el interés irresistible es la interrogante planteada por el otro al sujeto. Y es el sujeto, yo mismo, quien debe soportar su peso. Así, la seducción comprende una interrogante: me hago preguntas torturadoras porque el otro, ipso facto, no puede ser totalmente “resuelto”, enteramente comprendido, sino que sigue siendo *terra incognita*, una aventura inagotable. Tal como yo lo soy.

*Te conocí, porque al mirar la huella
de tu pie en el sendero,
me dolió el corazón que me pisaste.
Corrí loco; busqué por todo el día,
como un perro sin amo.
...¡Te habías ido ya! Y tu pie pisaba
mi corazón, en un huir sin término,*

*como si él fuera el camino
que te llevaba para siempre...⁴.*

En verdad, el dilema planteado por el seductor se convierte en el problema más importante en la vida. Cuando mi trabajo clínico me pone en contacto con gente que sufre así, veo que el problema suscitado se convierte en una obsesión, hasta el punto de acarrear consecuencias físicas. A veces el sufrimiento físico sólo puede ser eliminado con la presencia de la persona que ha activado tales problemas. Cada requerimiento, que también puede adoptar fuertes matices regresivos, pide finalmente que el dolor sea aliviado. El seductor ha oprimido un botón nunca antes tocado. En ese momento no hay respuestas disponibles, aunque uno prontamente se engaña pensando que el seductor puede proporcionarlas.

En una seducción hay aspectos obvios que explican parcialmente la fascinación del seductor; pero siempre hay también un aspecto oculto. Es una oscura experiencia capaz de tejer un hechizo imposible de explicar a alguien más. Y cuando somos tan ingenuos como para intentarlo, descubrimos que estamos verdaderamente enfrentados con lo inefable. Podemos describir características específicas, pero eso no sirve de nada, porque la seducción misma, nuestra obsesión, no puede ser descrita, sólo puede ser vivida.

Observemos a dos personas en esta situación. Notamos que el seductor jamás habla pero expresa su presencia por implicación, mientras que el hechizado persigue al otro y trata de encontrar satisfacción en cualquier cosa que pueda ser comprendida mediante la intuición. El amado es seductor porque nos deja adivinando –hablando críticamente o callando–, dejándonos interpretar lo que queramos. Pero en realidad sólo entendemos al otro en la medida que él o ella ya sea parte

4 J.R. Jiménez, *La poesía del amor* (Buenos Aires: Losada, 1958), p. 25.

de nosotros. La seducción nos encierra en un laberinto y nos obliga a enfrentar al Minotauro que nos ha atraído a su interior.

El desafío es combatir y matar al Minotauro. Eso es legítima auto-defensa. La seducción nos impulsa a un duelo, un duelo que incluso, o sólo, puede ser librado con miradas. Los ojos ejercen una gran fascinación, porque mediante las miradas podemos amar y sostener un diálogo secreto con el otro, sin dejar huellas. Los ojos, ventanas de nuestra alma, hablan con una elocuencia negada a las palabras, probablemente porque el lenguaje de los ojos fue el primero que aprendimos. Las miradas nos ayudan a comprender mejor las palabras.

La voz también ejerce una fascinación inmediata. Tal vez su atracción también se remonta a la infancia y a la voz de la madre. Uno siempre habla a los recién nacidos en un tono específico, tranquilizador. Recordamos la voz y algunas de sus cualidades particulares cuando miramos a los ojos de quienes nos aman.

*¡Tu voz! La oí por vez primera,
pura, como esa fuente batida por el viento
en el frescor de la mañana.*

*¡Tu voz! La oigo ahora
en el dorado ocaso
de mi vívido sueño,
estrella en la postrera
luz del sol.*

*¡Tu voz! Paz de mi despertar
a un nuevo día;
dulce azul nocturno de mi reposo...*

¡Tu voz!⁵.

5 Ibid., p. 27.

Una voz, una mirada, un aroma, cierto porte, ese gesto tan seductor –todo lo que se relaciona con el otro, todos los significados ocultos, son la fuente de la seducción. Como el amor, la seducción vive del secreto, de la constante necesidad de descubrir el sentido evasivo de algo oculto, algo entre presencia y ausencia. Este algo que buscamos en el otro es la raíz de nuestro ser. No hay ninguna introspección, ni otra experiencia, igual al amor que nos ponga en contacto con el inconsciente. Sólo a través del amor podemos llegar a conocernos realmente. Pero también es doloroso, porque al final tendremos que reconocer que el secreto del otro es en realidad resultado de una proyección síquica.

En el fondo, muchos sufrimientos psicológicos están conectados con la dificultad, si no con la verdadera incapacidad, de permitirnos ser seducidos. Ser seducido significa perder nuestras certezas. Por lo tanto, si somos sordos a la seducción, permanecemos en un estado de inocencia infantil, no habiendo tenido jamás la oportunidad de conocernos realmente a nosotros mismos.

Las páginas más hermosas de Jung, como en los escritos de cualquiera que logra expresar su creatividad, derivan de una experiencia de seducción que coincide con el tomar conciencia de nuestro propio mundo interior. Este es un camino doloroso, un camino que puede conducir a la locura, ¿pero quién elegiría la inocencia, incluso la cordura, sobre el encantamiento?

*Vi una vez en un sueño
Una doncella con un salterio:
Era una doncella abisinia,
Y tocaba en su salterio,
Cantando al monte Abora.
Quisiera revivir dentro de mí*

*Su sinfonía y su canción,
Me provocaría tan honda delicia,
Que con música fuerte y prolongada,
Yo construiría esa cúpula en el aire,
¡Esa cúpula asoleada! ¡Esas grutas de hielo!
Y todos los que escucharan las verían allí,
Y todos gritarían: ¡Cuidado! ¡Cuidado!
¡Sus ojos luminosos, su pelo ondeando!
Traza tres veces un círculo alrededor de él,
Y cierra los ojos con santo temor,
Pues él se ha alimentado con néctar,
Y ha bebido la leche del Paraíso.*

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE, de *Kubla Khan* (versión libre).

Cuando sobre mi gastada vida
apareció tu rostro
al principio sólo comprendí
la pobreza de lo que tengo.
Luego su luz especial
sobre bosques, sobre ríos, junto al mar,
me inició en ese mundo de colores
en el que aún no había tenido mi comienzo.
Tengo tanto miedo, tengo tanto miedo
del inesperado final del amanecer,
de las revelaciones,
de las lágrimas y del fin de la excitación.
Mi amor es este temor, no lucho contra él,
yo, que no puedo alimentar nada, lo nutro,
yo, el negligente guardián del amor.
El miedo me acorrala interiormente.
Estoy consciente de la brevedad de estos minutos
y de que cuando tu rostro se desvanezca
desaparecerán los colores de mis ojos.

YEVTUSHENKO, *Colours* (Colores)
(versión libre).

CAPÍTULO 5

El carácter sagrado
del cuerpo

Hay un aspecto del amor del cual se habla mucho: la *utilización* de otro ser humano. El amante se siente, invariablemente, como un objeto con el cual el amado puede tomarse libertades. Esta es una pérdida voluntaria de subjetividad. Además, al desear a otro, uno también lo reduce a objeto. Una persona enamorada vivencia todo el tiempo esta contradicción básica, este conflicto dinámico activado por el anhelo de ser sujeto y objeto a la vez.

El cuerpo se convierte en el símbolo de este conflicto. Hay un momento en la vida en que nos damos cuenta que estamos hechos de carne. Algunos dicen que esto lo sentimos más profundamente a través del dolor, pero el deseo también nos hace descubrir el cuerpo, lo cual no sólo nos objetiva sino que también revela nuestra corporalidad. Así podemos comprender lo que significa psicológicamente para alguien descubrir que ha dejado de ser amado: es como si de repente uno se hubiera tornado invisible.

Cuando aquellos ojos ya no me desean, esas manos ya no trazan ni acarician mi forma física, mi cuerpo se “apaga”, no existe. Antes, el otro valoraba mi presencia y lo demostraba, confirmando mis fronteras físicas. Con la extinción del interés, mi amante demuestra no percibir mi cuerpo. Esa es una especie de muerte.

Al ser amados y deseados, nos convertimos en carne en las manos

del otro. Y así el que me ama, hace posible el milagro de mi encarnación. Es obvio que existimos físicamente desde el momento en que somos concebidos, pero sólo tomamos posesión de nuestro cuerpo cuando encontramos a alguien que nos desea. Tan pronto como percibimos que alguien se siente atraído por nosotros, aprendemos algo; en consecuencia, ése es un momento cognitivo. De allí en adelante tenemos una nueva y muy importante forma de aprehendernos a nosotros mismos. Cuando somos deseados, nuestro sentido del sí mismo ya no coincide con nuestra personalidad, pero sí con nuestra existencia carnal, y esta transformación se debe al deseo¹.

Esta experiencia también tiene grandes peligros, lo cual explica por qué las personas temen tanto convertirse en objetos de lascivia: cuando eso sucede, abandonamos nuestra subjetividad, nuestra existencia como individuos se ve amenazada. Pero es precisamente esta pérdida de subjetividad la que hace sitio para nuevas experiencias. En este punto estamos dominados por el proceso ilusorio que marca un romance. Pues es la individualidad del ser amado, la subjetividad que incluye la totalidad de la experiencia única de esa persona, lo que estamos tratando de capturar mediante el contacto corporal, al penetrar su carne, oler su aroma, acariciar sus cabellos, todo ello con placer.

Entrar a este mundo y hacerlo nuestro es la conquista más exquisita que podemos hacer jamás. La ilusión consiste en pensar que realmente podemos conquistar la subjetividad del otro al objetivarlo como carne, como un cuerpo. Es una ilusión, porque el contacto cor-

1 Cuando en el transcurso de un análisis nos encontramos con una persona que se descuida físicamente, el pronóstico a menudo es pesimista, porque ello significa que nadie desea a esa persona. Quien es deseado sexualmente, jamás es descuidado. No es cuestión de belleza en el sentido usual, sino la percatación que crece interiormente cuando nos sentimos amados. Entonces nos damos cuenta de nuestra belleza individual; sin una relación, no podemos alcanzar tal conocimiento.

poral, por avasallador y emocionalmente cargado que sea, jamás puede quitar el velo al misterio de la esencia del otro. Esta es una contradicción de la cual nadie puede escapar. Todos hemos sido inducidos a probar la posibilidad de conocer al otro vivenciándolo como objeto, descuidando su vida síquica. Existe una profunda razón psicológica para esto. Ser convertido en objeto demuestra que uno puede compartir la vida con alguien separado de uno mismo; significa que tenemos la capacidad de personificar el deseo del otro². Todos los sutiles matices de una relación dicen lo mismo: tú y yo nos objetivamos el uno al otro.

La experiencia del contacto corporal es aún más profunda y necesaria que el alimento. Tocar y acariciar representan modos básicos y esenciales de conocer y amar. Al acariciar, moldeo el cuerpo del otro, sigo y descubro sus contornos, dando forma a su carne; yo lo regenero y me regenero. Naturalmente hay un intento de sorprender al amado, de descubrir su secreto a través de este contacto. El aspecto más significativo de una relación radica precisamente en esta inagotable posibilidad de ser, cuyos niveles más profundos son escasamente penetrables. Hay personas que se conocen desde hace muchos años y que aún logran experimentar el encuentro erótico como una novedad, porque jamás descubren el elemento oculto que buscan. Cuando se termina el misterio, sobreviene la indiferencia.

Las relaciones eróticas son extremadamente importantes, porque el ser amados intensifica muchísimo los sentimientos de seguridad y bienestar físico. El sentimiento de afecto recibido es internalizado precisamente sobre la base de nuestras más tempranas experiencias

2 En las primeras sesiones con un nuevo analizando, muy a menudo me pregunto: "¿Ha sido abrazada esta persona?". Hay casos donde uno tiene la impresión de que, excepto por su madre, esta persona jamás ha sido abrazada, objetivada, y por lo tanto, ha perdido la oportunidad de conocerse por intermedio de otro.

de contacto corporal. Esto inevitablemente contribuye a nuestra confianza en nosotros mismos. El amor hace que la vida sea intensa y significativa. Así, cuando percibimos un gran cambio en el otro, es menos probable que se deba a un crecimiento intelectual que a una experiencia amorosa que ha dado nueva forma a su vida.

La fe en nuestra existencia física y la fe en la siquis no pueden separarse; la una es espejo de la otra. Por lo tanto, es natural vivenciar una comunicación profunda mediante el cuerpo. La proximidad física es la forma más directa e intensa de comunicación no verbal. Se renueva en momentos de peligro, temor o ternura, semejante a la época cuando la madre apretaba al niño contra su seno. Tales momentos son reevocados y revividos en la vida adulta y nos conceden la posibilidad de comunicarnos en silencio.

Sin embargo, el sentido renovado de nuestro cuerpo puede ser una fuente de temor. Cuando amamos apasionadamente, estamos más amarrados a la vida, pero también más conscientes de la muerte. El cuerpo de alguien enamorado siempre está desnudo –por muy vestido que esté–, es más simple y está más expuesto, con esa fragilidad de toda criatura que vuelve a ser íntimamente ella misma. La situación ideal para realmente entender al otro, no es tanto cómo reacciona una persona a una tensión extrema, sino más bien cómo sufre la vulnerabilidad de enamorarse.

En una relación amorosa estamos indefensos ante el ser amado. La sensación de desnudez se debe a la exposición de las áreas de nuestro mundo interior más celosamente protegidas. Hacer esto visible nos avergüenza, porque equivale a una confesión de debilidad. Hay alguna gente que, aunque ame intensamente, no demuestra sus sentimientos por temor a las consecuencias. El amante siente que algo se ha perdido, algo que atañe a aspectos más profundos de su ser. Una parte vital de uno mismo ha sido sacrificada, exactamente como si

uno hiciera una ofrenda a un dios. En este caso, el cuerpo que donamos debe ser interpretado como parte de nuestra vida psicológica. Nos sentimos atrapados, amarrados a una situación en que, aparentemente, no hay posibilidad alguna de liberación.

Y, sin embargo, a pesar de la debilidad y la indigencia que el amor nos impone, el poeta puede escribir:

*Bendito sea el día, el mes, el año,
la estación y el tiempo, la hora, el instante,
la hermosa campiña, el lugar donde yo
fui golpeado por esos dos hermosos ojos que me esclavizaron;*

*y bendita sea la primera dulce agonía
que sentí cuando me encontré atado al Amor,
el arco y todas las flechas que me han atravesado,
las heridas que llegan hasta el fondo de mi corazón.*

*Y bendita sea toda la poesía
que esparcí, proclamando el nombre de mi dama,
y todas las miradas, y lágrimas, y el deseo;*

*bendito sea todo el papel sobre el cual
puedo conquistarle fama, y cada pensamiento mío,
de ella sólo, y con nadie más compartido³*

[versión libre].

Petrarca todo lo agradece y bendice, pero más de un amante siente de manera diferente. Llenos de temor y armándonos de coraje, declaramos nuestro amor a riesgo de ser rechazados. A fin de revelar

3 Petrarca, *Reflections from the Canzoniere and Other Works* (Reflexiones del cancionero y otras obras) (Londres: Oxford University Press, 1985), p. 35.

nuestros sentimientos, tenemos que imaginar que el otro nos espera para recibirnos con los brazos abiertos. Esta fantasía es la que nos da valor. En ciertas ocasiones debemos ser capaces de vivir de ilusiones y fantasías, a fin de encontrar la fuerza para exponernos e ignorar lo que podría suceder en nuestra confrontación con la realidad. Si abrigamos el espectro de la derrota, se bloquea el flujo natural de la energía. Y, en general, cuando nos desnudamos es el temor al rechazo lo que despierta nuestra ansiedad.

Al fin y al cabo, revelarse a sí mismo significa conceder parte de nuestra libertad y casi diría partes de nosotros mismos, tanto físicas como psicológicas. De hecho, el amor es un caso extremo, un caso fronterizo, donde lo físico y lo psicológico se topan y mezclan. Que el estar enamorado pueda ser tan doloroso, con repercusiones a nivel físico, está demostrado por el hecho de que cuando el amado está ausente, el sufrimiento que ello causa puede llegar a enfermarnos. Los poetas lo saben, y podemos devolver su verdadero significado a lugares comunes verbales si nos esforzamos por comprender las implicaciones físicas de tales palabras conjuntamente con su significado metafórico. Como afirma Barthes:

Mantengo sin cesar la plática de la ausencia del ser amado; en efecto, una situación absurda: el otro está ausente como referente, pero presente como interlocutor. Esta singular distorsión genera una especie de presente insoportable; estoy atascado entre dos tiempos verbales...: tú te has ido (lo que lamento), tú estás aquí (ya que a ti me dirijo). Entonces sé lo que es el presente, ese difícil tiempo: una porción pura de ansiedad⁴.

4 *A Lover's Discourse – Fragments* (El discurso de un amante – fragmentos) (Londres: Jonathan Cape, 1979), p. 15.

Entregarnos a la persona que amamos significa renunciar a nuestra autonomía e imaginar que ésta sólo puede sernos devuelta por la persona a quien se la dimos. Este es el círculo vicioso del amor mirado desde el punto de vista del declararse: puedo lograr ofrecermelo, abrir mi corazón al otro, sólo a riesgo de mi independencia —la que sólo mi amado puede devolverme.

Declarar nuestro amor encierra diversas implicaciones, sin embargo, su valor más profundo y fundamental reside en la comprensión de que, al decirle “Te amo” a alguien, en realidad uno se está autoafirmando en el sentido de que se muestra capaz de desnudarse y aceptar las consecuencias. Esto nos hace vulnerables, porque el declararnos involucra las más secretas y pudorosas emociones. En ese momento, como en ningún otro, se juntan el cielo y el infierno. De ahí en adelante, y por un período indeterminado, nuestra vida parecerá tener estabilidad sólo si es posible recuperar aquello que ha sido “robado”.

Tener el valor de revelar nuestros sentimientos íntimos es en realidad una señal de madurez; significa que somos capaces de arriesgarnos. Habernos revelado temerariamente, en vano, es una experiencia corriente. Por lo tanto, es natural que nos preguntemos si es valeroso o temerario repetir la experiencia. Yo respondería que siempre es importante correr el riesgo, porque aun cuando nuestro amor no sea correspondido, se hacen visibles aspectos nuestros hasta ahora desconocidos. Cuando las cosas marchan bien y recibimos lo que damos, se crea un tipo de armonía que encubre las notas discordantes de nuestra personalidad. Sin embargo, cuando enfrentamos el rechazo, nos cobramos con conocimiento psicológico, el que, por doloroso que sea, puede ser especialmente útil. Podemos decir: “Fui capaz de mostrar mi vulnerabilidad, de hacer mi petición; fui capaz de dar vida y aliento a esas súplicas psicológicas que el amado evocaba en mí y me instaba a expresar”.

Hacer evidente este estado psicológico es un momento crucial en nuestra existencia, porque es entonces que nuestras fantasías cobran vida. No declarándonos, amando en silencio, forjamos nuestro objeto amoroso, le damos forma, construimos un mundo de posibilidades. Creamos una condición que no es peligrosa mientras siga siendo imaginaria. Sin embargo, tan pronto como me expongo, acepto implícitamente la posibilidad de que mi universo imaginario pueda volverse real, encarnarse en el ser amado. Esto es verdaderamente aterrador, porque lo que veo es mi propia imagen. Digámoslo de nuevo: la persona a quien amo no es en verdad tal como aparece ante mí, ya que la amada está cargada con mis ensueños y mis construcciones mentales. Habiéndome revelado, veo mi regalo suspendido en el aire ante mí cual fantasma.

¡Cuán a menudo hemos imaginado una relación, cuántas veces hemos inventado apariencias maravillosas para adornar una situación y cuán a menudo, por suerte, ¡éstas se hicieron realidad! Estos son momentos de éxtasis absoluto, porque no es frecuente que lleguemos a tocar en vivo nuestras imágenes internas. Pero sí sabemos que aquí estamos tratando con fantasías creadas por nosotros mismos, porque cuando ya no hay ninguna razón para que éstas se encarnen en esa persona, el amado no significa nada para nosotros.

Así, el amado también representa el peligro de que nuestra experiencia personal se vuelva estéril. Sea o no real la fantasía, no tiene la menor importancia si es que mi pareja puede crear conmigo un mundo interior diferente. Cuando esta mano modela un cuerpo, éste es implícitamente obra de nuestro propio mundo interior. Así, cuanto más capacidad creativa tengamos, más capaces seremos de conferir profundidad a quienes están junto a nosotros. Además, la amargura que podemos sentir al permanecer con alguien que ya no nos da nada, también puede ser una acusación contra nosotros mismos –por

no poder servirnos de nuestra imaginación para adjudicar al otro la capacidad de personificar nuestros íntimos deseos.

Manifestar el amor significa aceptarlo todo: la perspectiva de la dicha y del sufrimiento, de la plenitud y la desolación. Desgraciadamente, incurrimos en el error de pensar que debemos excluir a toda costa el conflicto y el sufrimiento. Esto es utópico, ya que, si nosotros mismos somos los portadores de una división interna y nosotros mismos otorgamos la vida y la muerte, entonces, no existe unión alguna en que no surja esta dicotomía.

Una parte intrínseca de todo vínculo es la posibilidad de padecer grandes sufrimientos; no podemos rechazar una relación porque podría acarrear dolor. Revelar nuestros sentimientos es decir sí a nuestro propio ser. Nuestra ingenuidad nos insta a creer que hemos encontrado una senda que excluye esta falla, pero en realidad, cuando hemos dicho sí a alguien, hemos dicho sí tanto a la vida como a la muerte.

Cuando acepto el desafío de enfrentar la coexistencia de la vida y la muerte, estoy obligado a medirme no tanto con la conflictividad como generalmente se entiende, sino con mis conflictos personales. Por lo tanto, el coraje o el temor de abrir nuestro corazón expresa el coraje o el temor de conocernos de modo íntimo. Revelar el amor que sentimos significa que nuestro deseo adquiere realismo y cada declaración –cada “te amo”– se convierte en una afirmación reiterada que no concierne sólo al comienzo sino también a la continua existencia y posible fin de la relación. Cada momento en que permanecemos juntos es una confirmación recíproca.

Aquí se trata tanto de un acto de amor, y de un pedido permanente por él. En la circularidad de una relación amorosa, mis fantasías están personificadas en quien amo. He logrado excitar en mi amado un mundo desconocido para ambos; ése se convierte en el sitio de nuestra continua revelación de nosotros mismos.

Por supuesto, hay una recompensa para todo esto. Cuando nos revelamos, implícitamente reconocemos que nuestro propio mundo interior personificado en el otro, nuestras fantasías y expectativas, son únicos para nosotros y deben ser aceptados a fin de que adquieran vida. Por eso es que debemos exponernos, por eso es que debemos revelar nuestro frágil mundo de afectos a quien pueda denegar su realización. Bien vale la pena.

CAPÍTULO 6

Sufrir por el otro

La pena más intensa que puede sufrir una persona es la que proviene de la esfera de la pasión. No existe ninguna condición humana comparable al amor que nos haga aceptar la carga de sufrir por otra persona. Esto puede parecer extraño a quienes suponen que el amor debe producir indefectiblemente felicidad, pero ésta es una ilusión que nosotros mismos nos creamos para sobrevivir a las interminables horas de sufrimiento. Sólo nuestros seres amados pueden hacernos sufrir con la misma intensidad con que los amamos.

El dolor de amar involucra profundamente a toda la persona, como si fuese una herida abierta. La sensación psicológica de unión —aún más, de identificación al principio— con el otro, hace del amado el centro de nuestra vida, casi una parte de uno mismo. Debido a eso, el amante es indeciblemente vulnerable a cualquier ausencia o deficiencia del amado.

Aun cuando el otro permanezca a nuestro lado por toda la vida, el sentido de su presencia variará, porque los lazos emocionales son fluctuantes, llenos de contradicciones. Esto genera dolor porque la ausencia puede ser sentida como la pérdida de una parte vital de nuestro propio ser. En el estado amoroso, al menos en sus primeras fases, nuestra constitución física cambia; en la unión con el amado, nuestro metal se transforma, creamos una nueva aleación. Sin embargo, esta fusión puede perderse en cualquier momento, y nos asedia la angustia.

Pensemos en el inicio de una relación: todo es fantasear. Cuando decimos a la persona que nos interesa esas tres palabras, “Yo te amo”, no estamos haciendo más que sentar los cimientos para decir al amado lo que de él o ella imaginamos. Esta fantasía de amor es invención nuestra, porque hasta ahora no hemos conocido la realidad efectiva del otro. Esto es crucial para comprender la fenomenología de este momento: el amante ha fantaseado sobre el amado, ha soñado despierto, ha inventado toda una historia, pero cuando se declara el amor, eso no es más que una afirmación de la propia vida interior del amante. Habiendo alcanzado este punto, el amante pide la oportunidad de animar sus fantasías y deseos, traducir a lenguaje y relación la emoción que ha sido activada.

Esto implica un cambio fundamental: el choque con la realidad, el enfrentarnos a hechos incontestables. Es un momento crítico porque la proyección tiene la posibilidad de convertirse en una realidad en que a la propia condición del amante se une un nuevo elemento.

Desde este punto de vista, el encuentro es comparable a una iniciación. Lo que nos da el amor es la esperanza de lograr la totalidad psicológica, ya que fueron nuestras lagunas psicológicas las que crearon las condiciones para que surgiera. En realidad, es una iniciación que jamás termina, porque el vacío nunca se llenará totalmente. Pero cuando hemos saboreado la extraordinaria sensación de plenitud que da el estar con el otro, siempre tendremos al menos el conocimiento de dónde reside nuestro vacío. Las primeras experiencias son fundamentales, porque proveen la señal que continuamente nos permite reconocer fuera de nosotros la causa de nuestro sentido de estar incompletos.

Ya me había referido al aspecto asombroso y, a la vez, altamente estimulante de este proceso de iniciación: una vez comenzado jamás termina. El riesgo de este sentimiento de totalidad es que es dinámico, no estático. A medida que crecemos psicológicamente, estamos siem-

pre cambiando, así que puede suceder que perdamos al amado porque hemos alcanzado el punto donde él o ella ya no llena nuestra sensación de vacío. Este es el eterno drama que enfrentamos en el curso de nuestras experiencias amorosas.

Y también por esto es que algunos piensan que declararse es un intento de conquista: si el otro representa algo que me falta, debo apoderarme de ese tesoro, robárselo al mundo. Justo cuando logramos capturar aquello que nos da una sensación de plenitud, también sentimos, con terror y angustia, la posibilidad de perderlo.

Bien pueden existir relaciones que no tengan luz ni sombra, ni estremecimientos ni presentimientos, pero éstas son asociaciones de otro tipo. El amor se caracteriza por la alternancia de separación y reunión, por la incesante necesidad de reafirmar la posesión, de decir: “Eres mío para siempre”, mientras que al mismo tiempo una voz secreta susurra: “Seguramente no es así”. Emparejarse con alguien para siempre no es asunto de una sola vez, sino un logro continuo.

La ausencia evoca soledad y no sólo una única soledad. En el mismo momento en que descubrimos el sentimiento de ser completamente uno con el amado, también percibimos nuestro aislamiento. La sensación de vacío es la que nos permite entender la soledad como una apertura, una desesperada apertura, hacia el otro. Esto nos permite realizar ciertos gestos que también son actos de valor.

La experiencia de unión va de la mano con la de separación. Es como si una condición existencial nos condenara a este ineludible conocimiento: encontrar también significa perder. Dondequiera que falte esta dualidad, donde hay una seguridad aparente, rara vez existe una relación vital. Cuanto más profundo el vínculo, más necesarios somos el uno para el otro, y por consiguiente, más tememos la pérdida. En esta profunda unión, nosotros que nos inclinamos por el amado, también reconocemos su diferencia fundamental. Quizás sepamos que

es una ilusión creer que nuestro sentimiento de totalidad está garantido por la presencia del otro, pero es demasiado tentador prescindir de ello. No existe ningún proceso psicológico que pueda llenar esta necesaria ilusión en que está implícito el reconocimiento de distancia y diversidad.

Una verdadera relación psicológica debe incluir el reconocimiento de diferencia y distancia. Por otra parte, es precisamente la distancia síquica la que permite a la pareja permanecer unida, porque uno vivencia la presencia del otro, quien, sin embargo, está ausente en virtud de ser distinto. Uno se encuentra de vuelta en la soledad inicial, pero ahora con una gran diferencia: es un aislamiento que ha dado la batalla y ha logrado abrirse. Se ha encontrado la fuerza para mirar cómo son realmente las cosas. Ver la realidad significa tener una profunda comprensión sin disolver el vínculo, porque eso sin duda sería una reacción infantil.

La fortaleza consiste en aceptar esta diversidad. No es una casualidad, ni buena o mala suerte, es la necesidad implícita en aquella fase de la vida que nos enfrenta con una necesidad que debe ser vivenciada a fondo. Precisamente en estos momentos conseguimos apoyo en la idea de que nuestro encuentro siempre tiene un equilibrio dinámico: su historia y su profundidad reflejan nuestro nivel de madurez. El encuentro se recrea continuamente, por lo tanto, puede ser transformado según cambien nuestras necesidades.

Aunque sea inevitable el conflicto cuando se encuentran las proyecciones de dos amantes, en ningún otro momento hay tanta influencia recíproca. En esta condición, donde dos personas cambian, cada una en la dirección de la otra, nos sentimos invadidos por algo nuevo y algo viejo: lo nuevo es la transformación en proceso, y lo viejo no es otra cosa que la redescubierta subjetividad en la relación —aquella que creó el amor y le otorgó su poesía.

CAPÍTULO 7

**Autoconocimiento y
erotismo**

El encuentro entre amantes se caracteriza por el regreso de una subjetividad más amplia. Al comienzo, en la fase del enamoramiento, la individualidad del amante se confunde con la del amado. Pero cuando realmente empieza la relación, somos devueltos, transformados, a nuestro ser separado. Es aquí donde llegamos a reconocernos de nuevo en el vínculo que hemos creado. Así, cada encuentro amoroso es como una creación artística. Lo que fascina y da profundidad es el hecho de que nada puede darse por sentado, no existen fórmulas. Ambos amantes son responsables de las dimensiones, forma y desarrollo de la relación.

Pero aquí llegamos a la cuestión del compromiso personal. Dentro de nosotros llevamos un deseo, absolutamente sano, de crear una relación a nuestra imagen y semejanza. Dentro de la posibilidad de construir algo, uno comprende que el otro debería ser considerado un continuo descubrimiento. Si uno es valiente, enfrenta tierras y lenguas desconocidas y encuentra cosas jamás antes imaginadas. Al principio, uno no sospecha nada, porque, como uno mismo, el otro tiene una misteriosa esencia privada. El ser amado tiene una realidad tan legítima como la mía, una realidad con la que mi deseo debe llegar a un acuerdo.

Las mayores vicisitudes de la vida se producen justo en esta área —la dificultad de tomar en consideración la unicidad del otro. Algunos

hablan del destino, pero somos nosotros quienes creamos la situación que permita un encuentro que a su vez, requiere justicia y espacio. Es interesante descubrir que nuestra subjetividad es especialmente acentuada por factores que surgen precisamente en esta relación entre dos individualidades. Nuestra auténtica esencia aflora con todas sus luces y sombras. Por eso es que no puede haber crecimiento psicológico sin el encuentro y choque de dos mundos; de este encuentro emergen tanto mi unicidad como la del otro.

Únicamente no podemos acercarnos al lado oscuro de nuestra personalidad por medio de la comparación con otra persona. Por lo tanto, cuando uno simplemente salta de una relación superficial a otra, eludiendo el encuentro profundo, esto por lo general puede ser interpretado psicológicamente como una dificultad en la relación con uno mismo. En efecto, al negarnos a ceder al amor, nos privamos de una preciosa oportunidad para el autoconocimiento. Sólo si aceptamos nuestra vida emocional como es, podemos comprendernos a nosotros mismos. Nuestra indignidad y perversidad sólo afloran en el encuentro íntimo con el otro.

Jung sostiene que, en la relación analítica, se realzan los aspectos más elevados y más bajos de la espiritualidad humana¹. Lo mismo puede decirse de una relación amorosa. Cuando emerge nuestra ferocidad y descubrimos cuán violentos podemos ser, también aprendemos dónde residen nuestra fortaleza e inspiración, porque si somos capaces de hacer una cosa, también somos capaces de hacer lo opuesto. Sólo puedo ver mi luz y fortaleza mirando a través de mi oscuridad.

1 "The Psychology of the Transference" (Sicología de la transferencia), *The Practice of Psychotherapy* (Práctica de la sicoterapia), CW 16. [CW —*The Collected Works of C.G. Jung* (Bollingen Series XX), 20 vols., trad. R.F.C. Hull, ed. H. Read, M. Fordham, G. Adler, Wm. McGuire (Princeton: Princeton University Press, 1953-1979)].

En el mismo momento en que uno acepta la premisa de tal encuentro –sea análisis o amor– surge la posibilidad de crear una nueva esencia, una nueva condición que sólo puede brotar de la relación. Podemos llamarla ilusión o proyección, podemos decir que es falsa, pero lo que cuenta es nuestra corazonada de que la síntesis sólo es posible con esa persona específica. Subjetivamente, un sustituto para el otro es inconcebible. En tales situaciones decimos cosas como: “Nunca podrás olvidarme” –y es verdad, porque cuando se ha producido esta esencia, aunque sea por un breve tiempo, las circunstancias que la produjeron se hacen inolvidables.

Es comprensible que tendamos a eternizar la experiencia amorosa, y aunque el sentimiento de eternidad es subjetivo, también tiene su profunda verdad. Sin embargo, la experiencia nos dice que el encuentro degenera cuando redescubro mi individualidad; en ese momento hace su aparición el elemento de poder. Sólo se requiere un mínimo cambio en el sentimiento para que aquél que nos parece indispensable, se vea fuertemente tentado a usar esto como un arma. Y así, la situación puede cambiar gradualmente desde una sana relación entre dos sujetos a un terrible conflicto.

Una relación nos ofrece un espacio y un tiempo, y el tiempo es siempre el presente. Es imposible imaginar un vínculo entre dos personas que no incluya esta dimensión particular, donde se descubre y comprende la unicidad de cada cual. Según Martin Buber, el amor es el espacio mismo de la relación². Cuando uno ama, se relaciona con un Tú que es comprendido y reconocido como el objeto exclusivo de la relación. Traslado al otro desde el mundo inanimado de las cosas, desde la condición de ser un objeto para mí –como sucede en toda

2 *I and Thou* (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1958), p. 30 (Yo y tú [Buenos Aires: Nueva Visión]).

relación de poder– y devuelvo a mi amado su dignidad, integridad y poder.

La explotación de otro es una real y auténtica perversión, y sin embargo, uno debe comprender que en cualquier relación, junto con la posibilidad de tener un Tú con quien dialogar, uno siempre corre el riesgo de perderse, de convertirse en un Ello. Buber entrega una buena metáfora de esto, la de la crisálida y la mariposa. La crisálida es una forma en un estado naciente, una criatura que debería desarrollarse y alcanzar su condición perfecta al convertirse en lo que ya es en potencia. La crisálida es una vida en formación, mientras que la mariposa es una subjetividad manifiesta. Precisamente porque una relación hace aparecer el carácter específico de cada uno de los partícipes, la dificultad puede consistir –y generalmente consiste– en reconocer y aceptar la propia individualidad tal como emerge en comparación con la del otro.

En un encuentro amoroso, cada persona se mueve hacia la otra porque él o ella activa un nuevo e indispensable factor psicológico que se vivencia como algo que yace fuera de uno mismo, personificado en el otro. Eros crea los lazos entre los diversos elementos psicológicos, confiriendo significado, espiritualidad y carácter sagrado a la experiencia erótica. Si un ser humano se vuelve importante al activar lo divino que hay en mí, siempre debo tener presente que mi subjetividad está ligada a una nueva y sagrada dimensión. Y aquí entran en juego dos importantes elementos que podríamos llamar luz y sombra.

Para crear esta esencia particular que está ligada a las singulares características de dos personas, debo pasar revista a mis facetas perversas. Cuando surge la sombra, es como si en mí hubiera habido una catarsis y yo hubiese dado a luz algo enteramente nuevo que tuviera alguna cualidad misteriosa y sagrada. Debido a este carácter sagrado, tenemos la sensación de estar totalmente solos, de no ser capaces de compartir con nadie nuestra experiencia.

En este contexto nace la intensidad de nuestra sexualidad, y también nuestra individualidad. Ya que la sexualidad ha estado por largo tiempo sujeta a límites prohibitorios, es en esta área que nuestra aproximación a otra persona se torna especialmente dramática. Quizás nosotros mismos creamos no estar constreñidos, pero esto demuestra por sí mismo ser un falso concepto cuando se nos presenta una oportunidad seria de expresar libremente nuestra sensualidad. Por lo tanto, podríamos decir que el arte de amar, del erotismo, coincide con la transgresión. Mediante lo erótico, los seres humanos están capacitados para romper las prohibiciones internas –para vetar el veto.

De hecho, uno puede desarrollar y adquirir un carácter humano pleno a través de lo erótico. Cuando nos acercamos eróticamente al otro, dejamos de ser espectadores de la naturaleza para convertirnos en sujetos de los placeres que experimentamos. Nuestra imaginación ayuda y encubre el rompimiento del veto. Nuestra capacidad de transgresión es directamente pertinente al desarrollo de lo erótico. Al romper los tabúes, comprendemos que los sentidos sólo pueden expresarse cuando viven dentro de la órbita de la prohibición, que se nutren de lo prohibido.

Pero la sexualidad humana jamás es, a diferencia de la de los animales, completamente instintiva, porque la imaginación siempre desempeña un papel. La conciencia de tener una experiencia sexual produce temor, angustia y culpa, y la capacidad de gozar de nuestra vida instintiva libre de tales sentimientos requiere una gran madurez psicológica. Son pocos los que se libran de experiencias sexuales negativas entre la infancia y la adolescencia. Hay dos aspectos en esto: por una parte, está mi deseo que me hace sentir culpable porque en el fondo siento que estoy haciendo algo que no debería hacer, y por la otra, hay un sentido de trascendencia, la posibilidad de sublimar o transformar

mi deseo de modo que se vuelva espiritual (como en el caso de los místicos).

El deseo tiene connotaciones perturbadoras, pues cuando deseo a otra persona, en realidad estoy aspirando a poseer su aspecto animal. Se podría decir que este tipo de experiencia nos lleva a una situación extrema que altera nuestra forma habitual de relacionarnos con el mundo. Mediante nuestros sentidos traspasamos un límite, percatándonos de que se puede abolir aquel orden cultural, hasta ahora avalado por nosotros.

Un encuentro erótico nos empuja constantemente hacia adelante porque los límites tienden a retroceder. Una emoción sexual profunda sólo puede ser vivenciada mediante una relación larga, la única que da tiempo para que se expandan los límites culturales. Y es precisamente este retroceso de los límites lo que activa nuestra angustia, puesto que se alimenta de aquellos vetos internos que solemos llamar inhibiciones.

Desde que ante mí apareciste, desde cada vena
mi cuerpo florece más fragante:
mira, ahora camino más esbelto y recto,
y lo único que haces es esperar –¿quién eres entonces?

Mira: siento cómo estoy yéndome,
cómo me desprendo, hoja por hoja, de mi antigua vida.
Sólo tu sonrisa se derrama como diáfanas estrellas
sobre ti y, muy pronto, sobre mí.

Daré tu nombre ante ese altar
que por tu cabello está iluminado
y dulcemente trenzado con tus senos,
a todo lo innominado y reluciente como el agua
que ilumina mis años de infancia.

RAINER MARÍA RILKE, *Sacrifice* (Sacrificio)
(versión libre).

CAPÍTULO 8

El temor a la pérdida
y los celos

La inhibición choca con la compulsión: la una paraliza, la otra nos empuja hacia adelante. Por eso es que la atracción sexual entre dos personas puede durar. Pero estas dos fuerzas crean un espacio sagrado que es el lugar secreto de toda relación amorosa. Así podemos entender por qué los amantes podrían objetar la relación del amado con otra persona.

Debemos comprender estos sentimientos y darnos cuenta de que hasta cierto punto son justificados, ya que el involucramiento de un tercero viola el terreno sagrado establecido entre dos personas. Por supuesto, estas cosas suceden porque somos expertos en profanar, pero la indignación y repulsión que sentimos tienen sus raíces en el carácter sagrado de la relación.

En el área descrita por la inhibición y la compulsión habita un misterio que es la base misma del bien y el mal. Precisamente cuando el lazo erótico se hace predominante y uno tiene la sensación de haber creado una dimensión sagrada, experimentamos la imposibilidad de recrear ese espacio en otra parte. Al unirnos podríamos presentarnos para un renacimiento en el mundo, pero cuando hay una crisis en la relación, se deteriora toda nuestra existencia. Temiendo el fin de todo, aun así notamos, lejana pero firme, la promesa distante de un posible renacimiento.

La compulsión nos lleva al borde de una condición extrema, una que podría ser descrita como el deseo de incorporar y ser incorporados. Y es aquí que aparece el arquetipo de la madre.

*Un trípode ardiente te pide estar alerta,
Lo profundo de lo profundo al fin allí te espera,
Y a la luz de ese resplandor verás a las Madres.
Algunas sentadas, algunas erectas, en tanto que otras
Por casualidad pueden estar vagando: Formación, Transformación,
La eterna recreación de la Mente Eterna.
A su alrededor flotan todas las formas de la entidad;
Ellas no te ven, pues sólo ven espectros.
Armame de valor, pues grande es el peligro¹*

[versión libre].

El deseo de incorporar y ser incorporado se manifiesta en la más tierna expresión del amor, el beso. Tal como el niño busca la vida en el pecho materno, así el adulto la busca en los suaves labios de otro. Cuando ya no sentimos el deseo de besar al otro, la relación está en peligro. He oído decir a algunas personas: “Puedo acostarme con él (o ella), pero no puedo besar a alguien a quien no amo”. Esta es una indicación de que la sexualidad no está ligada a órganos específicos, sino que es difusa. La boca, nuestra primera vía para conocer el mundo, para dar y recibir amor y vida, más tarde se convierte en el indicador del más profundo sentimiento.

Aquí nos encontramos enredados en una dicotomía fundamental que en realidad expresa nuestra brutalidad: la violencia de la muerte y

1 Goethe, *Faust* (Londres: Penguin, 1986), parte 2, p. 557 (*Fausto* [Madrid: Aguilar, 1988]).

la dureza misma de la vida que son responsables por nuestra capacidad para la respuesta erótica. En presencia de las reflexiones sobre la vida y la muerte que pueden surgir de una relación amorosa, lo primero que se daña es nuestra subjetividad, pero es precisamente perdiéndola que podemos vivenciar el sentido de unión. Esta es una ilusión porque jamás podemos poseer completamente la subjetividad del otro. Y por eso es que la sexualidad está condenada a la repetición. Sin cierta comprensión psicológica de nosotros mismos, el instinto sexual se vuelve inhumano, un esfuerzo desesperado por aprehender al otro. Tal sexualidad está lejos de la expresión de un gran amor. Y sin embargo, el impulso sexual repetitivo también es parte de nuestro destino y se convierte en un ritual.

De todos los animales, sólo los humanos pueden amar y desear constante e incesantemente, libres del ciclo de los períodos de celo. Pero para una relación sana, el deseo debe ser complementado con otro aspecto del amor: la ternura. Cuán a menudo hemos observado que la vehemencia típica del deseo sexual la ha dejado en segundo plano.

La ternura funciona en oposición a la gran amenaza que proviene del sentido de muerte y pérdida. Se podría decir que nuestros sentimientos más profundos de violencia y ternura están conectados por el interminable temor de perder al otro. Por eso es que necesitamos confrontarnos mutuamente mediante palabras y gestos –para confirmar de algún modo nuestra presencia. Incluso podríamos decir que el erotismo en realidad deriva del deseo de vivir en la incertidumbre. Es como si el más recóndito resorte, aquél que nos impulsa a continuar la vida mediante la procreación, no fuera un deseo de felicidad sino de angustia. No es de extrañar, entonces, que la pérdida del ser amado se convierta en el simulacro de toda relación. Algunos aceptan el reto, otros no pueden.

Cuando el temor de perder a nuestro amado invade por completo la siquis, podemos hablar adecuadamente de angustia. Este es el terreno que hace germinar una emoción que nos cuesta muchísimo confesar, pero a la cual es aún más difícil permanecer inmune: los celos.

Los celos son un sentimiento inmutablemente ligado al amor: los amantes no pueden desconocerlo. Cuando descubrimos que estamos celosos, sentimos angustia. Esta reacción intensa y dramática es una reactuación concreta de nuestra experiencia en la relación primaria con la madre. Desde este punto de vista, la reacción celosa es funcional.

Una emoción que nubla de modo notorio nuestra visión de la realidad externa y oscurece nuestro paisaje interior, resulta ser, sin embargo, iluminadora con respecto al conocimiento de nosotros mismos, pues nos dice qué esperamos aquí y ahora del otro: un amor exclusivo, un afecto ilimitado y constante. Así, los celos recrean y dan fuerza inmediata a una necesidad vital del niño.

Es innecesario explicar por qué es vital la necesidad de amor en los niños pequeños. En las etapas tempranas de la vida, crecemos y nos desarrollamos sólo a través del amor de los demás; sin ello, estamos permanentemente heridos. Por lo tanto, si nuestro crecimiento, sobre todo nuestro crecimiento psicológico, está ligado a esta necesidad, el temor que acompaña a la posibilidad de perder al ser amado es señal de que estamos en peligro. Con frecuencia decimos: "No puedo renunciar a ti". Nuestra sospecha y posesividad resultan de nuestra creencia de que nuestra vida tiene un futuro sólo porque el otro existe. Por eso es que la duda es tan devastadora.

Podemos decir que simplemente es el temor de perder el apoyo de quien amamos. Pero si realmente enfrentamos nuestros celos, nos damos cuenta que dan vida a una serie de ardidés psicológicos que se relacionan con la agresión. "Los celos", escribe Proust, "son a menudo sólo una angustiosa necesidad de ser tiránico en lo que concierne a los

asuntos del amor². Al haber arreglado las cosas en forma tal que estoy obligado a estar celoso —porque nunca es accidental el que uno escoja el tipo de relación en que esta emoción inevitablemente aparecerá—, he creado las condiciones para una tiranía inconsciente.

La sospecha, aliada de los celos, todo lo justifica. No existe ningún acto que no seamos capaces de cometer bajo su impulso. La sospecha hacia nuestra pareja hace aparecer en pleno nuestra sombra. El impulso inconsciente de poseer a otra persona nos empuja a relaciones donde es inevitable que expresemos nuestros celos, tras lo cual está el sombrío deseo de tiranizar. Para nuestra sempiterna vergüenza, ello revela nuestra inseguridad.

Donde hay involucrado un vínculo sentimental, cada gesto asume un significado más amplio: un beso, una caricia, una palabra, todo es magnificado por nuestra inversión síquica en el otro. Así, no es la infidelidad sexual per se lo que provoca angustia en la persona celosa, sino más bien el temor de perder lo que el elemento erótico representa en la relación. En el mismo momento en que hay una desviación en las atenciones del amado, sentimos una traición total. Ahí es cuando somos confrontados por nuestro niño interno, que está aterrado de perder amor y apoyo. Es el temor al abandono.

Paradójicamente, los factores infantiles como los celos y la posesividad son en realidad la base del desarrollo personal. Quienquiera que no sea celoso no es auténtico, por lo tanto debemos preservar nuestra capacidad de ser celosos. Es verdad que los celos también pueden expresar meramente el deseo de ser el centro de atención, y en general sus muy intensas y poco realistas manifestaciones son sintomáticas de problemas psicológicos. Pero también es cierto que sólo nos

2 *Remembrance of Things Past* (Nueva York: Vintage Books, 1982), vol. 3, p. 86 (*En busca del tiempo perdido* [Madrid: Alianza]).

percatamos verdaderamente del amor cuando esta experiencia está intersectada por el dramático e irracional fenómeno de la posesividad. Es como si tuviéramos que experimentar el amor como angustia, como el deseo de vivir en la incertidumbre. Mlle. de Lespinasse expresa este dramático aspecto del estar enamorado: “Te amo como se debe amar, con desesperación”³.

Perversamente, mantenemos y renovamos nuestro sufrimiento al tener presente, en forma constante, la posible pérdida del otro. A veces nos parece que sólo amando así nos sentimos vivos. Por otra parte, la persona que ansía el poder no puede vivir en este estado y por eso es que el poder y el amor no pueden coexistir. Una persona consumida por el deseo de poder no puede estar enamorada hasta los tuétanos, porque esto implica, entre otras cosas, estar completamente absorbido por algo que puede perderse en cualquier momento –y ser incapaz de impedirlo.

Los celos son la fuente de tal sufrimiento, porque quien cae presa de este sentimiento ha llegado a la conclusión de que la vida no tiene sentido sin el amado. Esto lleva al amante a enfrentar su sentido de estar incompleto, conocimiento tan cargado de angustia que sólo su espectro nos impide dejarnos ir. Para enfrentar esta experiencia, como ya he dicho, se necesita valor.

Los celos son una experiencia humillante. Quien jamás se haya entregado por completo, quien jamás haya aceptado el amor con todos sus riesgos, incluyendo la posesividad, ha vivido una vida falsa, hasta podríamos decir inflada. La aceptación de nuestra pequeñez y necesidad es un signo de madurez. Admitir la posibilidad de estar celoso significa asumir el riesgo de que nuestra vida evolucione sólo a condición de que el amado esté junto a nosotros. Por supuesto, esto es

3 R. Barthes, *A Lover's Discourse —Fragments* (El discurso de un amante –fragmentos) (Londres: Jonathan Cape, 1979), p. 48.

infantil, pero el niño que llevamos dentro tiene su opinión y debemos estar preparados para escucharlo.

Barthes escribe:

Como hombre celoso, sufro cuatro veces más: porque soy celoso, porque me culpo de serlo, porque temo que mis celos hieran al otro, porque me permito estar sometido a una banalidad: sufro por ser excluido, por ser agresivo, por ser loco y por ser vulgar⁴.

Debemos permitirnos la posibilidad de sentir celos y debemos permitirnos vivenciarlos a fondo. Y esto significa hacer consciente la sombra. Es errado pensar que los celos pueden ser dominados con fuerza de voluntad.

Los celos son significativos porque nos permiten iniciar una nueva clase de confrontación. La verdadera declaración de intenciones entre dos amantes se produce dentro del rango de esta emoción. Antes de que surja, vivimos una ilusión de eternidad. Cuando nos percatamos de nuestros celos, estamos obligados a reevaluar la relación y así empieza otra fase, una en que los dos amantes vuelven a encontrarse en un terreno nuevo.

La comprensión de que el otro podría *optar* por dejarnos, nos lanza a un cuestionamiento total. Las relaciones deben ser revisadas constantemente desde este punto de vista. Además, cuando estamos enamorados, tendemos a deificar al otro y esto hace más dramática la situación. Estamos poseídos por nuestra fe ciega en el otro. Desde luego, ningún ser humano puede tolerar por mucho tiempo ser endiosado, y son los celos los que proveen el camino a una visión más realista.

En un último análisis, la destrucción de una fe que nosotros mismos hemos construido permite la caída de un velo: ahora podemos

4 Ibid., p. 146.

ver claramente que la pérdida no era una posibilidad remota sino una realidad corriente y siempre presente, un elemento inevitable de la relación amorosa. Nuevamente, es Barthes quien dice:

Es el temor de lamentar lo que ya ha ocurrido, en el origen mismo del amor, desde el momento en que fui “cautivo”. Alguien podría decirme: “No te angusties más —ya lo(a) has perdido”⁵.

Desde que te perdí, estoy acosado por el silencio;

Los sonidos baten sus pequeñas alas

Por un momento, luego se aquietan cansados

En la marea que se mece en silencio.

Sea que al pasar la gente por la calle

Murmure como las olas,

O sea que el teatro suspire y suspire

Con un fuerte y ronco suspiro:

O el viento que agita una algazara de luces

Sobre la fúnebre oscuridad del río,

O el eco de la última noche

Que hace estremecer la madrugada:

Siento el silencio esperando

Para volver a absorberlos a todos,

En su última libación de plenitud

Bebándose el ruido de los hombres.

D.H. LAWRENCE (versión libre).

5 Ibid., p. 30.

De día el viejo tiene la tierra, y por la noche
tiene una mujer que es suya —que hasta ayer fue suya.
Se complacía en desnudarla, como abriendo la tierra,
para contemplarla entera, tendida en las sombras
esperando. La mujer sonreía con los ojos cerrados.

Esta noche el viejo está sentado al borde
de su campo abierto, pero no explora la línea
del cerco distante, no alarga la mano
para desenterrar una maleza. Contempla entre los surcos
un pensamiento agostizo. La tierra revela
si alguien la ha tocado y violado:
aun en la oscuridad lo revela. Pero no existe ninguna mujer
que retenga las marcas del abrazo de un hombre.

El viejo se ha dado cuenta que la mujer sonríe
sólo con los ojos cerrados, esperando supina,
y comprende súbitamente que en el cuerpo joven
el abrazo de otro recuerdo aparece en un sueño.
El viejo ya no ve el campo en la oscuridad.
Se ha echado de rodillas, empuñando la tierra
como si fuera una mujer y pudiera hablar.
Pero la mujer tendida en la oscuridad no habla.

Donde está recostada, con los ojos cerrados, la mujer no habla
ni sonríe, esta noche, desde su boca inclinada
hacia el hombro magullado. Finalmente revela en su cuerpo
el abrazo de un hombre: el único
que podía marcarla, y eso ha apagado su sonrisa.

CESARE PAVESE, “You, Wind of March”
(Tú, viento de marzo) (versión libre).

CAPÍTULO 9

Traición y abandono

Ríos de tinta han corrido sobre el tema de los celos; el grueso de las obras de teatro, novelas y cine lo tratan dramática o grotescamente, trágica o cómicamente. Pero lo interesante no es hacia dónde puede llevar la posesividad, sino de dónde proviene.

Un enfoque psicológico siempre nos devuelve a una condición interior que describe la realidad endosíquica que subyace a una situación específica. En el ámbito de los celos estamos ante una situación altamente agitada, ya que no es sólo un tormento que trastorna y arruina nuestra vida, sino que también tiene un efecto propulsor y cognitivo. El triángulo parece ser fundamental para la experiencia amorosa, hasta tal punto que aun en los raros casos donde en realidad este tercer elemento no interviene, inventamos uno a nivel de la fantasía¹.

Esta necesidad de una tercera persona está arraigada en el triángulo edípico que todos hemos experimentado desde nuestro nacimiento. Padre y madre reaparecen en nuestra vida cuando, ya adultos, revivimos lo que presenciamos en el pasado. Con frecuencia este triángulo es recreado calladamente en una relación adúltera, y en ciertas circunstancias se expresa en un *ménage à trois*. Tales experiencias, que generalmente son relatadas al psicólogo con gran angustia o culpa, no

1 Véase James Hillman, "Psychological Creativity" (Creatividad psicológica), en *The Myth of Analysis* (El mito del análisis) (Evanston, IL: Northwestern University Press, 1966), p. 97.

necesitan ser evaluadas moralmente; se pueden interpretar y comprender en términos de la necesidad de revivir la situación edípica.

La posesividad nos confronta con nuestro lado de sombra, y por eso es que vale la pena vivenciarla. Los celos sugieren la pérdida del objeto primario, el primer amor de nuestra vida en quien pusimos fe absoluta. En cada lazo emocional queremos desesperadamente recrear esa fe que fue destrozada durante nuestra infancia. A veces estamos tan agobiados por la angustia que nos causa esta necesidad de fe absoluta, que somos impulsados a fantasear sobre ser abandonados por quienes amamos.

Puede que sintamos una vaga necesidad de ser liberados de esta fe imposible que ha marcado nuestra existencia, pero rara vez damos forma a este deseo. Quizás si lográramos enfocarlo bien, nos daríamos cuenta de que íbamos por el camino errado, porque no es así como podemos llegar a ser adultos. Más bien, debemos encontrar la fortaleza para aceptar y vivenciar completamente el abandono más absoluto, en especial por el primer objeto de nuestro amor.

La pérdida que tememos en una relación, de hecho ya ha ocurrido. Ya no tenemos un padre y una madre que nos protejan, y si alimentamos tal esperanza, es sólo una ilusión –una ilusión tan ferviente que incluso logra crear en el mundo exterior imágenes parentales que perpetúan la existencia de nuestros padres reales. Cuando uno comprende que ya lo ha perdido todo, entonces empieza a librar la batalla consigo mismo. Incluso en el caso de una auténtica traición, nuevamente tengo la oportunidad de comprender que no es mi amado quien me traiciona; no es él o ella con quien debo entenderme, sino conmigo mismo como traicionado y traidor a la vez.

Precisamente porque hemos tenido esa experiencia inicial de ser abandonados, llevamos dentro la posibilidad de convertirnos en adultos. Pero junto a esa posibilidad permanece el hambriento deseo de la

niñez. Por suerte, somos capaces de reencender el deseo –podemos resucitar el sueño de recuperar el objeto amoroso original y la temprana confianza que perdimos. Cada vez que establecemos una relación en la cual revivir esta emoción primaria, echamos los cimientos de una casa con una puerta abierta para que entre y se aloje la traición.

La experiencia del engaño –que incluye tanto al traidor como al traicionado– significa la angustia de la pérdida. Echa raíces y florece, haciendo que el otro sea importante y significativo. Las cualidades personales no tienen nada que ver con esto. Si no comprendemos eso, estamos a merced del primero que llegue.

En el momento de la traición se abre una herida en nuestro punto más vulnerable –nuestra confianza original– que es el de un infante totalmente indefenso que no puede sobrevivir en el mundo excepto en los brazos de alguien. Esta es la realidad primitiva y básica del niño; está enclavada en la siquis hasta el punto de jamás poder dominarla. Luego, inevitablemente, este niño indefenso reemerge en cualquier relación donde exista la posibilidad de poner una confianza ilimitada en otra persona.

La poesía ilumina el tema de la traición y el abandono. Describe la existencia humana como un paisaje devastado; va más allá del mundo de las apariencias y nos pone en duro y cruel contacto con las cosas que ciegamente nos negamos a reconocer. Es obvio que quien nos abandona o engaña no es una persona malvada que incubó este plan en secreto. El o ella es sólo un ser humano a quien los dioses ofrecieron la oportunidad de vivir una nueva experiencia amorosa. Esta no puede ser abandonada, porque en ese momento se vuelve tan indispensable como una necesidad primaria. Pero al que es traicionado poco le importa esta verdad; sólo distingue la terrible dureza del destino, el dolor para el cual no hay palabras, una devastación que oprime el espíritu.

Sólo podemos ser engañados por aquellos en quienes confiamos. Sin embargo, tenemos que creer. Una persona que no tiene fe y se niega a amar por temor a la traición, ciertamente se eximirá de estos tormentos, ¿pero quién sabe cuánto más perderá él o ella?

En general, nos gustaría estar protegidos de nuestra tentación de no cumplir nuestros compromisos. No queremos traicionar ni ser traicionados, porque la traición nos obliga a enfrentar los aspectos menos controlados de nosotros mismos. Y los mantenemos a raya incluso intentando evitar el amor. Esto es porque el amor también se vivencia inevitablemente de manera infantil, con toda la vitalidad, inmadurez e insuficiencia de un niño. Existe la tendencia a entregarse a la ilusión de una recuperada confianza original que entonces necesariamente terminará por chocar con la dura realidad del engaño.

La traición debe ser observada en perspectiva. No debemos meternos a jueces y hacer una condena total del otro, quien entonces, como Lucifer, es arrancado de su rol de ángel y lanzado al de demonio. En esta forma negamos cualquier cosa buena y adorable que alguna vez vimos en esa persona. Ella no ha cambiado en su esencia; es sólo que el destino la ha alejado. Si me preguntaran cómo llegar a ser adulto, respondería que el camino nos conduce a través de tales experiencias porque en ellas enfrentamos una vez más nuestra pérdida primaria.

Recuerdo una carta que Jung escribió a Sabina Spielrein, donde dice que no está en él amar como no sea en aras del amor mismo, sin ningún otro motivo, sin la necesidad de justificar su conducta, sin la necesidad de prometer nada². Estas palabras podríamos firmarlas con

2 Véase Aldo Carotenuto, *A Secret Symmetry: Sabina Spielrein between Jung and Freud* (Nueva York: Pantheon Books, 1983), pp. 195-196 (*Una secreta simetría: Sabina Spielrein entre Jung y Freud* [Gedisa, 1984]).

nuestro nombre sin vacilación. ¿Qué sentido tiene amar sólo cuando uno puede tener plena confianza? Esta es una exigencia infantil.

Pensemos en Judas. Dejando de lado la carta de los Evangelistas, ningún escritor que abordó más tarde el problema de Judas, dudó jamás de su amor por Jesús. A pesar de que su nombre muy pronto se convirtió en sinónimo de traidor, no es posible dar sólo un significado ambivalente a la expresión “beso de Judas”. Si él no hubiese amado a Cristo, su acto no parecería tan traicionero. Además, su traición fue un paso necesario, una *felix culpa*³, en la historia del rescate de la humanidad por el Salvador. Judas fue el instrumento indispensable que puso en marcha una de las mayores revoluciones de la historia.

Los traidores, si no pueden integrar su ambivalencia, corren el riesgo de destruir su mundo interior. Su drama es que no pueden llevar una única relación hasta su término. Al tener dos amantes, por ejemplo, podemos reducir drásticamente nuestro compromiso con una relación que no seríamos capaces de soportar en su totalidad. La conciencia de esto ayuda a evitar un sentimiento de culpa que, de otro modo, sería devastador.

Cuando uno siente la necesidad de engañar al amado, esto implica una falta de integración de la sombra. Por otra parte, la persona que traiciona puede ser considerada fiel a la vida, pues a menudo el objetivo inconsciente de la traición es transformar el lazo inicial: “No tengo el valor o la fuerza para cambiar la relación existente, entonces, con el impacto violento de un tercero, la revolucionaré y veré qué sucede”. Es como si el engaño fuese el único instrumento que nos queda para destruir las fronteras.

Por lo general, esto sucede en forma inconsciente. Quizás hayan motivaciones externas, pero son superficiales. Estoy convencido de

3 Crimen afortunado.

que siempre hay complicidad, aunque sea inconsciente, entre el traidor y el traicionado. No se necesita investigar; uno siempre sabe –sólo que no habla de ello– lo que el otro está haciendo. Incluso se puede ver en la traición un intento de preservar la relación. En realidad, el traidor también es la víctima de la persona engañada, quien, a su vez, se convierte en traidor. Ya en este punto, por supuesto, existe una crisis, con uno de dos posibles resultados –una reestructuración provechosa de la relación o, más comúnmente, la búsqueda de una nueva vida: en otras palabras, el abandono.

La experiencia de la traición, traducida a términos psicológicos, da la oportunidad de vivenciar uno de los procesos fundamentales de la vida síquica, la integración de la ambivalencia, incluidos los sentimientos de amor-odio que existen en toda relación. Debe enfatizarse una vez más que esta experiencia no sólo involucra a quien usualmente carga con la culpa, sino también al traicionado, quien inconscientemente puso en marcha los acontecimientos que condujeron a la traición.

¿Qué significa el término de una relación? Sobre todo, significa el colapso de un orden psicológico. Al acercarnos a una psicología diferente a la nuestra, nos hemos estructurado en forma diferente. La relación nos modifica, porque la necesidad de unirnos con otro y mantener una relación, activa mecanismos de transformación que tienen en cuenta la armonía con el ser amado. Con la ruptura y el abandono, se vuelca esta estructura y se cuestionan aspectos fundamentales de nuestra existencia.

En la relación, ya no basamos nuestra vida en nuestro ser individual, en nuestros propios recursos, sino en la presencia continua del otro. Aunque la ruptura pueda llevar a una nueva situación con un nuevo equilibrio, primero se produce la caída.

¿Qué podemos hacer en estos momentos desesperados? No existen modelos para un amante con el corazón desgarrado. El término de

cada relación amorosa tiene su propia identidad específica, sin puntos de referencia en el mundo exterior. Ninguna palabra puede tocarnos, ningún cambio de escena consolarnos; la agobiante desesperación nos encierra y excluye la ayuda de los otros. La razón y el apaciguamiento son ineficaces porque estamos abrumados con los recuerdos de otros momentos, ahora perdidos, que nos dieron nuestra identidad.

Aquí, nuevamente, se necesita mucho valor. Cada vez sentimos esta pérdida como si fuese la primera. La pérdida y el abandono nos aprisionan en la soledad. Ninguna experiencia es tan trágica, porque no hay recursos externos —y me atrevería a decir que tampoco internos— que puedan ayudarnos. Nuestro único recurso es abrirnos paso por nuestro aislamiento. Uno estaba solo en el reino del amor; ahora está aún más solo, en un torturado silencio. Este sufrimiento es una revelación; sabemos que jamás terminará, tal como poco antes sabíamos que el amor era eterno. Barthes se pregunta:

¿Cómo termina un amor? —¿Termina entonces? A decir verdad, nadie —a excepción de los otros— jamás sabe algo al respecto; una especie de inocencia oculta el fin de esta cosa concebida, afirmada, vivida como eternidad⁴.

Jamás podríamos amar si permaneciéramos conscientes de que el amor es transitorio. No hay ninguna edad en que podamos sustraernos a este autoengaño, porque está en la naturaleza misma del amor inspirar un sentido de eternidad.

El que los momentos felices puedan ser recordados, que la plenitud pueda ser revivida —aun atenuados por el tiempo y el espacio—, demuestra que ningún amor jamás fue completamente fútil. Pero

4 *A Lover's Discourse – Fragments* (El discurso de un amante –fragmentos) (Londres: Jonathan Cape, 1979), p. 101.

sobre todo, por más rencor que sintamos, debemos reconocer que la vieja relación aún está presente dentro de nosotros, en lo que hizo de nosotros. Ciertamente, su final nos hizo darnos cuenta de lo incompleto que somos y nos clavó en nuestra insuficiencia; nos hizo conscientes de la imposibilidad de lograr la plenitud. Pero tuvo toda la sana violencia de un destete, y por lo tanto, también fue una conquista. Al amor se le debe atribuir el mérito de *eso*.

En este punto debemos distinguir entre una ruptura y otra. Puede haber un final activo –soy yo quien deja al otro–, en cuyo caso el término de la relación amorosa tiene para mí una función dinámica. Estoy proyectado hacia afuera, veo el mundo como un coto de caza en el cual espero recobrar cuanto antes la exaltación que una vez experimenté en la relación que estoy dejando. ¿Pero qué pasa si la ruptura es pasiva?

Está en la naturaleza de la vida que debamos estar predestinados a vivenciar alternadamente estos dos posibles finales. Sólo al ser abandonados tenemos la sensación de fracaso. Cuando me abandonan, supongo que no he dado lo suficiente ni he sido todo lo que debería haber sido para el otro. Me pregunto: ¿qué es lo que hice? ¿Qué debería haber hecho? ¿Por qué fui incapaz de manejar esta situación? Y aquí se alza instantáneamente el espectro de la muerte.

Este es el momento cuando uno quiere morir, o espera alguna enfermedad o accidente fatal, porque no soportamos la idea de que nuestra propia insuficiencia causara la separación. Es difícil vivir con esto. Los actos trágicos, los suicidios, son atribuibles a esto. En estas situaciones, es difícil intervenir con algún tipo de consuelo, porque no hay argumentos capaces de influir sobre la esencia profunda de la personalidad que ha recibido el golpe. El significado y valor de ser, residentes en el ego, han sido frustrados. Ninguna otra pérdida –ni la de un empleo o de una propiedad o de un ser querido que no es nues-

tra pareja— puede destruir a un ser humano como el término de un amor, precisamente porque nos hacía sentir vivos y auténticos.

Rilke decía que el silencio es la única prueba verdadera del amor, pero también puede indicar la ausencia de ese sentimiento. Observemos a una pareja que ha sufrido la ruptura: la falta de vida está señalada por la falta de diálogo. Es el silencio que reina en un pueblo fantasma. Donde no hay ruptura, sentimos, aun en silencio, la armonía que fluye entre dos almas —un mudo pero elocuente contrapunto. Pero el silencio que sigue al abandono es opaco, vacío, sin resonancia. Y aquí, una vez más, debemos tener el valor para admitir que no hay nada que podamos hacer.

El abandono, como la muerte, no se puede evitar. Podemos inventar nuestra historia, pero sólo su comienzo; jamás podemos saber cómo terminará. Cuando nos enamoramos, empezamos algo que pronto escapará a nuestro control y tomará su propio curso. El amor contiene las premisas y promesas de la eternidad, pero también el germen de la aniquilación.

La persona abandonada es un sobreviviente en el sentido real y auténtico de la palabra, es el testigo de la destrucción desatada en su alma. Después de la dramática separación de una mujer a quien amaba apasionadamente, Cesare Pavese escribió en su diario: “Uno no se mata por el amor de una mujer. Uno se mata porque un amor, cualquier amor, nos revela en nuestra desnudez, miseria, desamparo, insignificancia”³. Se podría hablar de crueldad, pero la vida, objetivamente, no es cruel; es sólo nuestra percepción la que así la pinta.

La felicidad que gozamos junto al ser amado es un obsequio, pero que tiene su costo. El precio que pagamos es la desesperación que nos aflige al final. Esto, a su vez, no sólo salda las cuentas y cierra los libros sobre la relación amorosa; también representa la premisa, la base, sobre la cual construir una nueva vida que contenga todo nuestro pasado. En

nuestra dolorosa percatación de la necesidad de amar a alguien a pesar del riesgo del abandono, nos convertimos en adultos, aunque conservando nuestra capacidad infantil de estar siempre cuestionándonos.

Somos lo que somos gracias a lo que hemos sido. Y lo que hemos sido incluye nuestras viejas desesperaciones y nuevas alegrías. Vivenciamos cada uno de nuestros amores como si ése y sólo ése pudiera satisfacernos, entonces nuestros intranquilos ojos buscan sin cesar confirmación en los ojos del otro. En cada unión encontramos un granito de eternidad, tal como allí están también, de modo ineluctable, la sombra y la muerte final. Sabemos muy bien que las cosas terminan, pero las vivimos como si duraran para siempre. Y no podemos hacerlo de otra manera, porque cada uno de nosotros lleva adentro el deseo de infinitud.

La única satisfacción verdadera no reside en alguna experiencia particular, sino en el hecho de haberla tenido y haber sido cambiados por ella. En esta perenne confrontación entre lo absoluto y lo contingente, el cielo y la tierra, lo eterno y lo transitorio, radica el drama y la grandeza del destino humano.

*Mi yugo, ¡ay!, jamás es quitado de
Mis hombros, y mis llagas siempre están quemándome,
Y de mis ojos aún manan lágrimas.
¡Ay!, fue mi voluntad
Tallar la gracia sobrenatural
De su muy hermoso rostro
En la inmutable materia de mi corazón.*

PETRARCA, Oda 5, del *Canzoniere* (Cancionero) (versión libre).

5 *Il mestiere di vivere* (Turín: Einaudi, 1952), p. 400 (*El oficio de vivir* [Buenos Aires: Siglo Veinte]).

En mi oficio o arte taciturno
Ejercido en la quieta noche
Cuando sólo ruge la luna
Y los amantes yacen en el lecho
Con todos sus pesares en los brazos,
Yo trabajo cantando muy quedo
No por ambición ni pan
O jactancia y tráfico de amuletos
En las gradas de marfil
Sino por los vulgares jornales
De sus corazones arcanos.

En estas páginas rociadas por el mar
No escribo para el hombre orgulloso
De la rugiente luna separado
Ni para los imponentes muertos
Con sus ruseñores y salmos
Sino para los amantes que con sus brazos
Rodean el dolor de los siglos.
Esos que no pagan jornales ni alabanzas
Ni se ocupan de mi oficio o de mi arte.

DYLAN THOMAS,
“In My Craft or Sullen Art”
(En mi oficio o arte taciturno)
(versión libre).

CAPÍTULO 10

Soledad y creatividad

Se podría decir que tenemos una predisposición congénita a sufrir, aunque probablemente sea errado imputar a la naturaleza esta desalentadora condición que contradice el instinto de conservación. Es más probable que sean los milenios de cultura los que han contaminado la voluntad de vivir. Sea cual fuere la razón, es un hecho que el sufrimiento humano está presente por doquier, a veces imperceptible pero otras tan brutalmente evidente como para anular todo lo demás.

Debo aclarar que no soy amigo del dolor, pero dondequiera que miremos, allí está. Haciendo eco a Kierkegaard:

No soy aquel que piensa que jamás debiéramos sufrir, desprecio esa mezquina sabiduría; y si puedo elegir, prefiero soportar el dolor hasta el amargo final. Sufrir es hermoso, y en las lágrimas hay vigor; pero no se debe sufrir como un hombre desesperanzado¹.

El sufrimiento humano no sólo tiene aspectos chocantes, sino también aquellos de naturaleza menos vistosa que, sin embargo, llevan bastante peso en la vida de las personas. La soledad, por ejemplo. Sabemos muy bien lo que es, pero sólo cuando la vivenciamos en persona nos toca profundamente. El aislamiento, como otras experiencias emocionales, alcanza un umbral más allá del cual las palabras

1 *Aut-Aut* (Esto o aquello) (Milán: Mondadori, 1956), p. 117.

pierden su significado. No podemos comunicar a otros nuestras experiencias más íntimas. Y esto no se debe a la ausencia física de gente a nuestro alrededor, sino más bien, paradójicamente, a su presencia. Ello se deja sentir en el mismo momento en que estamos en contacto con otros, cuando creemos que deberíamos sentir su cercanía y apoyo, pero no lo sentimos.

Por ende concluimos que nuestra soledad no se debe a la dificultad para desarrollar relaciones, sino que más bien es cuestión de un sufrimiento interno que no puede ser curado ni aliviado por presencias externas. Nos percatamos trágicamente de la soledad como una condición humana básica².

Una razón por ese registro de enajenación se remonta a los momentos más formativos de nuestra vida, cuando necesidades esenciales tales como la reflectación (*mirroring*) y la ternura no fueron satisfechas. Cuando tales deseos profundos no son satisfechos, uno está obligado a crear dentro de sí mismo la respuesta que otros no pudieron darnos. Es esta satisfacción sustituta en el mundo de la imaginación la que nos hace darnos cuenta, por primera vez, de nuestra interioridad. En otras palabras, en los niveles tanto ontogénicos como filogénicos, la frustración motiva la fantasía creativa y con ello la conciencia de nuestra dimensión interior. Adquirir este conocimiento significa en cierto sentido hacerse capaz de comprender nuestra verdad personal. Esta es siempre muda. Cuando es expresada, se comunica en silencio. Si uno realmente tiene que hablar, lo que resulta es una *traducción del silencio*.

El contacto con la soledad nos permite evitar adoctrinamientos; de hecho, crear una completa *Weltanschauung* en esta situación signi-

2 Véase F. Fromm-Reichmann, "Loneliness" (Soledad), en *Journal for the Study on Interpersonal Processes*, vol. 22, N° 1.

ficaría obtener exclusivamente desde adentro nuestro conocimiento de la realidad. Por eso es que, por ejemplo, a algunos niños les resulta tan difícil empezar la escuela. Lo que se ofrece ahora, choca con algo más vital e individual.

Pero en este punto hacemos otro trágico descubrimiento: aprendemos que el mundo exterior no nos pertenece. En los momentos difíciles de la vida siempre estamos solos, porque el otro, por mucho que quiera, no tiene poder para ayudarnos. En tal predicamento, ni siquiera nos interesa una invitación para conquistar el mundo exterior. A veces el entregarnos a adquirir riquezas materiales puede ser una defensa contra el profundo temor de quedarnos solos. Cuando desistimos de tales defensas externas, ingresamos a un ámbito donde ya no podemos participar a nivel colectivo debido a nuestro irreprimible individualismo. Una persona que vive consciente e intensamente, es considerada peligrosa por la colectividad, ya que es en este preciso nivel donde se recogen las verdades.

En la soledad —entendida no como un desapego frente a los demás, sino como un sentimiento de estar solo en medio de nuestros semejantes— representamos una verdad que puede desenmascarar y denunciar la falsedad que circula en el mundo exterior. Las grandes figuras de la historia, aquéllas que cambiaron nuestra visión del mundo, extrajeron sus verdades de los manantiales de su soledad.

Por supuesto, uno no debe engañarse pensando que esto no tiene costo alguno. Al contrario, el precio es muy alto: el sufrimiento que sentimos cuando tratamos de comunicarnos y percibimos la distancia que nos separa de los demás. Esta experiencia totalmente personal no puede ser traducida a palabras, pero para nosotros es tan comprometedor como un secreto íntimo. Muchas tragedias existenciales se deben a este tipo de vida, vida que nos ofrece la oportunidad de adueñarnos de los aspectos más íntimos y profundos de las cosas, pero que

nos priva de la calidez humana y de las relaciones. Cada vez que participamos de la vida social comunitaria, se nos hace evidente la insustancialidad de las relaciones convencionales.

Una relación convencional no es sustituto de una relación auténtica, sino exactamente lo opuesto. Las palabras que usa son virtualmente vacías y carecen de poder expresivo. Tales relaciones son comunes en la vida de cada uno, y así vivimos una casi ininterrumpida secuencia de intercambios que podrían llamarse insignificantes si no fuese por nuestros pocos y desesperados intentos de salvar al menos la apariencia de un vínculo real. Aun cuando se presenta la oportunidad de entablar una relación auténtica, nos encontramos tan desacostumbrados y mal preparados frente a ella que el temor a la propia incapacidad nos impulsa a adoptar conductas falsas.

Así, nos encontramos en un callejón sin salida: por una parte, nuestras relaciones son convencionales, falsas y penosas; por la otra, tenemos lazos auténticos que también nos hacen sufrir porque exigen actitudes difíciles de mantener. En una relación verdadera, lo que tememos expresar no son nuestros pensamientos, porque éstos, como la charla social, no nos tocan, no nos comprometen a nivel íntimo. Tememos más bien por nuestros sentimientos, los cuales según la experiencia nos enseña, suelen ser pisoteados. Sin embargo, ellos representan la expresión más genuina de nuestro ser. Es sólo en la moción de nuestra alma que somos auténticos, y esto siempre es el fruto y la elaboración de una experiencia íntima.

Cuando nos encontramos envueltos en una relación auténtica, donde se espera que uno dé rienda suelta a sus emociones más secretas, estamos condicionados por el pasado y por el temor de que se mofen de nuestra sensibilidad. Nos gustaría compartir nuestras verdades más profundas, pero tememos exhibirlas a un mundo diferente del nuestro. Entonces, es común vivenciar la soledad precisamente

porque anticipamos que el otro podría interpretar mal o no comprender las expresiones más personales de nuestro ser.

La verdadera comunicación es imposible no porque nos falten palabras, sino porque hemos construido una vida síquica con valores absolutamente individuales que no tienen puntos externos de referencia. Nosotros mismos constituimos el único referente, y por lo tanto, cada mensaje yerra el tiro. Los sentimientos pueden expresar la verdad, pero no siempre logramos decir lo que en realidad queremos decir, entonces, frecuentemente, optamos por falsos recursos. Es muy difícil, por ejemplo, revelar a la pareja un cambio en nuestros sentimientos. De hecho, es tan doloroso que generalmente preferimos permanecer solos y en silencio, y entonces nuestra vida entera contradice esa verdad interior inexpressada.

Estar involucrado con otra persona significa participar en su vida interior. Pero precisamente esta clase de experiencia en nuestros años formativos, quizás remota e incluso olvidada, ha dejado su huella. En subsiguientes experiencias emocionales, una especie de marca nos ha aterrado y enseñado de una vez por todas que la única salvación —exactamente como aquella primera vez— reside en adquirir autonomía psicológica.

Por eso es que valoramos tanto la independencia psicológica. Uno puede describirla de muchas maneras, pero su efecto siempre es el mismo: desapego emocional de las actitudes de los demás, acompañado de extrema sensibilidad por los propios sucesos internos. Así, se prescinde de la necesidad de aprobación y afecto desde el exterior. Uno se nutre a sí mismo.

Aquí no me estoy refiriendo a la árida condición que resulta cuando uno pierde empatía con los demás o con la existencia humana en su más amplio sentido. Más bien, es cuestión de adquirir un tipo de libertad que nos permita extraer, desde nuestros recursos internos, la fuerza que necesitamos para nuestro bienestar síquico, permane-

ciendo entre tanto disponibles para los demás. En una fase temprana de la vida, lo que nos contenta es la sonrisa de otro; en una etapa más madura, esa sonrisa aún puede hacernos felices, pero nuestra estructura mental y nuestra fuerza no dependen de ella.

Las escuelas de sabiduría discrepan sobre la senda a tomar, pero concuerdan en la meta final: sea que se le llame serenidad o indiferencia a los asuntos humanos, imperturbabilidad o insensibilidad al dolor, Ataraxia o Nirvana, el clímax del crecimiento humano siempre es visto como un estado de emancipación de las pasiones, deseos y necesidades no auténticas. Pero esta meta sólo se puede alcanzar pasando por el doloroso conocimiento de que nuestra esencia más profunda e individual, precisamente por su unicidad, es incomprensible para los otros.

En cada uno de nosotros hay necesidades que están en conflicto con los patrones tradicionales o colectivos, de modo que aquello que puede ser válido en general, no es necesariamente válido para algún individuo en particular. ¿Cómo sabemos esto? Sólo necesitamos preguntárnoslo a nosotros mismos. Entonces vemos de inmediato que lo que queremos y somos es con frecuencia muy diferente de los modelos que el mundo ofrece. En una relación, por ejemplo, podemos expresar una necesidad que parece extraña porque no tiene su contrapartida en la experiencia del otro. Ya que nuestra subjetividad es la fuente misma de la necesidad, eso debería ser suficiente para justificar nuestra petición. ¡Qué lástima!, pues rara vez lo es.

El aspecto más perturbador de esta condición es el sentimiento de no estar presente. Si estamos acostumbrados a considerar a los otros como testigos de nuestra existencia, existe el riesgo de que cuando ya no podamos contar con su testimonio, nos sintamos perdidos, temamos haber sido anulados. Sentimos esto cada vez que experimentamos la pérdida de un ser amado: se han cerrado los ojos cuya mirada me mantenía vivo, y ahora soy yo quien ha dejado de existir.

Así podemos llegar a otra conclusión: el sentimiento de soledad es en sí mismo un mensaje de una profunda necesidad, y el vivenciarlo intensa y dramáticamente, nos inspira a buscar lo que falta. Desde este punto de vista, la soledad misma se convierte en una oportunidad para conquistar nuevos horizontes que podrían estimular una capacidad de comunicación que faltaba en la situación anterior. Creo que esta capacidad está latente en cada uno de nosotros y puede ser realizada en la expresión artística. No se puede componer un poema cuando se está demasiado involucrado con la vida, pues la existencia exterior da demasiadas satisfacciones: no hay necesidad de hacer o decir nada original. No estoy diciendo que la situación ideal para la creación artística sea la privación, la frustración y la desesperación. Es cierto que una sensibilidad excepcional puede tornarnos más vulnerables, y por lo tanto, desdichados, e incluso puede hacer de uno un artista, pero éstos son dos efectos separados, y es un error considerar al primero como causante del último. Sin embargo, la experiencia de la soledad es un factor vital –necesario si no suficiente– para la expresión artística.

No hay palabras adecuadas para manifestar nuestro sentido de alienación, pero existe otra forma en que se nos puede permitir expresarlo. Si en nuestra vida temprana sabemos que somos amados, hay una buena posibilidad de que más tarde podamos experimentar la soledad como una oportunidad creativa. En este caso, creativo no sólo significa artístico, sino que también se refiere a la capacidad de dar a luz algo nuevo en nosotros mismos.

En la vida de casi todos hay un momento en que descubrimos nuestra unicidad. Este momento de despertar es de gran importancia psicológica. Al profundizar esta experiencia, aprendemos cuán preciosa es la vida de un ser humano individual. Debido a una serie de factores ambientales y hereditarios, cada criatura viviente tiene algunas características absolutamente inimitables. Por eso es que la vida del indivi-

duo debe defenderse a toda costa: en esa persona, y en ninguna otra, existe una cualidad única que puede producir insospechados e inimaginables frutos.

Los padres sensibles están conscientes de esto. Desgraciadamente, las necesidades y censuras de lo colectivo hacen un verdadero daño a la unicidad personal. Somos lanzados a un mundo de reglas y relaciones superficiales donde reina la nivelación psicológica, de aquí que debamos estar a la expectativa de alguna forma en la cual revelar los manantiales más profundos de nuestra individualidad.

La reacción creativa legitima el sentido de soledad predicho en nuestros momentos más tempranos. En la infancia, tal experiencia es doblemente dolorosa, porque la capacidad de vivenciar la soledad no va acompañada de la capacidad de comunicarse con otro. En estos momentos comprendemos algunas verdades importantes. Por ejemplo, estar desligados de los demás es estar privados de su ayuda para comunicarnos. Aquí es cuando, como sugiere Jung, creamos una vida secreta. En *Memories, Dreams, Reflections*³, él habla de la importancia de tener un secreto, pues éste enriquece más al individuo y lo hace más atento al mundo de los sentimientos interiores. En tanto la comunicación verbal se asocia con Logos, el mundo del secreto (y por ende, del silencio) está ligado a Eros, el mundo de las emociones.

El sentimiento de soledad es una de las características esenciales de la condición humana, algo que nos empuja hacia nuevas conquistas. Los productos que surgen de la experiencia de aislamiento se convierten en herramientas para demoler las formas constrictivas de nuestra existencia. Por lo tanto, la actividad creativa se puede interpretar como un nuevo paradigma, nacido de las contradicciones mismas de la vida.

En el proceso de desarrollo, el individuo necesita mensajes inequí-

3 Nueva York: Pantheon Books, 1961, p. 342 (*Recuerdos, sueños y pensamientos* [Barcelona: Seix Barral, 1986]).

vocos; de hecho, antes de alcanzar la madurez, no poseemos categorías para comprender la ambivalencia de la vida. La vida se presenta en opuestos polares, pero cuando niños no podemos tolerar la ambigüedad. Según las teorías de Melanie Klein, esto se nos hace patente a la más tierna edad, durante el período del amamantamiento, cuando el niño experimenta alternadamente satisfacción y frustración. Así, desde el principio mismo, estamos sujetos a dolorosas contradicciones.

La ambigüedad tiene un efecto desestabilizador. Es como estar parados frente a una señal caminera que indica derecha e izquierda como direcciones hacia un mismo lugar. También la vida, cuando realmente la vivimos, nos presenta situaciones similares, creando preocupación y conflicto. Los individuos pueden responder de varias maneras a las situaciones conflictivas. La mayoría opta por una de las dos alternativas disponibles, negando la otra y así apartándose del conflicto, pero dañando de este modo sus propias ideas y sentimientos. Muy pocos tienen el valor o la fortaleza para soportar la tensión entre los opuestos hasta que aparezca un punto de vista completamente nuevo. En efecto, la mayoría de las personas tienen miedo de la crisis resultante si reconocen que puede haber una alternativa igualmente válida para resolver un problema específico.

Pensemos en los conflictos religiosos. A fin de establecerse, una idea religiosa debe negar la validez de todas las demás. Las más peligrosas son las creencias monoteístas, porque éstas, por definición, reconocen un solo Dios. Cuanto más inequívocas sean las ideas abrazadas, más crece la intolerancia. La solución sería admitir que el mismo objetivo se puede alcanzar desde diferentes direcciones. Sólo quienes puedan tolerar la existencia de varias posibilidades, sin defender fanáticamente ninguna, se desarrollarán en forma creativa. Esto es porque, al reconocer verdades contradictorias, uno tiene que crear un equilibrio interior para evitar ser partido en dos.

Una persona solitaria que ha penetrado hasta el fondo de ciertas realidades, inspira temor. El o ella se convierte en intérprete de algo muy profundo que se opone a las superficialidades colectivas. La verdad profunda siempre es contradictoria, tal como un gran amor siempre es ambivalente. La pasión nos hace capaces de dar nuestra vida por el otro, pero también de quitarle la vida al ser amado. No existen dos maneras al respecto: cuando no hay conflicto, tampoco hay amor.

Por lo tanto, es precisamente en la experiencia de soledad que el proceso creativo echa raíces. La desesperación interior se convierte en un estímulo para comprender el significado de lo que nos está sucediendo. La persona creativa ha aprendido que no existen absolutos, ni puntos estables de referencia: todo puede ser bueno y malo al mismo tiempo. Este conocimiento hace imposible comunicarse con aquellos para quienes todavía existe una clara diferencia entre lo bueno y lo malo, entre la verdad y el engaño.

De hecho, en este punto estamos funcionando en dos niveles completamente diferentes. Aquél que los demás nos indican que no corresponde a nuestras percepciones interiores, y así, para seguir viviendo, estamos obligados a encontrar alimento y apoyo dentro de nosotros mismos.

*—También hay joyas escondidas,
lejos de palas y azadones,
en las tinieblas y rincones.*

*También hay flores cohibidas
que en las profundas soledades
abren sus dulces claridades.*

BAUDELAIRE, de "La mala suerte".

Despierto y siento lo siniestro de la noche, no es el día.
¡Qué horas!, ¡oh, qué negras horas hemos pasado
Esta noche! ¡Qué cosas viste, corazón!: ¡qué caminos recorriste!
Y debes recorrer aún más, mientras se demora en llegar el día.

Hablo de esto con testigos. Pero donde digo
Horas quiero decir años, quiero decir vida. Y mi lamento
Son continuos llantos, gritos como cartas muertas enviadas
A él, el más querido que, ¡ay!, vive lejos.

Soy bilis, soy acidez. El más hondo decreto de Dios
Quiere que saboree lo amargo: mi sabor era yo;
Huesos en mí formados, cubiertos de carne, la sangre desbordando
maldiciones.

La levadura del espíritu puede avinagrar un pan. Veo que
Así son los perdidos, y su azote debe ser
Como yo soy el mío, sus propios y sudorosos seres; pero peores.

GERARD MANLEY HOPKINS (versión libre).

CAPÍTULO 11

Sufrimiento y
humillación

¿Por qué causamos tan a menudo sufrimientos al otro? Es legítimo preguntar si existe el mal, y no debería asustarnos admitir que, con frecuencia, nos encontramos con la maldad. Los artistas han comprendido bien que el mal no sólo está presente en el mundo, sino que a menudo triunfa. Así escribe Shakespeare: “Todos los hombres son malos y reinan en su maldad”¹.

En general estamos bastante dispuestos a aceptar cualquier acto de la naturaleza, por terrible que sea. Lo realmente difícil de aceptar es lo que nos hace la gente. Sobre todo sufrimos cuando abusan de nosotros, nos mal interpretan o humillan. Generalmente, los demás nos perciben en una forma que ignora el grueso de nuestro mundo interior. Metafóricamente podríamos decir que una persona mala está cegada por la luz, pero, como un animal nocturno, logra ver muy bien en la oscuridad, en esa oscuridad específica que parece abarcar todo nuestro ser. Cuando somos vistos en esta forma parcial, corremos el riesgo de no volver a sentirnos completos, porque nos transformamos en objetos incompletos para nosotros mismos.

Para llegar a controlar, la maldad debe primero fragmentarnos y debilitarnos; jamás ataca a nuestras tropas en pleno, sino que primero busca dispersarlas, concentrándose deliberadamente en un solo aspec-

1 Soneto 121.

to. Nuestra defensa consiste en poner continua atención a nosotros mismos y no hacernos cómplices de este proceso de fragmentación.

Debemos admitir que el mundo exterior, lo colectivo, es muy hábil para reconocer nuestro punto débil, nuestro lado de sombra. Esa es el área más cuestionable de la personalidad, pero también la más interesante y vital. En cualquier relación humana que involucre conflicto, siempre es la sombra la que resulta atacada, nuestro aspecto menos defendible.

Cuando sucede esto, hay dos maneras de defendernos. En primer lugar, debemos constatar si lo que es atacado existe realmente en nosotros y no es una invención del otro. En segundo lugar, debemos reconocer que se requiere una actitud específica de nuestra parte. De hecho, es esencial no aceptar pasivamente los ataques de los demás, sino defendernos en forma activa.

Un poco diferente, pero psicológicamente no menos importante, es el asunto de la actitud que uno toma hacia sí mismo. En un nivel objetivo, ser atacados en nuestro punto débil puede requerir una actitud agresiva y defensiva, pero con respecto a nuestro ser interior, demanda un diálogo y reconciliación con ese aspecto negativo que se ha convertido en el blanco, pues la fuente de nuestra vitalidad es precisamente esta parte oculta.

Cuanto más alto un árbol, más profundas sus raíces. Asimismo, la grandeza de un individuo es proporcional a las profundidades de sus raíces. Cuanto más límpida, buena y perfecta externamente sea una persona, más diabólica es la raíz. Esta es una ley psicológica que siempre debemos recordar. Una persona es santa en tanto confronte continuamente la posibilidad de ser un demonio.

Si no conocemos nuestras profundidades interiores, nos exponemos al riesgo de identificarnos con la oscuridad que se nos atribuye. El atacante no está mintiendo, porque desde afuera es fácil percibir el

aspecto más débil e indefenso del otro. Pero es un error pensar que un solo rasgo representa todo nuestro modo de ser, dándonos una imagen exclusivamente negativa. En lugar de sentirnos como un árbol en su totalidad, con ramas y follaje, nos sentimos como si fuéramos sólo una raíz podrida. El peor error psicológico es precisamente considerar la parte como el todo –identificarnos con nuestra sombra.

Cuando una persona ha enfocado un reflector sobre una sola faceta de nuestra personalidad y logrado hacernos aparecer como un monstruo, nos sentimos intensamente mal interpretados. Esto no es del todo malo, pues nos obliga a aislarnos y nos dirige hacia nuestra tarea esencial: el autoconocimiento. Este es un proceso que dura toda la vida; nuestros logros nunca son definitivos, sino que siempre deben ser renovados.

En mitos y fábulas con el tema del viaje del héroe, siempre es el hijo más débil, el tontito, quien deja el hogar paterno y vivencia la soledad. Sólo en la verdad de nuestro mundo interior podemos aprender que el rasgo que otros han identificado como defecto, es en realidad indispensable para nuestra individualidad.

Pero es precisamente aquí que enfrentamos grandes peligros. Este es el momento en que uno es crucificado o declarado loco. El motivo arquetípico de la crucifixión muestra que quienes aceptan su maldad como parte integral de sí mismos son inconvenientes para lo colectivo, porque el lado oscuro siempre va contra las leyes morales de la época. Quienquiera que las rompa, debe ser neutralizado. La historia del pensamiento humano está sembrada de vidas que han terminado en la hoguera, en la cruz o en un asilo para dementes.

También enfrentamos esta amenaza cuando nuestro particular genio es obvio para los demás. Tener genio generalmente significa tener la capacidad para ver las cosas mucho antes que los demás y desde un punto de vista completamente nuevo. Los grandes descubri-

mientos son fruto del pensamiento; la mente siempre es superior a los hechos concretos, porque puede intuir nuevas posibilidades y formas de existencia. Pensemos en el sol que parece moverse ante nuestros ojos: fue el genio el que reconoció que ésta es una percepción colectiva inexacta.

Muy a menudo la maldad tiene carácter colectivo, por esto, jamás debemos perder de vista nuestra unicidad individual. Esta es la verdad más importante de comprender: no ha existido ni existirá jamás otra persona como yo; ¿por qué, entonces, sofocar esta individualidad única con valores colectivos?

Para comprender las múltiples realidades del ser, uno debe tener un tipo de valor especial. Quienquiera que desafíe las reglas expresando sus propias ideas, no sólo exhibe una luz interior sino también la sombra. Debemos ser bastante audaces para vivir conscientemente nuestro lado de sombra, de lo contrario, pecamos real y verdaderamente contra nosotros mismos –un pecado que jamás puede ser perdonado. Esta es la interrogante básica que debemos plantearnos al confeccionar el balance de nuestra vida: “¿Viví como realmente era?”. Si no puedo contestar sí, no he vivido de verdad.

Nuestros mayores logros son con frecuencia los que comienzan asustándonos. Goethe nos dice que Mefistófeles representa “un poder que sólo quisiera hacer el mal, pero engendra el bien”². Es como si Mefistófeles se cruzara en nuestro camino yuviéramos que enfrentarlo. Este es el tipo de valor que genera una serie de ataques envidiosos por parte de los demás.

Otro peligro en tales situaciones es que estamos atenazados por la culpa. Es como si nos sintiéramos culpables por haber triunfado donde otros fracasaron; es esa vaga sensación que tenemos cuando

2 *Faust* (Londres: Penguin, 1986), p. 75 (*Fausto* [Madrid: Aguilar, 1988]).

nos enfrentamos con nuestra capacidad de autorrealización comparada con quienes han hecho un alto.

El sentimiento de culpabilidad que surge en nosotros cuando adquirimos independencia, proviene de nuestras experiencias infantiles. Todos tratamos de emanciparnos del vínculo absoluto e indiferenciado con las figuras parentales. Tratamos de abandonar este estado satelital original para convertirnos en el centro de atracción de una nueva constelación. Esto no es tarea fácil, porque no es nada sencillo renunciar a la protección de los padres. Por esto es que incluso como adultos, muchos de nosotros seguimos necesitando la aprobación de los demás.

Los primeros pasos hacia la independencia siempre son observados con justificada aprensión. En el mundo de la naturaleza, una autonomía demasiado precoz puede conducir a la muerte, y en el ámbito humano con frecuencia nos desorienta y crea confusión. Por esto es que la autosuficiencia de los niños siempre se mantiene limitada, y por esto es que, a nivel interpersonal, se crea una red de regulaciones que controla y también protege la vida del individuo.

El sentido de culpa a menudo es activado por lo que Heidegger llama “charla ociosa”³, una forma común de evaluar a los demás sin usar la cabeza. La charla ociosa no se basa en la experiencia personal, sino en juicios a priori y en la opinión colectiva. Ella elimina la necesidad de una evaluación personal. A nivel psicológico, la charla ociosa no puede apreciar a una persona como alguien cuya experiencia es única. Al contrario, prejuzga según lo que uno debería ser, y encuentra al otro deficiente.

El desarrollo psicológico requiere la diferenciación de uno mismo de los estereotipos colectivos. Uno no puede reconocerse en una

3 *Being and Time* (Londres: Basil Blackwell, 1988), p. 211 (*Ser y tiempo* [México: F.C.E., 1971]).

generalización. De hecho, se debe desechar cualquier idea o regla que no pueda ser verificada a nivel individual. Aquí podemos identificar el verdadero problema en nuestras relaciones con los demás: éstas siempre están constreñidas por las necesidades de lo colectivo. Por supuesto, de vez en cuando todos quedamos atrapados en valores externos, repitiendo reglas como loros, antes que pensar por nosotros mismos. Si nos observamos en el transcurso de un día, nos damos cuenta de cuán a menudo, incluso en forma involuntaria, expresamos juicios que no son verdaderamente fruto de la reflexión personal.

¿Qué es lo que nos impulsa a juzgar a los demás no según su esencia sino por prejuicios colectivos? No puede ser simple distracción. Existe una necesidad más profunda, la necesidad de proyectar en el otro un juicio que no podemos aceptar para nosotros mismos. Sólo viéndolos a distancia podemos enfrentar ciertos aspectos diabólicos nuestros. Si no confrontamos nuestra sombra, siempre tenderemos a proyectar sus características. Es más fácil ver al demonio en los demás que en uno mismo.

Muchos pertenecemos a una tradición religiosa donde la vida misma es la expiación de una culpa atávica, y las raíces de nuestro sufrimiento personal con frecuencia nacen de estas creencias. Pareciera que el destino de cada cual recrea el destino del más bello ángel de Dios. Lucifer, “el portador de la luz”, fue condenado a la oscuridad. Su luz ya no es visible. Por atrevernos a ser auténticos, los demás nos arrojan al mismo rol –de portadores de la luz, nos convertimos en portadores de la oscuridad. Así, el enemigo nos opaca.

En efecto, el relacionarnos con el mundo saca a relucir nuestros peores aspectos. Tan pronto como se nos rotula en forma negativa, nos tornamos negativos. Nuestras acciones adquieren un carácter oscuro. A lo largo de los años construimos un modelo cuya verdad descansa en la imaginación de los demás y no en nuestra verdadera

experiencia. Aunque los tiempos han cambiado desde Lucifer, no es inapropiado, incluso hoy en día, hablar de persecución. Se dice que una persona que se siente continuamente perseguida, es paranoica, pero este sentimiento con frecuencia tiene su base en la realidad.

La oposición entre discriminación y aceptación ciega, entre individual y colectivo, ha existido siempre. La historia muestra que lo que hoy parece ser blasfemia y sacrilegio, mañana puede convertirse en una fe. ¿Pero quién es capaz de cometer un completo sacrilegio? ¿Y quién es capaz de abrazar totalmente una fe?

Aquí llegamos al tema de la humillación. En la sutil y páfida dinámica de las relaciones humanas, existe una perversa ley psicológica cuyos orígenes están en el sentimiento de inferioridad que todos tenemos. Luchamos contra él y tratamos de superarlo estando activos. Pero, desgraciadamente, muchos piensan que la única manera de sentirse superior es menospreciando a los demás.

En la novela de Hawthorne *La letra escarlata*, en el siglo XVII en Norteamérica, una joven comete adulterio y como resultado da a luz una niña. Ambas son expuestas al público en una plataforma, frente a toda la comunidad, mientras el pastor castiga a la adúltera. Ella es separada de la comunidad y obligada a vivir con su hija en una casa al margen de la sociedad, sobreviviendo con lo que la gente quiera pagarle por sus bordados. Y como recordatorio perenne de su falta, debe llevar sobre el pecho una gran letra A de color escarlata. Pero la fuerza psicológica de la situación reside en el hecho de que el pastor que la condenó y humilló con tal violencia fue en efecto el amante que procreó a su hija. Así, al humillar a otro estamos en realidad destacando algo que compartimos con nuestra víctima.

Humillar implica resaltar algo de lo cual uno se avergüenza. Esto se puede hacer por razones plausibles, pero el verdadero objetivo es la destrucción moral del individuo. Quienes acostumbran humillar a los

demás, sólo ven sus aspectos mezquinos y mediocres. Pero ellos mismos son los verdaderamente mediocres, porque no pueden percibir los mayores valores que allí podrían existir.

Si en realidad es necesario hacer un juicio negativo, se debería hacer por lo que realmente somos y no por lo que debiéramos ser. Pero la gente mediocre siempre está esperando atacarnos precisamente en este momento, en un nivel donde no deseamos o no podemos expresarnos. Rilke describe un intento más noble:

Desde niño creo haber orado por mi problema solamente, que se me concediera lo mío y no por error lo del carpintero, del cochero o del soldado, porque quiero ser capaz de reconocermé en mi problema⁴.

Quienes nos humillan, atacan nuestra dignidad. Por más que conozcamos nuestros defectos, tendemos a presentar ante los demás una imagen ideal, un personaje. Pero cuando somos humillados, se nos priva de la máscara que cubre nuestros aspectos vergonzosos. Así, la humillación hace aparecer el problema de la sombra. Todo lo que rechazamos o reprimimos en nosotros mismos, es revelado y juzgado.

Ser desnudado, literal o metafóricamente, siempre es humillante. Hay partes de nuestro cuerpo que no exhibimos a los demás por temor a ser juzgados. Asimismo, cuando alguien descubre nuestros más íntimos secretos, nos sentimos impotentes. Estamos a merced de cualquiera que pueda penetrar con una cruel e indiscreta mirada los más ocultos y dolorosos rincones de nuestra alma.

Edith Jacobson ha descrito el efecto del humillante trato dado a los prisioneros políticos en la Alemania nazi:

4 *Letters to a Young Poet* (Nueva York: Vintage Books, 1986), p. 77 (*Cartas a un joven poeta* [Buenos Aires: Siglo Veinte]).

Los prisioneros despertaban en la noche, sintiendo que sus extremidades o su rostro no les pertenecían. Angustiados tocaban las partes enajenadas de su cuerpo, tratando de recuperar el sentido de integridad de su ser corporal. Durante el día eran súbitamente abrumados por aterradoras experiencias de auto-enajenación síquica; con sentimientos de estar fuera de sí mismos y de verse pensar, hablar o actuar como si fueran otra persona, y cosas por el estilo⁵.

Esta es la consecuencia maligna de la humillación: alienación de uno mismo, donde a la víctima, estando consciente de ello, se le hace sentir disminuida.

Las humillaciones son frecuentes en la niñez y a menudo defendidas como una forma legítima de crianza. Generaciones completas han sido criadas a la sombra del prejuicio de que la humillación es necesaria para hacer un adulto maduro. Ingmar Bergman se ha expresado sobre el trato degradante que sufrió en su infancia. Su vida hogareña tuvo un final dramático cuando golpeó a su padre y abofeteó a su madre. El tema de la humillación impregna su obra. En el filme *Pasión*, el personaje principal habla de humillaciones pasadas como heridas aún abiertas. En *Fanny y Alexander* hay una escena donde el pastor golpea al niño frente a toda la familia.

Un amigo mío me cuenta de su pueblo natal (un pequeño lugar en Sicilia) donde cierto niño, cada vez que hacía algo malo, era desnudado por su madre y amarrado a una silla puesta en la calle. Los adultos que pasaban, hacían chistes sobre su pequeño pene. Hoy este niño es un criminal que ha estado varias veces en prisión. En *La balada de Stroszek*, de Werner Herzog, el héroe cuenta de su niñez en un orfeli-

5 *Depression* (Depresión) (Nueva York: International Universities Press, 1971), p. 143.

nato durante el período nazi. Cuando se orinaba en la cama, lo obligaban a sostener la sábana extendida hasta que se secara. Bergman dice que, por la misma falta, lo obligaban a ponerse una falda roja.

Durante largo tiempo la humillación fue considerada un valioso método de enseñanza. Distinguidos profesores universitarios desalentaban e insultaban a sus alumnos frente a toda la clase. Un famoso periodista cuenta que durante su aprendizaje en un importante diario, el jefe de editores lo llamaba para decirle que había escrito una pésima crónica. No le explicaba qué tenía de malo, sino que sencillamente la hacía pedazos en su cara, frente a otros editores, y lanzaba los trozos al aire.

Los regímenes autoritarios usan una forma oficial de humillación que es perversa y cruda. Los fascistas italianos daban grandes dosis de aceite de castor a sus adversarios y luego los llevaban en camiones, tropezando y resbalando en sus propios excrementos.

En los manicomios, prisiones y cuarteles militares, la humillación es un componente importante de la estructura represiva. Pensemos en las degradantes inspecciones a que se somete a una persona que entra a la cárcel. En Italia hasta los juicios en la corte tienen un aspecto humillante: el acusado es expuesto en una caseta de vidrio como un animal en una jaula. En el pasado, a los soldados se les infligía un castigo corporal frente a todas las tropas, especialmente reunidas para la ocasión. En fecha reciente, los diarios han informado de casos de suicidio entre jóvenes reclutas que eran obligados por los soldados regulares a lamer el suelo de los baños o los zapatos de sus compañeros.

La humillación a menudo es ilustrada en las películas. En el filme de Stanley Kubrick *La naranja mecánica*, el héroe, un violento y joven criminal, a la larga es descondicionado. Los psiquiatras demuestran orgullosos los resultados haciendo que el muchacho lama sus zapatos.

En *Reto al destino*, un grupo de reclutas es continuamente provocado por su sargento. Finalmente, uno de ellos se ahorca. En *La chaqueta metálica*, el humillado recluta se rebela contra su sargento, lo mata y después se suicida.

Bajo el cristianismo, la humillación se convierte en una especie de victoria de los débiles. “El que se humilla será ensalzado”, “Bienaventurados los mansos y los pobres de espíritu, porque de ellos será el Reino de los Cielos”. La humillación de la carne es una práctica católica, visible en los diversos cilicios usados por santos y monjes.

En el fondo, la humillación es un instrumento de poder. Si alguien representa un peligro, hay dos modos de neutralizar la amenaza: eliminación física o humillación. Si destruyes a una persona humillándola, la tienes bajo tu férula. Habiendo perdido su dignidad humana, la víctima ya no puede dañarte.

Pero también debemos considerar un efecto más sutil: cuanto más se humille a una persona, más van desapareciendo gradualmente los sentimientos de culpa en quien humilla. Así respondió Franz Stangl, comandante del campo de exterminio de Treblinka, cuando se le preguntó la razón de todas las humillaciones y torturas infligidas a quienes estaban destinados a morir: “Para condicionar a quienes estaban directamente encargados de llevar a cabo nuestra operación... Para que pudieran hacer lo que estaban haciendo”.

Tú mi alma entera has invadido
Como un siniestro vendaval;
Tú en mis entrañas te has metido
Como la hoja de un puñal.

Tú de mi espíritu humillado
Has hecho tu cubil de hiena
Infame, a la que estoy ligado
Como el forzado a su cadena.

Como a su juego el jugador,
Como el borracho a su botella,
Como el cadáver al roedor:
¡Dios te maldiga, siempre bella!

Pedí al puñal mi libertad
Dando con él sobre tu seno;
Pedí sus filtros al veneno
Para ayudar a mi voluntad.

Pero ¡ay! los dos han respondido
Con su desdén a mi inquietud:
"¡Tú no has de verte redimido
De tu maldita esclavitud!

¡Loco...! si un día la veías
A tus pies muerta y sin respiro,
Con besos resucitarías
Aquel cadáver de vampiro".

BAUDELAIRE, "El vampiro".

Quienes tienen poder para herir mas no lo hacen.
Ni hacen lo que más demuestran.
Quienes, conmoviendo a otros, son ellos mismos como piedra.
Inconmovibles, fríos y a la tentación reacios:
Las gracias del cielo lícitamente heredaron
Y cuidan del derroche las riquezas del campo.
Ellos son amos y dueños de sus rostros.
Y los demás, mayordomos de su alteza.
La flor de estío es al verano dulce,
Aunque sólo para sí misma viva y muera.
Pero si a esa flor la atacan viles plagas.
La más humilde hierba su grandeza apaga.
Pues las cosas más dulces por sus actos se hacen más amargas:
Los lirios al podrirse hieden mucho más que la maleza.

SHAKESPEARE, *Soneto 94* (versión libre).

CAPÍTULO 12

El deseo de poder

La búsqueda de éxito generalmente es motivada por el espectro del fracaso. No creo que exista gente que no esté poseída por este fantasma, en especial durante la adolescencia, cuando la inseguridad es particularmente intensa. Si un individuo no puede tolerar la idea de la derrota, su vida adopta la forma de una incesante batalla para negarla y exorcizarla. Esto crea una fuerte enemistad implícita entre las personas. Es el origen de gran parte del sufrimiento humano y lo encontramos en todas partes.

Debemos distinguir entre la necesidad de dominar y el uso del poder para una meta común. Es posible asumir temporalmente el poder por el bien público, como lo hizo el romano Cincinato cuando fue llamado a la batalla. El ejerció un poder limitado, para un propósito específico, y luego retornó a su vida normal. En la dominación, en cambio, tenemos el poder por amor al poder, el deseo de supremacía sobre los demás.

Cuando se habla de dominar a otros, debemos pensar no sólo en los ejemplos a gran escala como las dictaduras, sino en algo que todos vivenciamos. De hecho, el más común e insidioso ejercicio del poder se produce entre individuos. En las relaciones amorosas se expresa en el intento de bloquear el desarrollo del otro.

Una de las raíces primarias de la necesidad de ejercer el poder es el sentido inconsciente de nuestra incapacidad para alcanzar la autorrealización. Nace de un sentimiento de impotencia frente a la vida.

Claramente, ésta no es una característica del individuo creativo, quien se siente arrastrado por una corriente de vida que tiene las dimensiones vitales de la eternidad. Tal persona no se siente limitada; lo que él o ella hace y piensa va más allá de los confines dentro de los cuales los simples sobrevivientes están obligados a existir. En contraste, la persona que busca dominar está amarrada al asunto de la supervivencia personal.

El impulso de dominación no sólo tiende al control absoluto, sino que tampoco puede tolerar la creatividad de los demás. Esto lo vemos operando a mayor escala en las dictaduras, donde siempre las artes son atacadas y los individuos con mayor originalidad obligados a emigrar. Así, la persona creativa es el enemigo natural del poder.

A la inversa, debemos comprender que cuando expresamos un punto de vista original, es seguro que nos atraeremos enemigos. Para aquellos cuya necesidad es dominar, el acto creativo es una seria amenaza, pues representa la posibilidad de vivir antes que simplemente sobrevivir. Los que mandan, los que tienen en sus manos los destinos de otros, se ven continuamente enfrentados con gestos que denuncian su incapacidad y esterilidad. Entonces, cada actitud que sea un recordatorio de posibilidades más amplias, es considerada una ofensa.

El acto de dominación, tanto porque es concebido por una incapacidad creativa como porque impulsa a reprimir la originalidad de los demás, se relaciona estrechamente con el temor a la muerte. Los seres humanos pueden tener muchas pasiones –la aventura, la investigación, el amor–, pero sólo el ansia de poder exige la subyugación de los demás. Como dice Canetti de alguien que tiene poder de vida y muerte sobre otros:

Cada ejecución de la cual él es responsable, le da cierta fuerza: la fortaleza del sobreviviente. Sus víctimas no tienen necesariamente que haber formado filas contra él –pero podrían haberlo hecho. Su

ansiedad los transforma —quizás sólo después— en enemigos que han peleado en su contra. El los ha condenado. Ellos han sido ejecutados. El los ha sobrevivido¹.

De hecho, las acciones de tal persona apuntan a anular el tipo de vida que pudiese testimoniar su propia condición de muerto. Solzhenitsyn habla de Stalin exactamente en estos términos. Stalin creía que una persona sólo podía permanecer fiel por un tiempo limitado, tras el cual él o ella debía ser eliminado:

En casos de este tipo, su primer pensamiento era: ¿por cuánto tiempo será posible confiar en este hombre? Y el segundo pensamiento: ¿no ha llegado ya el momento de sacrificarlo?... Su concepto del mundo era la falta de fe en las personas².

Por otra parte, la creatividad lucha contra la muerte, no necesita encadenar a los demás, no desea cadáveres ni esclavos. La diferencia entre aquellos impulsados por el poder y los que viven creativamente, es que los primeros requieren la muerte de los otros como prueba de su fuerza, mientras que los últimos se pueden relacionar con los demás porque viven en forma autónoma.

Cuando nos topamos con una personalidad artística, de inmediato notamos la carga positiva, tal como sentimos una atmósfera negativa en torno a quienes ejercen el poder. La creatividad significa vitalidad no sólo para quienes son productivos, sino también para los que se benefician de manera indirecta. En un párrafo muy significativo, Jung dice:

- 1 E. Canetti, *Crowds and Power* (Londres: Penguin, 1987), pp. 272-273 (*Masa y poder* [Madrid: Alianza, 1983]).
- 2 A. Solzhenitsyn, *Il primo cerchio* (El primer círculo) (Milán: Mondadori, 1974), pp. 146-147.

Si en realidad no hubiera nada detrás [de nuestras acciones] sino los patrones de valor colectivos por un lado y los instintos naturales por el otro, cada atropello a la moralidad sería sencillamente una rebelión del instinto. En ese caso, las innovaciones valiosas e importantes serían imposibles, pues los instintos son el elemento más antiguo y conservador, tanto en los hombres como en las bestias. Tal punto de vista olvida el instinto creativo que, aunque pueda comportarse como instinto, rara vez se encuentra en la naturaleza y está confinado casi exclusivamente al *Homo sapiens*³.

Jean-Jacques Rousseau observaba que el hombre nace libre pero en todas partes vive encadenado. El se refería a las cadenas sociales, pero lo mismo es válido cuando se llega a los lazos de tipo psicológico. Una cadena psicológica que nos amarra es la creencia, aunque por lo general inconsciente, de que sólo manipulando a los demás podemos existir. En tal situación no hay posibilidad de diálogo; y sólo a través del diálogo puede surgir la verdad. Sin diálogo, uno se identifica con un ideal; siente que tiene el derecho y el deber de moldear al otro.

A veces los amantes dicen: “Tú me necesitas; no eres nada sin mí”. Esta actitud no puede conducir a un diálogo Yo-Tú. Este es el fundamento esencial de aquellas relaciones en que se considera al otro como de nuestra exclusiva creación. Se le podría llamar el complejo de Pigmalión, y es más común de lo que uno pueda imaginar. Comentarios como “Eres exactamente lo que siempre quise”, pueden parecer expresiones de amor, pero en realidad están dictados por un profundo deseo de moldear al otro, de tomar su destino en nuestras manos.

La idea de poder está estrechamente ligada a la idea de Dios. Nuestra propia imagen se diviniza; perdemos la perspectiva crítica de

3 “Transformation Symbolism in the Mass” (Simbolismo de transformación en la masa), *Psychology and Religion* (Sicología y religión), CW 11, pág. 390n.

nosotros mismos y nos sentimos omnipotentes. Esta es una forma de inflación sumamente destructiva. No constituye en sí misma una condición patológica, porque a veces, especialmente en momentos de peligro, puede ser útil sentir grandeza. Pero una vez que se produce una identificación con la omnipotencia, sólo falta un corto trecho para la cruel dominación de otros.

En el fondo, el deseo de poder nace de la necesidad de superar una profunda inseguridad respecto a uno mismo y revela un temor a la vida. Este temor a menudo se debe a privaciones experimentadas en la niñez temprana. La confianza en uno mismo es producto de una serie de introyecciones que nos guían y apoyan en situaciones difíciles, y nos dan la sensación de que alguien está velando por nosotros. Lo que realmente cuenta aquí es la interiorización de la imagen. No hay necesidad de reafirmación externa, porque uno ha creado un poderoso mundo interior del cual uno saca la fuerza para seguir viviendo.

Es el mismo mecanismo psicológico que sustenta a un atleta durante una competición, o a un actor en el escenario. Uno se siente protegido como por un ángel de la guarda.

Este sentimiento de no estar solo es fundamental para los seres humanos. Quienquiera que esté en la dichosa situación de poder decir "Dios está conmigo", nunca se siente impotente o inferior, nunca se siente inadecuado para las situaciones de la vida, nunca tiene la necesidad de ejercer el poder. Por supuesto, los realmente peligrosos son aquellos que pronuncian esas palabras pero no las creen. Aquellos que sí ejercen el poder son los que buscan externamente algo que no encuentran en su interior: confianza, autoconfirmación y realización. Asimismo, quienes se embarcan en una interminable serie de relaciones amorosas, están buscando la confirmación externa de sus capacidades.

El anhelo de poder puede ser en verdad diabólico. Quienquiera que esgrima poder, ofrece seguridad a mucha gente que se siente en

realidad desamparada e insegura. Esto es lo que alimenta a los demagogos. Pero los que asumen el control de sus semejantes y los que se someten, están motivados por el mismo requerimiento: liberarse de una condición de necesidad interior.

Esta es la matriz común de las religiones institucionalizadas y de los estados autoritarios. Europa pasó por el momento más terrible de su historia en virtud de un preciso mandato confiado a dos hombres que parecían encarnar la función de liderazgo: Hitler y Mussolini. Estos hombres no se tomaron el poder a la fuerza, sino que llegaron a él legalmente, puesto que aparecieron en el momento preciso para responder a profundas necesidades⁴. En vez de encontrar una solución racional, crítica y dialéctica a sus problemas, apelaron a los dos dictadores y a su sentido de omnipotencia para erradicar las condiciones represivas.

Deberíamos comprender que no sólo es imposible liberarse de una condición de necesidad, sino que ni siquiera es deseable. Nuestras necesidades, por urgentes y penosas que sean, son el estímulo para entendernos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea. Cualquier realización que tengamos la suerte de alcanzar, nos impele hacia niveles más altos de gratificación. La necesidad de comer, beber y hacer el amor, por ejemplo, nunca se agota, porque después de satisfacer biológicamente estas necesidades, buscamos nuevos niveles de satisfacción. El demagogo que promete liberar a las personas de la necesidades y del conflicto —una promesa implícita y no cumplida en nuestra relación con la madre— sólo ofrece una ilusión a quienes anhelan seguridad.

Es mediante esta ilusión que el poder es capaz de cautivar. Hitler les dijo a los alemanes que eran una raza maestra y prometió crear para ellos un imperio duradero. La nación que vio nacer a gigantes de

4 Véase Hans Kohut, *Self-Psychology and the Humanities* (La autopsicología y las humanidades) (Nueva York: W.W. Norton & Co., 1978), p. 71.

la talla de Goethe y Schiller, creyó en estas palabras durante diez años —palabras que sólo podían satisfacer necesidades extremadamente primitivas. En el filme de Leni Riefenstahl *The Triumph of the Will* (El triunfo de la voluntad), Hitler dice a la juventud alemana: “Haré de vosotros hombres que no teman a la muerte”.

Los demagogos nos engañan. Frente a los problemas existenciales, sólo una actitud es posible, aquella que nos permite crear continuamente nuestra propia vida. Liberarnos de la necesidad, aun de manera ilusoria, significaría salirnos de la historia y volver a un paraíso terrenal donde todo es perfecto sin nuestra intervención. Esta búsqueda del Edén es tan intensa que a través de todo el siglo XIX, cuando se efectuaron las grandes exploraciones geográficas, los países tropicales fueron considerados como los últimos paraísos verdaderos, donde la naturaleza daba todo en forma espontánea.

En realidad sólo somos libres cuando aceptamos la posibilidad de permanecer siempre insatisfechos. A fin de sentirnos vivos, de escapar de la futilidad y la muerte, el hombre debe crear con obras y con ideas. El poder nos libera de la necesidad, pero así nos conduce a la muerte, porque la falta de deseo es muerte. El individuo verdaderamente vivo es el que crea y lucha contra el embrujo de la nada. Quienes han enfrentado y vencido la desesperación, pueden tratar de dar a los demás el beneficio de su experiencia. Pero es inútil engañarnos a nosotros mismos; cada uno debe recorrer este camino.

En nuestra cultura no se escatiman esfuerzos para evitar el conflicto y eliminar el dolor. Las estructuras sociales están orientadas a evitar el sufrimiento, la angustia y el vacío. Y no obstante, la pérdida y el fracaso son partes integrales de la vida. Los jóvenes tienden a imaginar la vida como una serie de victorias: cada conquista garantiza la siguiente y el futuro es promisorio. Como adultos, sin embargo, aprendemos que cualquier logro es efímero. Su validez no perdura en el tiempo. El éxito

no es una herencia que dé intereses con los que uno pueda vivir. Al instante siguiente quizás tengamos que arriesgar todo nuestro capital y posiblemente perderlo. Nuestra salud mental es en parte evidenciada por la forma en que nos relacionamos con esta realidad.

El temor de no alcanzar las metas autoimpuestas está entonces ligado a una idea de muerte concebida en términos de derrota. De hecho, no es más que el fin de un capítulo; siguen otros. Fracaso y éxito jamás pueden ser explicados por factores específicos, porque ambos términos no tienen criterios objetivos sobre los cuales basar evaluaciones exactas de los sucesos de la vida. Las grandes interrogantes y las etapas importantes de la vida tienen implicaciones diferentes para cada individuo. Todos recorreremos nuestros caminos existenciales con motivaciones únicas.

Hay dos posibles respuestas al sentimiento de fracaso: la destructividad o la voluntad de perseverar. Algunos son destruidos por completo, mientras que otros encuentran las energías para continuar. Cuando nos sentimos abatidos por una derrota, significa que nos hemos identificado totalmente con una meta específica. Esta es la condición que lleva a ideas de suicidio. Pero nuestra vida tiene mayor valor que lo que se refleja en cualquier logro. Tras las apariencias limitadas de la realidad concreta, siempre hay una riqueza más vasta. En efecto, la persona que logra mantener cierto desapego de las circunstancias externas puede sentirse estimulada por la derrota.

Sólo los fuertes saben cómo encarar la derrota, pero, en este caso, la palabra fuerte no debería entenderse en su sentido corriente. A lo que se refiere es al valor para experimentar. Los individuos que siempre están buscando y probando aguas desconocidas, corren el riesgo de naufragar, a diferencia de aquellos que optan por permanecer en tierra firme. Trátese de astronautas que viajan a la luna o de jóvenes que abandonan el hogar por primera vez, los que se atreven deben

aceptar la posibilidad de un fracaso. Pero también son más fuertes por haber hecho el esfuerzo y sobrevivido. Fracasar significa haber tenido al menos el valor de intentarlo. Quienes proclaman no haber sufrido jamás una derrota, nunca han vivido realmente.

Cada uno de nosotros posee un sueño que es único, en comparación con el cual los valores colectivos son abstractos y faltos de mérito. La falta de éxito sólo tiene significado a nivel subjetivo. Uno sabe cuando ha fracasado, aunque los demás vean allí lo que, según el criterio colectivo, parece ser una victoria. El individuo es el único árbitro verdadero, el único que puede dar significado a lo que ha ocurrido. De hecho, la derrota personal se puede convertir en un terreno fértil para futuros éxitos si uno le da el significado propulsor que puede derivarse de una intensa inversión de energía síquica. Es así que Rilke escribe:

Has tenido muchas tristezas, grandes tristezas que pasaron. Y dices que incluso este pasar fue difícil y perturbador para ti. Pero, por favor, pregúntate si estas grandes tristezas no han pasado más bien directamente *a través de* ti. Quizás muchas cosas en tu interior se han transformado; quizás en algún lugar, en alguna parte muy adentro de tu ser, has experimentado cambios importantes mientras estabas triste. Las únicas tristezas peligrosas y dañinas son las que exhibimos en público a fin de ahogarlas con el ruido; como las enfermedades que son tratadas superficial y tontamente, ellas sólo se retraen, y tras un corto intervalo vuelven a irrumpir en forma aún más terrible; y se juntan dentro de nosotros y son vida, son vida no vivida, rechazada, perdida, vida de la cual podemos morir⁵.

5 *Letters to a Young Poet* (Nueva York: Random House, 1984), pp. 81-82 (*Cartas a un joven poeta* [Buenos Aires: Siglo Veinte]).

Los poetas no necesitan estudiar psicología o psicoanálisis para expresar las profundas verdades de la existencia. El psicólogo enfoca el alma desde afuera; el poeta desde adentro. Rilke enfatiza aquí la futilidad de proclamar nuestra angustia. Más bien, deberíamos contener nuestro sufrimiento y recordar que sólo aquellos que nunca han vivido están libres del fracaso. Por esto es que deberíamos evaluar el éxito aparente con tanto cuidado como observamos la derrota: quizás ninguno de los dos tenga relación con nuestras auténticas cualidades humanas.

En nuestro paso a la madurez psicológica hay un momento crucial, una bifurcación en el camino donde no debemos abandonar nuestra opción de arriesgarnos. Podemos elegir la ruta que parece más cómoda, representada por la renuncia y evitación de la angustia. O podemos tomar el camino más pedregoso y difícil de la autenticidad. El primero promete una agradable caminata; el segundo, grandes aventuras. Quienes escojan la renuncia seguirán un tour guiado por senderos bien hollados en un paisaje urbanizado. Quienquiera que elija el segundo camino, se embarca en una solitaria expedición a un territorio inexplorado, comúnmente señalado en los mapas antiguos con la advertencia: "*Hic sunt leones*" (Aquí hay leones). La bestia con que podría tropezar el intrépido viajero no es otra cosa que el demonio o, en otras palabras, su propia sombra.

Para quienes escogen el sendero de la verdad personal, los encuentros violentos con la sombra no sólo son inevitables sino también preciosos. En esos momentos, la razón, que parecía ser nuestra mayor defensa, se debilita y aparece lo irracional. Cuando el intelecto se debilita y nos falla, debemos obligarnos a ser testigos de nuestra fragilidad, y ser aún más despiertos y vivos que nunca. Debemos entrar a dialogar con lo irracional. Con la conciencia de que la lógica sola no conduce a la comprensión, nos volvemos más humanos.

Y yo he dicho que el alma no vale más que el cuerpo,
y que el cuerpo no vale más que el alma,
y que nada, ni Dios, es más grande para uno que uno
mismo.

Y aquél que camina una sola legua sin compasión,
camina amortajado hacia su propio funeral.

Tú y yo, con bolsillos vacíos, podríamos comprar lo
mejor que el mundo ofrezca:

y el fulgor de una pupila

y un guisante en su vaina

humillan toda la sabiduría del mundo.

No hay otro oficio ni empleo que aquél que enseña al
mozo a ser un héroe.

Y por blando que sea un objeto, puede ser un día el
eje en que descansa la rueda del universo.

Y digo a todos los hombres y mujeres: Serenad vues-
tro espíritu frente a los universos infinitos.

WALT WHITMAN, *Hojas de hierba*.

CAPÍTULO 13

Permanecer
consciente

Cada uno de nosotros tiene su propia historia, única e irrepetible, como los particulares dibujos de un calidoscopio. Debemos desarrollar y alimentar nuestro sentido de individualidad, de lo contrario, corremos el riesgo de convertirnos en seres animados sin conciencia de nosotros mismos, apenas malas copias del mundo que nos rodea. Esto puede parecer obvio, y sin embargo, sabemos el esfuerzo que se requiere para resistir la tentación de identificarnos con modelos externos. Debemos estar en constante vigilancia. Basta que bajemos la guardia por un instante y de inmediato nos descubrimos repitiendo juicios y prejuicios colectivos. Sólo con una atención constante a nuestra verdad personal podemos permanecer aterrizados y auténticos.

En el ámbito de la psicología hay una escuela de pensamiento que dice que la gente puede ser programada como los computadores. Pero nosotros sabemos que existen límites al poder del condicionamiento. En el fondo, tenemos un núcleo duro que los demás no pueden abollar, un residuo de originalidad que, sólo si lo buscamos, ha de ser nuestra salvación. Este núcleo es con lo que uno cuenta durante el proceso de análisis.

La recuperación de nuestra individualidad original es una tarea que emprendemos sin considerar ninguna otra cosa y contra las leyes de la naturaleza. En nuestra capacidad de seres humanos, con frecuencia hemos perseguido metas contrarias a las de la naturaleza,

como lo evidencia nuestra habilidad adquirida para vencer determinados males. Se podría decir que nacemos inconscientes, pero con un potencial único. Cuando nuestra atención decae, baja el nivel psicológico de civilización y emergen los impulsos que propiamente se denominan primitivos. Y aún estaríamos viviendo en ese nivel si la humanidad no hubiera inventado la cultura. A nivel psicológico, tenemos que usar la violencia contra nuestra herencia genética. ¿Pero qué es lo que nos impulsa a ir contra la naturaleza?

El hecho de que nos preocupen tales problemas es señal de una desazón general. Quienes no se sienten insatisfechos, no se hacen estas preguntas. El resto de nosotros sólo puede andar a tientas en busca de las palabras adecuadas para describir la enfermedad de nuestros tiempos. Yo uso aquí la palabra enfermedad no en su sentido corriente; más bien, es la sensación de insatisfacción que nos asalta incluso cuando todo está marchando bien. Para sentirnos plenamente humanos, no basta la mera supervivencia. De hecho, la mayoría de las perturbaciones psicológicas modernas se relacionan con problemas internos que nos acosan sin impedirnos proseguir nuestras actividades cotidianas.

El sufrimiento mental es un grito del alma, así como el dolor físico es un llamado de atención hacia el cuerpo. Si amamos sin reciprocidad, sufrimos; pero este sufrimiento nos hace conscientes de que tenemos una vida interior. Para soportar el dolor, escuchamos música, leemos un libro o tomamos drogas; pero todo es en vano, porque en ese momento nuestra alma está gritando y lo que necesita es que la escuchemos. Por ello debemos aprender a comunicarnos con nosotros mismos de una manera individual, usando un lenguaje personal.

El primer paso fundamental para vivir auténticamente el momento existencial, consiste en afirmar nuestra experiencia individual en su totalidad. Aceptar nuestro propio dolor significa haber com-

prendido que el sendero de nuestra existencia no puede ser completamente llano: nadie puede evitar el peligro y el daño. Sólo nosotros mismos podemos luchar por nuestra vida, asumiendo toda la responsabilidad por lo que encontremos en el camino. Los obstáculos pueden adoptar la forma de enfermedades, problemas económicos, ataques, rechazos, vejámenes de todo tipo. No podemos evaluarlos por su calidad o cantidad, sino por la situación síquica. Hay quienes huyen del peligro y quienes lo enfrentan, y el valor de probarnos frente a él nace en ese mismo momento, gracias al peligro mismo.

Quizás parezca retórico decir que los obstáculos mismos nos ayudan a crecer, pero en el plano psicológico podemos afirmar que ellos estimulan la expresión de la dimensión interior. Las dificultades son elementos estructurales de la vida. Así como la resistencia del mármol se opone al escultor, nos fortalecemos más según el grado en que somos probados. Y es aquí que podemos forjar nuestro destino; en estas situaciones cruciales debemos preguntarnos qué hemos hecho y qué estamos haciendo de nuestra unicidad.

Estas son interrogantes difíciles de encarar, e incluso más difíciles cuando ya hemos vivido gran parte de nuestra existencia. ¿Hemos sentido temor de que los demás nos ataquen, humillen, difamen y desconfíen de nosotros? Aunque estos temores bloquean las expresiones de la individualidad, debemos mirarlos como obstáculos puestos en nuestro camino para obligarnos a preservar nuestra individualidad. Por supuesto, corremos el riesgo de cometer errores, porque las reglas del juego sólo se aprenden en el acto mismo de abrirnos paso. Las grandes obras científicas y humanistas —aquéllas que cambian por completo nuestra concepción del mundo— sólo son posibles porque una sola persona deja de mirar en la misma dirección que todos los demás. Obviamente, tales innovadores tropiezan con obstáculos, dificultades y situaciones imprevisibles. Pero ellos perseveran.

Cerca del fin de su vida, Jung declaró que cuando seguimos el camino de la individuación, debemos hacer un inventario de todos nuestros errores, porque sin ellos la vida no estaría completa¹.

El único peligro verdadero que todos enfrentamos, el que sintetiza a todos los demás, proviene de atenernos continuamente a nuestra opción individual, porque ésta no tiene puntos externos de referencia. El camino colectivo ya ha sido allanado por otros, y por eso siempre sabemos hacia dónde vamos. Por otra parte, el camino individual tiene numerosas señalizaciones, pero ninguna indica la dirección “correcta”. Cuando aceptamos el riesgo de escoger entre soluciones contradictorias, sentimos la vida del alma. Para estar psicológicamente vitales, siempre debemos fluctuar entre dos polos. Cada elección que hacemos implica el sacrificio de otras posibilidades, y no hay nadie que pueda decirnos si nuestra opción es correcta o errada.

Vivir de esta manera significa renunciar a esas tablas de la ley que gobiernan la existencia colectiva e interiorizar todas las polaridades y contradicciones. Significa poner en marcha dentro de uno mismo un proceso de juicio, de evaluación, donde el acusado y el acusador son uno solo. Luchamos dentro de nosotros, sin pautas externas, para resolver la dicotomía que nos desgarrar pero que al mismo tiempo nos hace sentir vivos. En esta condición no hay factores objetivos que puedan ayudarnos. Vivimos nuestro drama interno en soledad.

Vivir en el mundo sin que éste nos reconozca exige un nivel de desarrollo psicológico que cuesta alcanzar, especialmente a temprana edad. Esto explica por qué, aun cuando pongamos nuestra confianza en una verdad interior, seguimos viviendo con el anhelo de algún

1 *Memories, Dreams, Reflections* (Nueva York: Pantheon Books, 1963), p. 358 (*Recuerdos, sueños y pensamientos* [Barcelona: Seix Barral, 1986]).

punto externo de referencia. Experimentamos ansiedad, o tal vez sólo un temor generalizado a vivir.

En todas las otras especies hay un momento preciso en que la cría deja de serlo y se enfrenta sola a su entorno. Esto sucede cuando el desarrollo biológico del animal le permite sobrevivir en forma independiente. El período de dependencia es fijo y termina en un tiempo determinado porque está relacionado con el ambiente. Esto ha permanecido más o menos inalterable durante milenios, a excepción de las épocas recientes en que el *homo sapiens* se ha impuesto la tarea de remodelar el mundo. Pero aparte de los desmanes del hombre, la naturaleza también introduce variaciones ambientales: los cambios climáticos, por ejemplo, pueden hacer absolutamente insuficiente el período de dependencia de la cría y prematuro su destete. En estos casos, la especie puede extinguirse o sobrevivir, salvada por aquellos individuos cuyas características accidentales los hacen más adaptables.

Para los humanos, la situación no es tan simple. En el momento en que debemos enfrentar la vida por nosotros mismos, dejamos atrás todas esas referencias familiares. Perdemos a quienes pensaban por nosotros, quitándonos así el miedo. En el transcurso de nuestro desarrollo debemos abandonar este entorno protegido, pero el medio en que luego nos encontramos no es natural sino más bien cultural.

Así, el desarrollo exige el paso de un sistema biológico a otro cultural. En este último, las capacidades innatas dejan de ser útiles, porque el mundo ha cambiado tanto que el equipamiento natural ya no garantiza la supervivencia. La idea de que las dificultades disminuyen a medida que crecemos, se basa en la suposición errónea de que el desarrollo tiene sus raíces en nuestros rasgos genéticos. Pero cuando se trata del individuo, hablamos de un asunto de desarrollo tanto cultural como psicológico.

En el temor a vivir encontramos una incapacidad generalizada para recibir lo que la vida, de una manera del todo indiferente, nos ofrece. Casi parece como si no tuviéramos fuerza para soportar el peso de la existencia. Esta experiencia se basa en la suposición, a menudo inconsciente, de que deberíamos, como la cría animal, sentirnos naturalmente parte de la vida. Pero esta premisa es infundada porque ya no hay nada natural en un mundo como el nuestro que se ha vuelto tan esencialmente cultural. En el reino animal, la vida se desarrolla de manera casi automática; pero no es así en el mundo humano.

No nos corresponde emitir juicios de valor; nuestro deber es más bien tener conciencia de la dicotomía. Como dijera Freud, cuando nos encontramos cara a cara con la realidad, debemos luchar para cambiar lo que pueda ser cambiado y aceptar con paciencia lo que no puede ser modificado. A lo cual yo añadiría que también debemos pensar cuidadosamente. Es legítimo desear que las cosas sean de cierta manera, pero la realidad del mundo es otro asunto. Así, no debemos luchar contra la naturaleza sino contra el mundo de la cultura y sus reglas, que no son dadas biológicamente sino que deben ser aprendidas paso a paso mientras transitamos por la vida.

No es que las leyes de la naturaleza sean tan decisivas, sino las normas y convenciones de la gente, la superestructura que hemos erigido sobre la base biológica fundamental. El temor a la vida es el temor a enfrentar al mundo y medirse contra sus normas. Una persona que es valerosa frente a un peligro natural, puede sin embargo ser incapaz de hablar en público. Nos asusta exponernos a nivel social; las reglas humanas nos avergüenzan porque sentimos más agudamente el temor a ser juzgados. Todos le tememos a esto, pero lo que nos diferencia es la forma en que reaccionamos.

Tenemos que asumir la realidad y encontrar una relación positiva con nuestro temor. No hay otra posibilidad, porque por bien equipados que podamos estar, la naturaleza y la cultura son siempre más fuertes. El sentimiento de pánico siempre está a la mano, pero nuestra primera tarea es hacer contacto con él, no simular que no está allí. Los niños pueden engañarse a sí mismos, pero como adultos maduros no podemos. A fin de no sucumbir y quedar paralizados, debemos entrar al lenguaje mismo del temor.

*Golpea mi corazón, Dios trinitario, que sólo para ti
Aún late, respira, brilla y busca enmienda.
Para que yo pueda alzarme, derribame y emplea
Tu fuerza para romperme, hacerme estallar, quemarme y renovarme.
Yo, como una ciudad usurpada a otra sometida,
Trabajo para admitirte, pero ¡ay, sin resultado!
La razón, tu virrey en mí, debería defenderme,
Pero cautiva está, y se muestra débil o falsa.
Sin embargo, te amo tiernamente y por ti quisiera ser amado,
Pero estoy prometido a tu enemigo.
Divórciate de mí, desata o rompe ese nudo nuevamente,
Llévame a ti, aprésame, pues yo,
A no ser que me cautives, nunca seré libre,
Y si tú no me arrebatas, jamás casto.*

JOHN DONNE, *Soneto 14* (versión libre).

CAPÍTULO 14

La verdad oculta

Los hechos de la vida casi siempre nos infunden temor. Aprendiendo a relacionarnos con nuestro temor comprendemos su lenguaje, aunque con dificultad, porque es un código imperfecto y aproximado. Por ejemplo, cuando una persona creativa trata de delinear una imagen interior, el producto final está invariablemente lejos de la intuición original. Por esto es que Platón dijo que, en un último análisis, la verdad es inexpresable¹.

La verdadera enseñanza se produce no sólo a través de formas creativas particulares, sino también en una longitud de onda especial. No aporta glorias ni honores. El momento del conocimiento es suficiente por sí mismo. Tales momentos ocurren en el análisis cuando uno llega a comprender que el mundo de las emociones ha sido mucho más importante que cualquier otro en nuestra vida, y también que este conocimiento debe permanecer secreto, oculto a ojos profanos.

El significado del temor no puede ser captado por nuestra forma usual de pensar. Debemos enfocarlo con una perspectiva psicológica. Por ejemplo, la terapia para una persona fóbica consiste en acostumarla gradualmente al objeto de su fobia, porque éste contiene algo que podría revelarnos el significado del pánico. El verdadero objeto de terror nunca es expresado claramente. Debemos aprender a traducirlo. Y tal como en la situación patológica el intento de evadir el

1 *The Seventh Letter* (La séptima carta) (Londres: Penguin, 1988), 341 c/d, p. 136.

objeto temible termina como una huida de toda una serie de experiencias, es así que en circunstancias normales el deseo de eludir el contacto con el temor significa huir de la vida misma.

La realidad de cualquier relación personal es como un poema, que puede ser traducido a otro idioma de varias maneras, dependiendo de la sensibilidad del traductor. Basados en nuestra experiencia de la vida, podemos ser traductores o tergiversadores de lo que estamos tratando de comprender. Una traducción inadecuada causa mucho daño, pues nos impide entender realmente el texto. A veces, si tenemos buena suerte, nos sentimos impulsados a examinar el original. Así, nuestra visión del mundo externo es una fluctuación entre dos polos: fidelidad al texto original y una traducción que puede traicionar su significado.

El origen de la posibilidad de error se remonta a la infancia. Cuando comenzamos a aprender un lenguaje, podemos interpretar mal algunas palabras. Estas quedan después asociadas a ideas diferentes del significado pretendido y limitan mucho más las posibilidades de nuestro desarrollo psicológico al no estar conscientes de ellas. Si tales experiencias precoces han sido traducidas incorrectamente, siempre enfrentaremos el mundo con una actitud de temor y seguiremos interpretando mal situaciones análogas a aquellas de la infancia que no pudimos traducir de manera acertada.

Los traumas infantiles derivan de situaciones demasiado complejas para que el niño las comprenda. Por ejemplo, si la caricia de un adulto, que un niño está dispuesto a interpretar como señal de ternura, asumiera un carácter agresivo o erótico, el niño pasará por una experiencia traumática. Por eso es que gran parte del trabajo psicológico implica retornar al pasado para dar un nuevo vistazo al texto original, examinando críticamente y retraduciendo experiencias tempranas. Los traumas infantiles pueden llevarnos a sentir que la vida está

en nuestra contra, que siempre seremos demasiado débiles para defendernos. Pero la verdadera dificultad surge de la falta de medios apropiados para comprender un problema específico.

Así como la ciencia requiere un equipamiento adecuado, igual cosa sucede con la vida síquica. Los problemas con que tropezamos son primordialmente internos, están más relacionados con nuestros instrumentos de observación que con los objetos que observamos. Por lo tanto, deberíamos tratar de reelaborar nuestra experiencia en el único lenguaje apropiado, aquél que nos ofrece los medios para movernos en dirección a la vida. Para hacerlo, debemos entender que la vida no es un hecho dado, y que como consecuencia estamos obligados a reflexionar sobre su esencia. Sin tales consideraciones, permanecemos tan inconscientes de nuestra condición como cualquier animal irracional. Como humanos, tenemos la obligación de vencer nuestra ignorancia y darnos cuenta de nuestro potencial individual. Esto no nos es dado como un regalo, sino que debemos ganarlo en forma independiente y autónoma.

Un escultor puede saber que en un bloque de piedra yace oculta una estatua, pero a fin de revelarla debe tener alguna idea de su forma. Asimismo, necesitamos una intuición básica que guíe nuestras acciones, que corte la forma de nuestra vida individual a partir de la impersonal tela de la existencia. Una vez que tenemos una clara percepción de nuestra vida interior, es nuestro deber rescatar y expresar las cosas que el temor ha mantenido bajo llave. Esto sólo es posible si sabemos qué hacer con ellas. En una condición patológica no tenemos una imagen previa de la estatua, ningún plan de vida, y es así que estamos aislados del proyecto fundamental oculto dentro de nosotros.

Los conceptos jungianos ofrecen un modelo existencial que se sintetiza en el proceso de individuación, mediante el cual una persona dividida internamente, sin esperanza, readquiere una unidad en la

que convergen consciente e inconsciente². Es a través de este proceso que se descubre el patrón interior único y, entonces, uno ya sabe qué es lo que debe hacer.

La conexión con nuestra vida interior es esencial para el crecimiento psicológico. A nivel ontogénico, ello puede coincidir con el momento en que el niño reconoce su propia imagen en el espejo y se da cuenta de sí mismo. Sólo con el desarrollo de la autoconciencia podemos entender lo verdaderamente importante —el hecho de que nada es *causado* por los otros. Ver a los demás como causa es real y verdaderamente patológico, porque tal visión desplaza el conflicto interno.

Por supuesto, las consideraciones de este tipo no nos eximen de mantenernos atentos a la realidad. Las persecuciones nazis realmente vinieron de afuera. Tales situaciones nos dan la oportunidad de optar entre intervención y no intervención. Recuerdo a mi profesor Bernhard diciéndome, dos días antes de morir, que se sentía en estado de gracia por estar haciendo todo lo posible para salvar su vida, pero que a la vez comprendía que sólo Dios podía ayudarlo. Esta es una forma de aceptar la muerte como parte de la vida; pero para hacerlo uno debe luchar hasta el fin. Me viene a la mente un aforismo de Marcello Marchesi: “Lo importante es que cuando llegue la muerte, nos encuentre vivos”.

La forma en que interpretamos la realidad siempre tiene su base en nuestro mundo interior. Esto significa que por mucho que tratemos de ser objetivos, nuestra imagen del mundo es necesariamente subjetiva. Somos nosotros quienes la interpretamos en esa forma par-

2 Véase Aldo Carotenuto, *The Vertical Labyrinth: Individuation in Jungian Psychology* (El laberinto vertical: individuación en la psicología jungiana) (Toronto: Inner City Books, 1985) y *The Spiral Way: A Woman's Healing Journey* (El camino espiral: viaje curativo de una mujer) (Toronto: Inner City Books, 1986).

particular, le damos esos significados especiales, la traducimos de una manera en lugar de otra. Dado que somos criaturas psicológicas, nuestra relación con el mundo y nuestro conocimiento de él siempre revisten un carácter mental y por lo tanto están empapados con subjetividad. Por ejemplo, la belleza de un día no sólo es cuestión de clima o paisaje, también está determinada por nuestra disposición interior.

Toda actitud hacia el mundo depende de una mediación interior; la realidad no está ni en contra, ni a favor de nosotros. En una situación dada, la ayuda o el estorbo pueden llegarnos de los demás, pero es necio suponer que el mundo pasa su tiempo preocupándose de nosotros. Por lo tanto, en general, nuestros adversarios no son los hechos objetivos, los obstáculos, todo lo que nos parece negativo. Nuestros verdaderos enemigos somos nosotros mismos y la lectura que le damos a los hechos. Entonces, para desarrollarnos psicológicamente, debemos mantener cierta distancia de las situaciones externas que aparecen de manera arbitraria para regir nuestra vida. Debemos aprender a delimitar las situaciones externas a la luz de lo que conocemos de nosotros mismos.

Por naturaleza, un niño es incapaz de comprender y emplear tal actitud; por ello consideramos infantiles a quienes responden en forma exagerada a los hechos externos. Cuanto más rápida es la reacción, más corto es el período de mediación, y por lo tanto, más determinada está nuestra conducta por una disposición primitiva y pueril. La madurez se caracteriza por tomarse el tiempo necesario para evaluar una situación a fin de actuar apropiadamente.

Todo esto es fruto de un esfuerzo individual para comprender tanto el mundo externo como el inconsciente. Ese esfuerzo es lo que nos pone en contacto con el nivel más alto de nuestra síquis: el Sí Mismo (*Self*). Jung ha descrito las serias dificultades que engendra este proceso, porque “la naturaleza humana tiene un invencible temor

a hacerse más consciente de sí misma. Lo que empero nos empuja a ello es el Sí Mismo, el que exige sacrificio al sacrificarse a nosotros”³. En esta lucha, que no es comparable a ninguna otra empresa, “[uno] sufre, por así decirlo, por la violencia ejercida [contra uno] por el Sí Mismo”⁴.

¿Cuáles son las consecuencias de enfrentar el temor de esta manera? Primero que nada, ésta no es una glorificación de la vida heroica. Como señalara Brecht: “Desdichada la tierra donde se necesitan héroes”⁵. Cuando nos damos cuenta de que la realidad externa siempre se filtra a través de nuestro mundo interior, también comprendemos que el temor es parte de la vida. Como el hambre, la sed o el amor, la naturaleza misma nos obliga a encarar nuestro miedo. Generalmente, no sabemos cómo darle su significado apropiado, porque lo interpretamos como una respuesta a una situación que el mundo externo envía en nuestra contra. Esta es una actitud paranoica que proviene de negar nuestra responsabilidad personal, no reconociendo que interpretamos los hechos a nuestro modo.

El temor abre una puerta al inconsciente. Por definición, lo que es inconsciente está lejos de una percatación consciente y por tanto somos movilizados por impulsos desconocidos. Cualquier reacción rápida a estímulos externos es instintiva. La reflexión reduce la autonomía del inconsciente, de modo que la acción ocurre sólo después de haber pasado el umbral del ego. Entonces, enfrentado a una situación peligrosa, llego a una nueva comprensión. El peligro se ha vuelto instructivo.

3 “Transformation Symbolism in the Mass” (Simbolismo de transformación en la masa), *Psychology and Religion* (Sicología y religión), CW 11, p. 400.

4 “A Psychological Approach to the Trinity” (Un enfoque psicológico de la Trinidad), *ibid.*, p. 233.

5 Bertold Brecht, *Life of Galileo* (Londres: Methuen, 1984), p. 98 (*Galileo Galilei* [Buenos Aires: Nueva Visión]).

Cuanto más temible la situación, más importante es comprender que el temor está alimentado por nuestras proyecciones. En el Test de Apercepción Temática hay una tarjeta blanca que a menudo despierta angustia, precisamente por carecer de referentes claros. Así, no es cuestión de ser héroe, sino de comprender que el temor, aunque sea proyectado en la situación externa, surge en realidad de nuestro mundo interior.

De una situación que causa pánico emergen contenidos personales muy profundos. Para descender a nuestro interior a fin de captar un significado, es necesario apartarse aún más del mundo externo. Así, para recuperar nuestra propia humanidad e individualidad, debemos sacrificar la realidad externa a la verdad del mundo interior.

La realidad externa se compone de todo lo que nos rodea, no sólo las personas y cosas que son objetivamente aterradoras sino también las hermosas y gratificantes. El error que con frecuencia cometemos es creer que este mundo tiene un valor en sí mismo, en circunstancias que en verdad somos nosotros quienes le otorgamos valor. Cuando alcanzamos un punto donde perdemos interés en lo externo y nos volcamos a nuestro mundo interior, entonces podemos encontrar el significado del mundo al que hemos vuelto la espalda.

En la sociedad moderna, nuestro sentido de seguridad está tan socavado que con frecuencia sentimos que no podemos vivir sin pertenecer a algún tipo de organización. Nos asusta el aislamiento. Lo colectivo está organizado como un cuerpo militar que nos priva de seguridad interior; usurpa el lugar de nuestros modelos mentales personales y se presenta como el único punto de referencia. En una palabra, se nos anima a permanecer infantiles, a no pensar en forma independiente.

Estamos demasiado intimidados por estas megaestructuras como para traducirlas correctamente y encontrar así dentro de nosotros

mismos el valor para oponernos a ellas. En lugar de ello, perdemos nuestra característica más humana: la capacidad de pensar. No podemos vivir así. Por lo tanto, estamos obligados —y ésta es la perversidad del mecanismo— a buscar la respuesta a nuestras necesidades fuera de nosotros mismos. De aquí nace la necesidad de que un líder asuma el mando y nos dirija. Bajo tales circunstancias es imposible vivir una vida auténtica.

¿Qué significa poseer una verdad personal en contraste a una mentira colectiva? Después de todo, ¿qué garantía puede tener el individuo del valor de su vida interior? Al formular esta pregunta, estamos definiendo el núcleo del problema. Platón habla de un tipo de verdad que no se puede comunicar⁶, refiriéndose a esos momentos de profunda interioridad cuando intuimos nuestra verdad y al mismo tiempo sabemos que es inefable. Es difícil hacerse oír en un mundo que grita mucho más fuerte que nosotros. Existe una gran diferencia entre la intuición de una condición interior y su comunicación. Expresar en palabras una emoción o una comprensión conduce invariablemente a la traición de la experiencia interna.

Se requiere mucho valor para siquiera tratar de comunicar nuestros verdaderos pensamientos y sentimientos. En la vida cotidiana, continuamente nos contactamos con gente que habla con la voz de otro: la de la ley, de la sociedad o de Dios. Es difícil hablar en nombre nuestro. Al lograr una situación personal psicológica que nos da el valor de exponernos, experimentamos una sensación extraña y pesada de desamparo. No nos queda ningún punto de referencia. No hay padre ni madre que cargue con nuestras responsabilidades. Por eso es que nos sentimos heridos hasta la médula cuando ridiculizan lo que expresamos.

6 *The Seventh Letter* (Londres: Penguin, 1988).

Cuando nos oponemos a la mentira colectiva con nuestra verdad personal, lo que *somos* se convierte en el blanco. Esto gatilla otra experiencia penosa que todos tuvimos por primera vez en la infancia: el sentimiento de indefensión. Aún no he conocido a una sola persona que jamás se haya sentido así. Hasta los que han realizado todas sus ambiciones, en una u otra ocasión han sentido que la vida era demasiado para ellos. Nos sentimos indefensos cuando no logramos entender qué es lo que hacemos mal (ni hablar de intentar descifrar cómo hacerlo bien). Nos consternan las opciones usuales disponibles para la gente. Cuando tratamos de analizarlas, nos damos cuenta que los objetos son más valorados que las personas. Nos sentimos abandonados porque desde ese punto de vista nosotros mismos somos negados. Debemos pelear para que se dé prioridad a las personas antes que a las reglas.

Pasolini escribió bajo uno de sus dibujos: "El mundo no me quiere y no lo sabe". ¿Qué pudo haber causado que este poeta dijera tal cosa? Ciertamente, no los hechos externos, que parecían favorecerlo, sino más bien esos sentimientos internos que siempre son terrible y cruelmente verídicos. Ningún destino puede evadir el sonido de esta voz.

Lo que debería asustarnos no es el sentimiento de indefensión, sino más bien la tentación de negar esta experiencia o rotularla como patológica. La prueba que nos aguarda es comprender que nada puede darnos seguridad. La única seguridad posible que tenemos es conocernos a nosotros mismos. El mundo no nos entiende, y jamás lo hará. Esto es bastante claro en la relación con nuestros padres. Tan pronto como nos hacemos adultos con un estilo propio, somos abandonados. Perdemos a nuestros padres, y ésta es una experiencia verdaderamente trágica. La gran prueba es lo que viene después.

No hay nada externo a nosotros que nos pueda librar del esfuerzo de vivir. El mito de la cruz nos dice que, hasta el final de todo, Jesús tuvo que seguir el camino de la vida humana y, por último, pronun-

ciar estas palabras: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”. Desde un punto de vista psicológico, esta frase es muy significativa porque expresa una condición profundamente humana. Es una terrible revelación, pero sabemos que activa la conciencia, aun cuando se requiere tiempo para percatarse de su lado positivo.

Es natural que una persona joven sienta más intensamente la necesidad de ser tranquilizada por el amor de alguien, que sienta la vitalidad e importancia de las ambiciones y deseos personales. Sin embargo, al hacernos adultos, estas necesidades gradualmente se debilitan y otras vienen a reemplazarlas. Ahora perseguimos la independencia. La experiencia de abandono es intrínseca a esta búsqueda, por lo tanto, no debemos eludirla.

Mucha gente se somete a análisis precisamente cuando se siente sola y abandonada. Hay el riesgo de tratar su situación existencial como si fuera el problema real, cuando lo verdaderamente patológico es la forma en que la persona vivencia la soledad. Es necesario revertir la perspectiva: el verdadero problema es el tipo de relación que establecemos con nuestra experiencia de vida. Nadie puede “curarnos”, porque el sentimiento de abandono surge de un aspecto de nosotros mismos que sólo se manifiesta en ciertas circunstancias. Si no llegamos a conocer este aspecto, no podemos crecer.

En las relaciones amorosas estamos particularmente vulnerables al sentimiento de pérdida. Por eso es que las personas que temen ser abandonadas no se permiten enamorarse. Afortunadamente, siempre hay alguien que nos hace caer y exponernos. Estar a merced de alguien significa comprender que ya nada puede protegernos. Pero también significa empezar a descubrir esa independencia personal que es el sello de la madurez.

Experimentamos abandono no sólo en el amor sino también cuando nos ponemos en manos de otros que tienen poder. Es una reac-

ción mental espontánea creer que una persona poderosa puede manejar nuestra vida de un modo positivo. Esto también es una ilusión.

Nuestras experiencias personales derivan su significado de su contexto interno específico, y por lo tanto, jamás pueden ser superpuestas sobre, o por, las de otros. Es precisamente esta historia personal la que no es comprendida en las relaciones. La unicidad de nuestras características se convierte en una especie de falta, y esos mismos rasgos que nos son más propios crean conflicto. Si bien nuestra verdad interior es legítima, constantemente es cuestionada, aun cuando no usurpemos de ningún modo la verdad o libertad de otros. El conflicto que esto causa no se puede resolver externamente, sino sólo dentro de nosotros mismos.

Una vida individual siempre es refutada por la masa anónima con sus normas y sanciones. Debemos aprender a aceptar este hecho y soportar su peso, junto con el corolario de que en la historia de la humanidad el individuo no cuenta. Bajo los grandes acontecimientos de la historia hay una cruel realidad: los individuos son insignificantes en la gran curva del tiempo, pero, no obstante, soportan un universo de dolor.

Los tormentos de un individuo sólo tienen significado dentro de su experiencia personal. Enfrentados a lo colectivo estamos tan desnudos y desamparados como el día que nacimos. Nuestro desarrollo individual depende de darnos cuenta que los otros son incapaces de comprender nuestra experiencia. A veces los obstáculos que encontramos nos tientan a poner nuestro destino en otras manos. Pero no podemos vivir “por poder”, debemos cargar con todo sobre nuestros propios hombros. Entonces sabemos que estamos solos. Debemos permitir que esta sensación llene nuestro ser y vivir como niños abandonados, porque sólo así tendremos nuestra vida en nuestras manos. De vez en cuando aparecerá un espejismo de alguna forma de vida

que nos liberará del sentimiento de abandono; pero es sólo un espejismo lo que quedará.

Por supuesto, podemos vivir únicamente dentro de lo colectivo, con la ilusión de hablar un lenguaje común y no estar solos, pero este engaño nos puede costar la vida. Si actuamos según la regla general, estamos siguiendo un código que no es el nuestro. Cada uno debe encontrar su propia melodía, aceptando el abandono resultante por parte de quienes continúan cantando al unísono. Los grandes artistas crean modos de expresión que les son singularmente propios: ellos calan tan hondo en su sentido de la vida que los modos preexistentes dejan de servir para su propósito. Ellos inventan nuevas formas de escribir poesía, de pintar y de componer música.

Como individuos, nuestra intención original es precisamente expresar nuestra propia naturaleza y verla reconocida por los demás. Pero los innovadores no tienen defensa contra la persecución por lo colectivo. Cuando se derrumban las viejas estructuras, cuando ya no podemos hablar con el lenguaje que hemos aprendido, ni pensar con las categorías usuales, nos sentimos en peligro. Por ejemplo, la transición del arte figurativo al abstracto fue un trastorno porque se comunicaba en términos nuevos. En tales condiciones, la amenaza externa es muy grave, porque la nueva creación debe mantenerse firme contra lo que ha estado establecido por mucho tiempo. La vieja fórmula tuvo su comienzo y su proceso de desarrollo, y ahora llega a su fin. Y debemos hacer todo lo posible para comprender los símbolos del código nuevo.

Hacer esto implica encarar nuestra alienación y angustia. Debemos volver a como éramos cuando recién nacidos. No es casual que el motivo del renacimiento aparezca y reaparezca en los mitos de todas las culturas, ya que expresa una profunda verdad psicológica. Hay una vieja historia de un soldado que buscaba su corazón. Un

sabio le dijo: “Está al fin del mundo”. El soldado fue allí, pero no lo encontró. El sabio le dijo que en realidad lo había encontrado al emprender su viaje.

La vitalidad síquica no se hereda ni se puede encontrar fuera de nosotros mismos. Debemos crearla por nuestra cuenta. Cuando vivimos una vida auténtica, la realidad misma se torna completamente diferente. Pero no nos llega gratis, ni con trampas o artimañas. Debemos beber el amargo trago de enfrentar un mundo que puede considerarnos un estorbo innecesario.

El sicoanálisis también procede de esta manera: dismantela los códigos usados previamente por el ego, hasta el punto en que uno se siente como un barco sin timón. Perdemos nuestros habituales puntos de referencia para crear otros nuevos. En el análisis, estamos en una especie de desorientación guiada, navegando hacia una nueva realidad que no tiene nada que ver con los deseos infantiles de regresar a un paraíso terrenal eterno.

Cuando viajamos “al fin del mundo” para dar sustancia a nuestra vida síquica, lo que nos espera no es el Edén sino todas las contradicciones de la vida terrenal. Aumentamos nuestra capacidad de comprensión, de modo que el mundo se hace transparente. Por eso es que los sabios se retiran a la soledad cerca del fin de su vida. Pero no tiene sentido retirarse antes de emprender el viaje. Encontramos el amor en el camino, y sea que perdure o muera, él hace de la vida algo significativo.

Y la muerte no tendrá dominio.

Los hombres muertos y desnudos serán uno solo

Con el hombre en el viento y la luna del oeste;

Cuando sus huesos queden limpios y desaparezcan,

Tendrán estrellas en el codo y en el pie;

Aunque enloquezcan, estarán cuerdos,

*Aunque se hundan en el mar, volverán a levantarse;
Aunque los amantes se pierdan, el amor no desaparecerá;
Y la muerte no tendrá dominio.*

DYLAN THOMAS, "And Death Shall Have No Dominion"
(Y la muerte no tendrá dominio) (versión libre).

Índice alfabético

- abandono, 113,122-130,198-200
adulterio, 46, 121, 155
aislamiento, véase soledad
alma, 25, 27, 55, 66, 68, 73, 129,
138, 174, 180
ambivalencia/ambigüedad, 57, 69,
125, 126, 143
amor, como enfermedad, 39, 40,
57, 58
amor-muerte, 29
amour fou, 29
análisis, 9, 30, 32, 101, 174, 179,
198, 201
“And Death Shall Have No
Dominion”, 202
arquetipo de la madre, 109, 111
arte/artistas, 28, 30, 39, 141, 146,
200
asesinato (matar), 16, 17, 42
atopos, 26
atracción, 81, 82
auspicio mágico, 48
autenticidad, 58, 66, 67, 98, 99, 113,
128, 138, 139, 154, 173, 174, 179
autoconocimiento, 26, 66, 99-104,
111, 112, 151
autonomía, 30, 87, 139, 153
Balada de Stroszek, La, 157
Barthes, R., 33, 41, 86, 115, 116, 127
Baudelaire, 66, 144, 161
belleza, 31, 32
Bergman, Ingmar, 18, 157
beso de Judas, 125
beso, 110, 113
Brecht, Bertold, 194
Buber, Martin, 66, 101
Canetti, E., 166
Canzoniere, 130
caos, 41
Carmen, 17
celos, 16, 42, 109-116, 121, 122
colectivo, 9-11, 43, 136, 137, 140,
141-143, 150-155, 167, 173, 178-
185, 196-200
Coleridge, Samuel Taylor, 75
Colours, 77
complejo de Pigmalión, 168
compulsión, 25, 109
comunicación, 15
conciencia, 13, 45

- concupiscentia*, 39
 confianza en uno mismo, 169
 conflictos religiosos, 143
 Conrad, Joseph, 14
 creatividad, 28, 32, 39, 40, 44, 45,
 53, 74, 88, 89, 99, 100, 135, 136,
 144, 165-167, 170-174, 189-202
 crucifixión, 151
 cuerpo, 27, 31, 33, 48, 81-87
 culpa, 11-13, 43, 45, 103, 125, 126,
 152, 156

Chaqueta metálica, La, 159
 charla ociosa, 153

 David, rey, 14
 De Rougemont, 17, 18, 45, 46
 demagogos, 170
 dependencia, 20, 58, 183
 deseo, 11, 13, 27, 30-34, 40-45, 52-
 56, 81-86, 99, 103, 104, 110, 111,
 122, 123, 140, 171
 desequilibrio, 31
 Dios, 169
 distancia, 96
 dolor, 19, 20, 72, 81, 89, 123, 171,
 199
 dominación, véase poder
 Don Juan, 13
 Donne, John, 185

Elvira Madigan, 17
 enamoramiento, 12, 44, 51, 52, 96,
 129, 199,
 encarnación, 57, 82
 engaño, 14, 16, 52, 68, 123, 144
 epifanía, 57

 equilibrio, pérdida de, 30, 70
 Eros, 28, 40, 47, 54, 102, 142
 erotismo, 31, 83, 103, 110, 111
 espejamiento (*mirroring*), 136, 191,
 192
 éxtasis místico, 19, 103
 éxtasis, 19, 29

Fanny y Alexander, 157
 Fausto, 11, 110
felix culpa, 125
 fracaso, 171-174
 Freud, Sigmund, 184
 Fromm-Reichmann, 136

 genio, 151
 Goethe, 15, 32, 110, 152

 Hawthorne, Nathaniel, 155
 Heidegger, 153
 “Her Triumph”, 34
 Herzog, Werner, 157
 Hikmet, 56, 69
 Hillman, James, 42, 48
 Hitler, 170
Hojas de hierba, 175
 Hopkins, Gerard Manley, 145
 humillación, 155-158

 identificación, 93, 169
 imaginación, 68, 89, 103, 136, 154
 “In My Craft or Sullen Art”, 131
 individuación, 182
 infinidad síquica, 28
 inflación, 169
 inhibiciones, 104
 iniciación, 94

- Jacobson, Edith, 156
 Jiménez, 72
 Jong, Erica, 20
 Judas, 125
 Jung, C.G., 39, 67, 74, 100, 124, 142, 167, 182, 193
- Kierkegaard, Soren, 13, 135
 Klein, Melanie, 143
 Kohut, Hans, 170
Kubla Khan, 75
 Kubrick, Stanley, 158
- Lawrence, D.H., 116
Letra escarlata, La, 155
 Logos, 142
 Lucifer, 124
- Macbeth, 11
 madurez sicológica, 52, 83, 95, 96, 103, 114, 115, 139, 174, 193, 198-202
 mal, 149
 “Mala suerte, La”, 144
 Marchesi, Marcello, 192
 Mefistófeles, 152
ménage à trois, 121
 Minotauro, 73
 misterio, 82, 83, 99, 109
 muerte, 12, 14, 18, 29, 84, 89, 110, 111, 128-130, 153, 166, 167, 171, 172
 Mussolini, 170
- nada, 172
Naranja mecánica, La, 158
 narcisismo, 28, 29
- Neruda, Pablo, 21
 Nezami, 29
 Nietzsche, Friedrich, 47
 niño/niños, 54, 69, 84, 110, 112, 113, 115, 121-124, 137, 143, 153, 169, 185, 190, 192
 Nirvana, 140
 nostalgia, 53
- objetivación, 67, 81, 82
 obsesión, 72
 odio, 10, 16
 ojos, 53, 73, 140
 opuestos, 16, 126, 130, 143, 183
- pánico, 33
 paranoia, 154, 194
 pasión, 11, 43, 45, 46, 93
Pasión, 157
 Pasolini, 197
 Pavese, Cesare, 117, 129
 Penia, 54
 persona, 155
 Petrarca, 85, 130
 Platón, 25, 47, 54, 187, 196
 poder, 101, 102, 165-174, 198, 199
 posesividad, 112-114, 121, 122
 prohibición, 43, 47, 103
 Proust, 112
 proyección, 57, 59, 70, 74, 88, 94, 101, 127, 128, 154, 195
- Raimondi, Ruggero, 13
 rechazo, 86, 87
Recuerdos, sueños y pensamientos, 142
 relación Yo-Tú, 66, 101, 102, 170

- resentimiento, 54, 58
Reto al destino, 159
 Riefenstahl, Leni, 171
 Rilker, Rainer María, 40, 61, 105,
 129, 156, 173, 174
 ritual apotrópico, 41, 42, 48
 Romanticismo, 39, 43
 Rousseau, Jean-Jacques, 168

Sacrifice, 105
 Safo, 35
 secretos, 137, 138, 142, 156
 seducción, 13, 55, 58, 65-75
Señal, La, 18
 separación, 65, 95, 128, 129
 sexo/sexualidad, 10, 67, 68, 103,
 104, 109, 110, 111
 Shakespeare, 145, 162
 Sí Mismo, 47, 67, 82, 193, 194
 significado, 27, 41, 52, 53, 70, 71,
 113, 128, 129, 143, 173, 189
 silencio, 127, 129, 136, 142
 soledad, 47, 55, 95, 127, 135-144,
 182, 198, 201
 Solzhenitsyn, Alexander, 167
 sombra, 11, 67, 95, 99-102, 113,
 115, 122, 125, 130, 150-152, 154,
 156, 157, 174
Sonetos a Orfeo, Los, 61
 sospecha, 112
 Spielrein, Sabina, 124
 Stalin, 167
 Stangl, Franz, 159
 Stendhal, 39
 subjetividad, 68, 81, 82, 96, 110,
 111, 140, 192, 193
 suicidio, 18, 128, 158

 temor (miedo), 28, 29, 41-43, 46,
 47, 51, 84-86, 89, 103, 109-116,
 144, 166, 182, 183, 184, 185, 194
 ternura, 111
 Thomas, Dylan, 131, 202
 totalidad, 51-53, 55-57, 149, 150
 traición, 16, 113-126
 transformación, 31, 52, 57, 58, 66,
 82, 93, 96, 99, 103, 104
 transgresión, 43, 48, 103
 trauma de nacer, 51
 triángulo edípico, 121
Tristán e Isolda, 58
Triumph of the Will, The, 170, 171

 unicidad, 28, 99, 100, 101, 140-142,
 152, 181, 199

 vacío, 51, 52, 53, 94, 95, 171, 172
 “Vampiro, El”, 161
 veto, 44, 45, 103, 104
 viaje del héroe, 151
 voz, 73

 Whitman, Walt, 175

 Yeats, W.B., 34
 Yevtushenko, 77

 Zola, 11

Índice

Introducción	9
1. Un acontecimiento imprevisto	23
2. La evocación de imágenes	37
3. El fundamento del vacío	49
4. El secreto de la seducción	63
5. El carácter sagrado del cuerpo	79
6. Sufrir por el otro	91
7. Autoconocimiento y erotismo	97
8. El temor a la pérdida y los celos	107
9. Traición y abandono	119
10. Soledad y creatividad	133
11. Sufrimiento y humillación	147
12. El deseo de poder	163
13. Permanecer consciente	177
14. La verdad oculta	187
Índice alfabético	203

La presente edición consta de 4000 ejemplares y se terminó de imprimir en Gráfica Laf S.R.L., Espinosa 2827, Ciudad de Buenos Aires, en el mes de septiembre de 2006.

NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.

Súmese como voluntario o donante, para promover el crecimiento y la difusión de la Biblioteca



Para otras publicaciones visite
www.lecturasinegoismo.com

Referencia: 3112

SOBRE EL AUTOR:

Aldo Carotenuto es analista jungiano, autor de *Una secreta simetría: Sabina Spielrein entre Jung y Freud*, profesor de Teoría de la personalidad en el curso de Bachillerato en Psicología de la Universidad de Roma y miembro activo de la *International Association of Analytical Psychology* y de la *Associazione Italiana di Psicologia Analítica*.

EROS Y PATHOS

No es exagerado decir que, salvo raras excepciones, todos hemos sentido alguna vez los efectos del enamoramiento. Todos somos -querámoslo o no- el resultado de *Eros*. Lo que tal vez no llegamos a comprender plenamente es la cuota de dolor y sufrimiento que acarrea esta sublime y humana experiencia. ¿Por qué tememos al amor? ¿Por qué herimos a quienes amamos? ¿Por qué jamás nos sentimos satisfechos cuando amamos? ¿Existe alguna conexión entre amor, sufrimiento y creatividad?

Aldo Carotenuto pone de relieve la ambivalencia y las contradicciones estructurales de la dulce/amarga experiencia amorosa, intentando captar a través de la psicología y de la poesía de Safo, Neruda, Baudelaire, Dylan Thomas, Rilke, Valle Inclán, etc., la aparición de este sentimiento y sus fronteras de éxtasis y sufrimiento, incluso en la más temprana etapa de la existencia humana. De la mano de la poesía, nos conduce por el laberinto de los celos, de la seducción, del ansia de poder y posesión, dando nueva forma a las delicias y torturas del arrobamiento amoroso.

EROS Y PATHOS



Cuatro Vientos
www.cuatrovientos.net

ISBN 987-609-007-0



9 789876 090070



Del Nuevo Extremo
www.delnuevoextremo.com